

# V43

GRATIS  
VOLUMEN 6 NÚMERO 6

ESPECIAL DE NARRATIVA 2015



JULIO Y AGOSTO EN EL 35 FORO INTERNACIONAL DE LA CINETECA.

**VICE**  
FILMS



**CINE**  
**TONALÁ**  
DISTRIBUCIÓN

CON LA SHEILA VAND, ARASH MARANDI, MOZHAN MARNÒ, DOMINIC RAINS, MILAD EGHBALL, ROME SHADANLOO y MARSHALL MANESH  
ACTUACIÓN DE  
EDITADA POR ALEX O'FLINN DE GUION SERGIO DE LA VEGA DE PRODUCCIÓN LYLE VINCENT DIRECCIÓN DE FOTOGRAFÍA NATALIE O'BRIEN MONTAJE JILL FOGEL PRODUCTORES ELIJAH WOOD, DANIEL NOAH, JOSH C. WALLER, NICK MOCERI, BEN CONRAD,  
ALEXEI TYLEVICH, REZA SIXO SAFAI, DANIEL GROVE, PATRICK GROVE CO-PRODUCCIÓN POR SHERI 'SHAHRZAD' DAVANI PRODUCTORA POR SINA SAYYAH, JUSTIN BEGNAUD y ANA LILY AMIRPOUR MÚSICA DE FEDERALE, RADIO TEHRAN,  
BEI RU, FARAH, WHITE LIES, KIOSK, FREE ELECTRIC BAND y DARIUSH EN ASOCIACIÓN CON SPECTREVISION, LOGAN PICTURES, BLACK LIGHT DISTRICT y SAY AHH PRODUCTIONS SCENARIOS Y DIRECCIÓN POR ANA LILY AMIRPOUR

UNA PELÍCULA DE ANA LILY AMIRPOUR

# UNA CHICA REGRESA SOLA A CASA DE NOCHE

A GIRL WALKS HOME ALONE AT NIGHT

“UN NUEVO CLÁSICO DE VAMPIROS.”

— THE PLAYLIST



UNA SERIE DOCUMENTAL CON UN RICO SURTIDO DE HISTORIAS NACIONALES

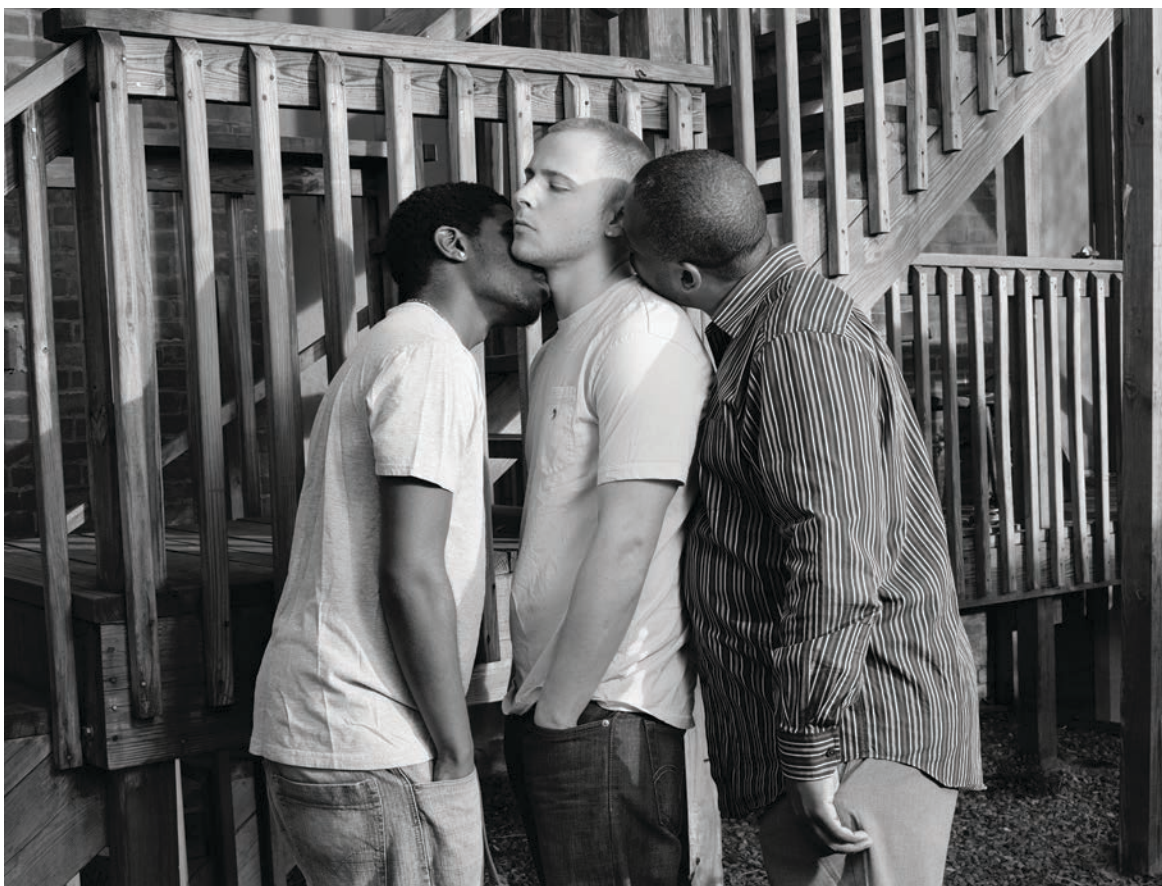
# MISCELÁNEA MEXICANA

UNA NUEVA TEMPORADA CON RITUALES SATÁNICOS,  
BRUJOS, AMARRES, GUAJOLOTES Y MUJERES GUERRERAS.

JULIO Y AGOSTO, SÓLO EN [VICE.COM](http://VICE.COM)

**VICE**





Dru Donovan, Sin título, 2009, impresión en papel fotográfico, © Dru Donovan. De la exhibición de la Galería Fraenkel, The Heart Is a Lonely Hunter, curada por Katy Grannan.

# ESPECIAL DE NARRATIVA 2015

Contenido  
Volumen 8 Número 6

EN LA PORTADA:  
At the Writing Desk  
(Ryan) por Paul  
Mpagi Sepuya.

16	PARTENOGÉNESIS <i>Por Gabriela Torres</i>
18	TRES HISTORIAS DE AMOR <i>Por Abril Ayers Lawson</i>
24	TODO LO PRESTADO <i>Por Brenda Lozano</i>
28	EL AGENTE FEDERAL AÉREO <i>Por Clancy Martin</i>
32	RECUERDO FANTASMA <i>Por Guillermo Núñez Jáuregui</i>
34	VIAJE DE AMOR <i>Por Brian Booker</i>
42	SUJETO DE PRUEBA <i>Por Elma Correa</i>







Elizabeth Bick, Ela in November, 2013, impresión en papel fotográfico, © Elizabeth Bick. De la exhibición de la Galería Fraenkel, The Heart Is a Lonely Hunter.

44	DESASTRES NOTABLES	100	NUNCA TENDREMOS PARÍS
	Blake Bailey entrevista a David Sedaris		Una conversación entre Aleksandar Hamon y Akhil Sharma
54	LA CANCIÓN DE LA BOLSA PARA EL MAREO	106	ROY Y LOS PIRATAS DEL RÍO
	Por Nick Cave		Por Barry Gifford
60	LA SUSTITUTA	108	DE POETA Y EDITOR A NOVELISTA
	Por Otessa Moshfegh		Hilton Als entrevista a Jonathan Galassi
68	EL FILO DE LOS CABALLOS	112	PROFE CREATIVIDAD
	Por Franco Félix		Por Deb Olim Unferth
72	INVERNADA	114	CUATRO DISPARATES
	Por Thessaly La Force		Por Anthony Madrid
80	INTERRUPTOR		
	Por Antonio Ortuño		
84	MI REFRESCO, PARTE I		
	Por Allen Pearl		
92	ELÁN Y LO QUE SIGUE		
	Por Atahualpa Espinosa Magaña		

Directorio . . . . .	10
Colaboradores del mes . . . . .	12
Frente de la revista . . . . .	14

# Conoce las NOVEDADES



## Suscríbete al Club del libro SP

1. Entra a [sextopiso.mx](http://sextopiso.mx)
2. Suscríbete
3. Recibe un libro y el *Reporte SP* cada mes
4. Disfruta la lectura





FUNDADORES Suroosh Alvi, Shane Smith

DIRECTOR CREATIVO INTERNACIONAL	Eddy Moretti (eddy.moretti@vice.com)	COPRESIDENTES	Andrew Creighton (andrew.creighton@vice.com) James Schwab (james.schwab@vice.com)
---------------------------------	--------------------------------------	---------------	--

REVISTA VICE	
EDITOR EN JEFE INTERNACIONAL	Rocco Castoro (rocco.castoro@vice.com)
EDITORIA INTERNACIONAL	Ellis Jones (ellis.jones@vice.com)
EDITORIA	Xitlalitl Rodríguez Mendoza (sisi.rodriguez@vice.com)
TRADUCTORA	Elicia López Orozco (elicia.lopez@vice.com)
DIRECTOR DE ARTE	Francisco Gómez (francisco.gomez@vice.com)
EDITOR DE FOTO	Matthew Leifheit (matthew.leifheit@vice.com)
EDITOR DE ARTE	Nicholas Gazin (nick.gazin@vice.com)
EDITORIA DE NARRATIVA	Amie Barrodale (amie.barrodale@vice.com)
DISEÑO EDITORIAL	inkubator.ca
VICE.COM	
DIRECTOR DE CONTENIDO INT.	Alex Miller (alex.miller@vice.com)
EDITOR	Alejandro Mendoza (alejandro.mendoza@vice.com)
COORDINADOR EDITORIAL	José Luis Martínez Limón (jl.martinez@vice.com)
TRADUCTORA	Daniela George (daniela.george@vice.com)
REDES SOCIALES	Caracolito López (caracolito.lopez@vice.com)

COLABORADORES			
TEXTOS	Hilton Als, Abril Ayers Lawson, Blake Bailey, Brian Booker, Nick Cave, Elma Correa, Atahualpa Espinosa Magaña, Franco Félix, Thessaly La Force, Jonathan Galassi, Barry Gifford, Aleksandar Hemon, Brenda Lozano, Anthony Madrid, Clancy Martin, Ottessa Moshfegh, Guillermo Núñez Jáuregui, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, Allen Pearl, David Sedaris, Akhil Sharma, Gabriela Torres Olivares, Deb Olin Unferth	FOTOS	Mely Ávila, Elizabeth Bick, Dru Donovan, Paulina Figueroa, Francisco Gómez, Josef Hofflehner, Stacy Kranitz, Matthew Leifheit, Bryson Rand, Ferdinando Scianna, Paul Mpagi Sepuya, Katia Tort, Kevin Zucker
		ILUSTRACIONES	Joana Avillez, Óscar Benassini, Nicholas Gazin, Jéscia López, Ingrid Rognstad, Matt Rota, Fernanda Solley
VICE MÉXICO	Envíanos cartas, DOs & DON'Ts, discos para reseñar, revistas, libros y cosas chingonas a Colima 235, Col. Roma, Del. Cuauhtemoc, México, DF, CP. 06700	VICE ALEMANIA	Rungestr. 22-24, 10179 Berlín
VICE COLOMBIA	Calle 56, No. 5-21, lado B, piso 3, Bogotá	VICE HOLANDA	PO Box 15358, 1001 MJ Amsterdam
VICE IBERIA	Álava 140, sobreático, 08018 Barcelona	VICE BÉLGICA	Lamoriniëstraat 161, B-2018, Amberes
VICE NUEVA YORK	99 North 10th Street, Brooklyn, NY 11249	VICE FRANCIA	21, Place de la République, 75003 París
VICE LOS ÁNGELES	589 Venice Blvd, Venice, CA 90291	VICE AUSTRIA	Lothringerstraße 2/2, 1040 Vienna
VICE MONTREAL	127 B King Street, Montreal, QC H3C 2P2	VICE SUIZA	Geroldstrasse 33 8005 Zurich
VICE TORONTO	159 Dufferin St., Suite 100, Toronto, ON M6K 1Y9	VICE BRASIL	Rua Periquito 264, São Paulo, SP, CEP 04514-050
VICE REINO UNIDO	New North Place, Londres, EC2A 4JA	VICE BULGARIA	5 Ogosta str., 1124 Sofia
VICE AUSTRALIA	PO Box 2041, Fitzroy, Victoria 3065	VICE REPÚBLICA CHECA	Haštalská 1, 11000 Praga 1
VICE NUEVA ZELANDA	PO Box 68-962, Newton, Auckland	VICE RUMANIA	Strada Icoanei, nr 92–Bucarest sector 2
VICE ESCANDINAVIA	Markvardsgatan 2, SE-113 53 Estocolmo	VICE POLONIA	Solec 18/20, 00-410 Varsovia
VICE DINAMARCA	Bremerholm 1, DK-1069 Copenhagen K	VICE RUSIA	4th Syromyatnicheskiy Lane, 3/5, Edificio 5, Moscú, 105120
VICE ITALIA	Via Watt 32, 20143, Milán	VICE CHINA	Suite 307, 94 Dongsí Shítiao, Distrito Dongcheng, Beijing, China 100007
		VICE JAPÓN	3-31-5 Sendagaya, Shibuya-ku, Tokio, 151-0051
		VICE GRECIA	Kifissias Ave. 10-12, 15125 Marousi, Atenas

VICE es una publicación mensual. Volumen 8, número 6, julio 2015. Domicilio de la publicación y del distribuidor: Colima 233-235, Col. Roma, Del. Cuauhtémoc, CP. 06700, México, DF. Tel.: (55) 5533 8564. Editor responsable: Eduardo Valenzuela Sotomayor. Certificado de reserva del Instituto del Derecho de Autor: 04-2008-090917104100-102. Certificado de licitud de título y de contenido, en trámite. Imprenta: Prerensa Digital. Caravaggio 30, Col. Mixcoac, Del. Benito Juárez, México, CP. 03910, D.F. Tel.: (55) 56 11 96 53. Distribución gratuita. Distribuidor: VICE Media, S. A. de C. V. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de VICE. Se prohíbe su reproducción total o parcial.

Todas las entregas son propiedad de VICE Media Inc. El contenido es propiedad intelectual de VICE Media Inc. y no puede ser reproducido total ni parcialmente sin la autorización por escrito de la compañía.

PRODUCCIONES FÁBREGAS Y TERCERA LLAMADA PRESENTAN

ODISEO BICHIR

ALFONSO DOSAL

# UNA NOCHE EN LA PLAYA

de Javier Veiga

UNA  
DIVERTIDA  
COMEDIA

CORTA  
TEMPORADA

Boletos en  
**ticketmaster.com.mx**

Dirección  
Alejandro  
Ricaño

## TEATRO VIRGINIA FABREGAS

A partir del 22 de mayo

**Viernes 8:30 pm**  
**Sábado 6 y 8 pm**  
**Domingo 5 y 7 pm**

Velázquez de León 29, San Rafael

f/TerceraLlamadaTeatroMexico t@3aLlamadaTeatro #UnaNocheEnLaPlaya



COLABORADORES DEL MES



ALEKSANDAR HEMON

La tercera novela de Aleksandar Hemon, *The Making of Zombie Wars*, se publicó en mayo por Farrar, Straus and Giroux.

Ve NUNCA TENDREMOS PARÍS, página 100



DAVID SEDARIS

David Sedaris es uno de los escritores de comedia estadounidenses más conocidos y amados. Es autor de *Mi vida en rosa* y *Un vestido de domingo*, entre muchos otros libros.

Ve DESASTRES NOTABLES, página 44



BRENDA LOZANO

Es narradora y ensayista, y reside en Nueva York. Es autora de las novelas *Todo nada* y *Cuaderno ideal*. Aparece en la lista de los mejores escritores mexicanos del proyecto México20.

Ve TODO LO PRESTADO, página 24



MELY ÁVILA

Mely Ávila es una ilustradora y fotógrafa tijuanaense. Actualmente coordina el área educativa del Centro de Cultura Digital, de Conaculta. Es mamá del perrito Coyo.

Ve ELÁN Y LO QUE SIGUE, página 92



OTTESSA MOSHFEGH

Ottesa Moshfegh recibió el Plimpton Prize en 2013. Su primera novela, *Elieen* se publicará en agosto de este año.

Ve LA SUSTITUTA, página 60



JONATHAN GALASSI

Jonathan Galassi es director de la editorial Farrar, Straus and Giroux. Su primera novela, *Muse*, se publicó en junio bajo el sello editorial Knopf.

Ve DE POETA Y EDITOR A NOVELISTA, página 108



ANTONIO ORTUÑO

Antonio Ortuño nació en Guadalajara. Es autor de *El buscador de cabezas*, *Recursos humanos*, *Ánima* y *La fila india*, entre otros. Fue mencionado por la revista *Granta* en la lista de los mejores autores hispanoamericanos jóvenes.

Ve INTERRUPTOR, página 80



JÉRICA LÓPEZ

Jérica López es artista plástica y es de Monterrey. Ha tenido numerosas exposiciones individuales y actualmente está desarrollando un proyecto de retratos.

Ve EL FILO DE LOS CABALLOS, p. 68



APRIL AYERS LAWSON

April Ayers Lawson recibió el Plimpton Prize en 2011. Su primer libro de cuentos saldrá bajo el sello Faber & Faber.

Ve TRES HISTORIAS DE AMOR, página 18



CLANCY MARTIN

Clancy Martin es autor de la novela *Lujo y lujuria* y de la autobiografía *Love and Lies*. Su segunda novela, *Bad Sex*, se publicará en septiembre.

Ve EL AGENTE FEDERAL AÉREO, p. 28



GUILLERMO NÚÑEZ

Estudió Filosofía en la Universidad Panamericana. Es coeditor de *La Tempestad*, narrador, ensayista y papá de la gatita Bertha.

Ve RECUERDO FANTASMA, página 32



ÁNGEL ORTUÑO

Es poeta, traductor y editor; autor de los libros de poesía *1331*, *Las bodas químicas*, *Siam*, *Boa*, *Mecanismos discretos* y *Perlesía*. Para este número tradujo limericks.

Ve CUATRO DISPARATES, página 114



AMIE BARRODALE

Amie Barrodale es la editora de ficción de VICE. Su primer libro de cuentos, *You Are Having a Good Time*, se publicará en marzo de 2016.



FRANCISCO GÓMEZ DÍAZ

Fara es de Arandas, director de arte de VICE México, un extraordinario fotógrafo y, a partir de los últimos números, quien ha dado forma al contenido local que producimos.

Ve todos los cuentos locales



ÓSCAR BENASSINI

Es coeditor de *La Tempestad* y editor de la revista *Cain*, además de narrador e ilustrador. También es el orgulloso padre de Monclova y Carmelo.

Ve RECUERDO FANTASMA, página 32



FERNANDA SOLLEY

Estudió Diseño en Medios Digitales y es la fabulosa ilustradora que hizo los retratos de nuestros amados colaboradores en los últimos números.

Ve COLABORADORES DEL MES



AKHIL SHARMA

Akhil Sharma recibió el Folio Prize por su segunda novela, *Vida de familia*.

Ve NUNCA TENDREMOS PARÍS, página 100



DEB OLIN UNFERTH

Deb Olin Unferth es autora de la novela *Vacation* y de la autobiografía *Revolution*. Su segunda colección de cuentos, *Wait Till You See Me Dance*, se publicará el año que entra.

Ve PROFE CREATIVIDAD, página 112



PAULINA FIGUEROA

Es fotógrafa, estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, en el Camberwell College of Arts y en el Neue Schule für Fotografie, en Berlín.

Ve SUJETO DE PRUEBA, página 42, e INTERRUPTOR, página 72



THESSALY LA FORCE

Thessaly La Force es editora en jefe de Travel + Leisure, colaboradora de Vogue.com y profesora en un programa de escritura creativa llamado The Sackett Street Writers' Workshop.

Ve LA INVERNADA, página 72

Ilustraciones por Fernanda Solley.



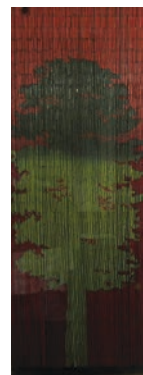
## FRENTE DE LA REVISTA

### Catálogo de muebles

POR **THESSALY LA FORCE**

#### CORTINA DE CUENTAS DE BAMBÚ CON ÁRBOL PINTADO

Éstas cuelgan en el marco de la puerta entre la cocina y la sala, la cual está sobriamente amueblada con un sofá barato y una vieja televisión. Según el feng shui, pasar por las cuerdas te hace sentir en paz. El sonido de las cuentas en movimiento es perfecto para señalar el momento dramático en que una hermosa mujer con un simple vestido de algodón aparece de la nada con el cabello lleno de sal de mar y piel besada por el sol. Se recarga en la pared. Piensas en cogértela. Thomas Pynchon ama estas cortinas.



#### SILLÓN TAPIZADO DE POTTERY BARN

El mueble preferido de los sicoanalistas de Manhattan de hoy en día. El sillón es anónimo, autoritario y un poco pretencioso. Frente a él está una modesta mesa de centro sobre la que descansa una caja de cuero con pañuelos y un paquete de pesados posavasos de plata. Hay dos relojes en la oficina: uno detrás del paciente y otro frente a él. Un hombre de mediana edad orgulloso de su cabello rubio viene una vez a la semana. No puede pagar más sesiones y se está acostando con una mujer mucho más joven. Espera confesiones, negaciones, lágrimas y confrontaciones. Jonathan Franzen. Jennifer Egan.



#### JUEGO DE MESAS SEMICIRCULARES SHERATON

Encontradas más frecuentemente en el recibidor de una casa en Nueva Inglaterra donde una pareja de casados pelea amargamente entre susurros ruidosos. Ella usa traje de baño y sus lentes enmascaran las ojeras de una terrible resaca. Él tiene dolor de espalda debido a un largo camino en auto desde la ciudad. Son buenas para colocar objetos que uno pronto olvidará, como el correo o la pequeña bolsa de plástico con Advil comprado en la farmacia local. Frecuentemente se encuentran con una charola de plata o una bandeja para llaves y carteras. Un espejo dorado con adornos podría colgar encima. Puedes verlas en la casa grande de Laud's Head en "Goodbye, My Brother" de John Cheever.



#### BANQUITOS DE CERÁMICA PARA JARDÍN EN FORMA DE ELEFANTES

Pintados de blanco, con vivos verdes y bordes color margarita. Los elefantes poseen hermosos detalles: sus pezuñas están pintadas de un blanco más brillante, sus colmillos de color marfil. Fueron encontrados en un mercado de pulgas en Palm Springs, California, y ahora descansan en el jardín de una pareja gay de Connecticut. Son buenos en noches tranquilas para sentarte y pasar un churro después de lavar los platos con tu mejor amiga, quien debe divorciarse. Pueden encontrarse fácilmente en cualquier historia de Ann Beattie.



#### SOFÁ DE CUERO BLANCO CON MONTURA DE CROMO

Cercano al suelo, posicionado elegantemente en el centro de la sala, este sofá acomoda a tres personas, cuatro si quieres estar más calentito. Adecuado para que alguien tipo Martin Amis descanse después de una intensa y brillante noche; aún hay rastros de cocaína en la mesa de centro. Otra noche viene en camino. Sentarte en este sofá te permite tener brotes de confianza extrema. Te sentirás más joven, que tu dinero nunca se acabará, que tus ideas siempre estarán frescas. Es el cuero blanco. Después empezará a ensuciarse. El sofá se venderá por mucho más de lo que pagaste.



#### SILLÓN DE MIMBRE BAR HARBOR

Joan Didion es fan del mimbre. Éste va idealmente en un patio (aunque también puede dar un exquisito toque dentro de la casa). Una delgada mujer sale y se dirige hacia él. Usa alpargatas; sus uñas están pulidas, su labial impecable. Ella mirará hacia arriba y verá al cielo mientras los lentes resbalan de su cabeza. Piensa en lo que le acaba de pasar. Prefiere estar sola.



#### MESA DE FORMICA CON SUPERFICIE VERDE OLIVO

Aquí derramarás tus problemas. Tal como en esa historia de Mary Gaitskill, una madre joven le pide a una adolescente fugitiva que le cuide a sus hijos para buscar trabajo. Les deja sándwiches. La adolescente espera que a sean las 6PM.

Sofá de cuero blanco con montura de metal cromado disponible en [Istdibs.com](http://Istdibs.com) por 7,900 dólares. Banquitos de cerámica para jardín en forma de elefante de [Istdibs.com](http://Istdibs.com), preguntar por precio. Juego de sillón de mimbre/mecedora Bar Harbor disponible en [Istdibs.com](http://Istdibs.com) por 2,650 dólares. Juego de mesas semicirculares Sheraton disponible en [Istdibs.com](http://Istdibs.com) por 88,500 dólares. Foto de sillón por el usuario de Flickr PostSurfSide.com, foto de mesa de formica por la usuaria de Flickr Sarah Marriage, foto de cortina de cuentas por el usuario de Flickr Jason McHenry.



# ChicaE

méxico

TODO  
LO QUE  
QUIERES

conoce a las  
3 finalistas  
y vota por tu favorita  
[chicaemexico.com](http://chicaemexico.com)



@chicaemexico



chicaemexico



chicaemexico

presentado por

Samsung  
GALAXY A

Nair

CMX  
CELEBRITY MANAGEMENT  
MEXICO

Candiflux





# PARTENOGÉNESIS

POR GABRIELA TORRES OLIVARES  
FOTO POR KATIA TORT

Fragmento de guión para una película apócrifa.

[ *cold open* para la versión latinoamericana ]

La primera escena es el *close up* de una gota en la punta de una hoja. Segundos ocurren antes de que caiga y se reviente al impactarse con la tierra que de inmediato la absorbe. Un lento *zoom out* nos dejará percibir su origen líquido: condensación de una superficie blanca azulada con algunas degradaciones que van del gris al lila. Es un objeto de piel que de pronto se convierte en cuerpo: un bebé que aún conserva la posición modelada por el útero. Perlada superficie en una multitud de gotas, irregular el brillo con el que intuimos el resplandor del sol sobre el rigor mortis del neonato. Comienza a descongelarse. A un par de metros de hierba hay otro y a éste le sigue otro y luego un grupo de cinco y más adelante un par que la solidez de fluidos unió a capricho de temperatura en el congelador. Mientras el *zoom out*, aumentan los bebés congelados encima del verde y si pausáramos la imagen y con curiosidad enumerásemos, diríamos que son veinticinco, y quizá dudosos, contaríamos de nuevo, esta vez con el dedo pegado a la pantalla para cerciorarnos. *Play. Travel around:* la escena baldía de una carretera poco transitada. Tenuas colinas adjetivadas de similar levedad en sus cañones. Recovecos cromados de diversas clorofilas y de flores invasivas que aún no maduran sus fines: la primavera comienza. El viaje de contexto se detiene en una *pick up* blanca, la caja seca dañada, puertas abiertas mientras el tono de un teléfono le sigue al *biss* de un *voice en off*. La llamada sucede mientras nuestra perspectiva se sitúa en picada, panorámica de los bebés y al centro, como una ominosa flecha que señala la obviada, la *pick-up* volcada. En la agitación de la voz que llama presentiremos la huida. Se aleja de la escena que nosotros seguiremos viendo y dice que hubo un accidente. Y se le escapa un *ellas* que pretende resarcir con un espeso carraspeo: *bodies lie in the bright grass and some are murdered and some are picnicking*.<sup>1</sup> Las bebés siguen y seguirán descongelándose, es lo que por ahora sabemos. Y probablemente alguna, en el universo paralelo que es nuestra realidad de espectadores (y si continuásemos viendo la misma escena), esponjaría su carne compactada por el hielo para inaugurar síntomas de descomposición. Pero no.

Cuando el hombre cuelga, suceden los primeros acordes de una canción y una por una (en *fade in*), encima del descontexto de los cuerpos sobre el verde, las letras:

## PARTENOGÉNESIS

(*fade out*) y la cámara entra velozmente por un túnel que desemboca en una granja de mujeres con estómagos hinchados. (Es aquí donde la historia comienza a suceder).

[ *sinopsis de la historia que comienza a suceder* ]

Cuando el incidente de la volcadura aparezca en el noticiario nocturno, el espectador se enterará concretamente de lo que hasta ahora sólo ha intuido, es decir, el furtivo trasiego de bebés congeladas. El argumento medular es la ilegitimidad de la empresa, sin esclarecer las actividades de la misma: no se proponen nuevos hallazgos ni se informa si las autoridades han avanzado en sus investigaciones. Se especula alrededor de la noticia, alrededor de esas imágenes que el espectador ha tenido oportunidad de visualizar al comienzo de la

película. En el elíptico manejo de la información queda implícito que todas las desgracias históricas han encontrado su causa en el efecto alegórico que representa esta volcadura. Al tiempo que la información de las escenas es interpretada cognitivamente por el espectador, un espectador-personaje aparece al centro de una cocina y, conforme escucha la noticia, reduce la velocidad con que embadurna mayonesa sobre un pan, fijando, progresivamente, su atención en la pantalla.

El personaje-espectador no es otro que el célebre y retirado reportero Pedro Martínez. Un ex testigo de Jehová cuyo trabajo periodístico adquirió notoriedad tras la realización de una serie de reportajes sobre el negocio de trasfusión de sangre y trasplante de órganos en el mercado negro. La popularidad de Martínez fue en declive cuando en sus siguientes reportajes decidió investigar los efectos ontológicos de trasplantes y cirugías reconstructivas practicadas de forma ilegal. Su tesis se basaba en el caso de un hombre al que presuntamente le fue trasplantado el brazo de un asesino. La progresiva falta de credibilidad en sus siguientes entregas fue cancelando la información de sus previas investigaciones cuando los lectores calificaron su trabajo de poco serio y el periódico cesó su contrato; aunque casi de inmediato encontró en la televisión la posibilidad de culminar sus investigaciones en una plataforma más mediática. Pero poco a poco también el público se fue cansando de los reportajes que, a petición del productor, se fueron tornando más cómicos por absurdos.

Para contextualizar al espectador sobre la importancia que tendrá Pedro Martínez en la historia, dentro de la película se reproduce, a manera de antecedente, el tráiler de la investigación que dio pie a su tesis sobre los efectos ontológicos de los trasplantes y cirugías practicados ilegalmente. En la forma de reportaje documental puede verse a un hombre de rostro pixelado que a intervalos resume lo más destacado de su historia, o de la historia que Pedro quiso contar. Que tras un accidente con explosivos (nunca se hace mención de la causa que llevó al hombre a estar explotando cohetes de alto impacto en un campo de tiro ilegal), fue llevado por un amigo a donde él (el hombre) pensaba que era un hospital. En el camino, su amigo le hizo una serie de preguntas y el hombre, dolorido y con el brazo destrozado, no hizo más que responder que sí a todas (intuimos que las preguntas tenían que ver con el trasplante y su disponibilidad para costearlo). En la siguiente escena del tráiler, extiende los brazos y vemos la diferencia de longitud y grosor entre ambas extremidades, además de la coloración de piel y la felpa de cabello oscuro que le recubre un antebrazo pero no el otro. Luego, como sospechosa prueba al estigma de la criminalidad del brazo, se hace *close-up* a un tatuaje descuidado (grafito-verdoso) con el nombre de Liliana. Liliana es lo único que el hombre sabe de su ahora brazo. Lo siguiente es un intertítulo con la pregunta: ¿Por qué es importante saber los antecedentes de las extremidades que nos serán trasplantadas? E inmediatamente, como respuesta a su misma pregunta, una cita de Fredric Jameson que sentencia: los recuerdos son, en primer lugar, recuerdos de los sentidos y son los sentidos los que recuerdan y no la persona o la entidad. Aparece de nuevo el hombre, esta vez con *closed caption* porque su voz ha adquirido un tono pastoso, dramático, de temblor en las palabras. Dice (y leemos) que desde el trasplante ha experimentado los recuerdos del brazo y son como si estuviera soñando despierto; que no sólo son recuerdos sino también ideas, intenciones, necesidades, deseos que él jamás habría tenido. Escuchamos la voz de Martínez que le increpa el contenido de estas nuevas sensaciones. El hombre responde lacónico: pues me dan ganas como de matar. Entonces, Martínez sugiere, que tal vez el brazo, en el pasado, correspondió a un asesino. Y el hombre conjetura: yo creo que sí. El tráiler concluye con un frenético sonido de violines que un amigo del reportero compuso para personalizar las cápsulas. *Q.E.D.*

<sup>1</sup> "Cuerpos yacen sobre el brillante pasto: algunos, asesinados; otros, en un picnic". [N. de la T.] De *Survival Series* (1983-1985), Jenny Holzer.





## TRES HISTORIAS DE AMOR

POR ABRIL AYERS LAWSON  
ILUSTRACIONES POR NICHOLAS GAZIN

Fragmento de la novela Vulnerability.

¿Y a lo habías hecho antes? —dice el hombre en el cuarto de hotel. Antes de que ella pueda decir algo, él ve la respuesta en su rostro y pregunta—: ¿Cuántas veces?

Sin saber si pensará que el número es muy alto (lo que haría que la ocasión pareciera menos importante) o muy bajo (que la haría parecer inexperta), ella responde: —Ésta es la primera vez que lo hago en un hotel así.

—Espero que no sea la última —dice él—. No deberías haberme seguido hasta aquí tú sola.

Su preocupado y curioso rostro es casi paternal.

Él la mira como si no confiara en ella, como si planeara hacer algo más que dibujar, aunque no puede descifrar qué.

—¿Vas a dejarme que te dibuje o sólo me invitaste para regañarme por no tenerte miedo?

En el sillón ella cruza las piernas, abre el cuaderno hasta llegar a una página limpia. Del compartimiento donde guarda el material de dibujo saca un lápiz de grafito que su esposo ordenó de una página francesa y le dio como regalo en Navidad.

Ella es consciente de que él estaría enojado de que ella esté aquí, aunque le parece de poca importancia, como si fuera una escena de película que suscita emociones pero que nada tiene que ver con la vida real.

—Pero *sí* me tienes miedo —replica, incrédulo.

Ella ya había empezado a dibujar. No responde.

¿Le tengo miedo? piensa. Y, mientras observa cómo su cara observa la de ella, ¿Cómo me verá? Ella está usando uno de sus mejores atuendos (botas altas de cuero con hebillas plateadas, falda de lana, suéter pegado con cuello bajo y debajo un sostén *pushup* de encaje). Trae maquillaje.

Con el grafito esboza las dimensiones de su rostro.

—¿Me seguiste al restaurante?

—¿Querías que te siguiera?

Esta respuesta le sale más sugerente de lo que quería, como sucedió algunas veces en los últimos años; como con el jefe de su esposo, por ejemplo, en la comida de Navidad. Casi en seguida el hombre se le acercó “accidentalmente”, lo que enfureció a su esposo, quien no pudo sacar su rabia hasta que estuvieron en el auto, lejos del oído de los demás empleados. —¿Quieres cogerte a viejos adinerados? —Se le quedó viendo con ojos de odio, buscando cualquier reacción que sirviera como confirmación. Ella lo ignoró y se mantuvo en silencio. Mientras manejaba, él describió casi sin aliento las cosas que seguro ella quería hacer con los viejos adinerados, cosas que si ella lo confrontara en un futuro, él negaría haber dicho. Esto ya había pasado antes (que dijera cosas que luego negaría haber dicho). Eso la volvía loca. Una hora después, en casa, el enojo se convirtió en lujuria (la lujuria, como ella

la entendía, tenía que ver con la imagen de su jefe con ella), y después su esposo parecía amarla de nuevo; simplemente había sido una mala noche.

—No —añade rápidamente, antes de que pueda responder lo que ella le ha preguntado y que le permitiría coquetear con ella—. No, no te seguí. Simplemente te reconocí en el bar y pensé: *Ésta es la segunda vez que lo veo, así que tengo que dibujarlo*. Tu cara se quedó conmigo. Tienes una de esas caras.

No hay coqueteo en sus palabras. Son dichas de forma cínica. Autoritaria.

Él parece aceptarlas.

Las fantasías de lo que podrían estar haciendo, de él colocando la mano en su rodilla, de él alzándose a medio dibujo para aventar el cuaderno y poner su boca encima de la de ella, relampaguean como si fueran de una película en su periferia, una película que no está viendo pero que no puede quitar. A veces ni siquiera sabe que los hombres son guapos hasta después, cuando estudia los bocetos que, aunque no les hacen justicia, muestran la estructura del rostro, de los ojos.

Cuando dibuja, justo antes de entrar en trance, es consciente de que está haciendo algo que no debería, pues no quisiera que su esposo la viera y teme la mentira que tendría que maquinar si así fuera: que es alguien que vio a lo lejos o incluso una cara inventada. Ella cree que una parte de él sabe la verdad, mientras que otra parte la niega, y que incluso se excita por ese engaño que la distancia de él, ése que la vuelve poderosa y opaca, como las imágenes porno a las que es adicto; pero esto es sólo una teoría, una teoría que se presenta por sí sola y que da paso igual de rápido a otros pensamientos que van de la mano con el acto de dibujar.

—Quiero verlo —dice él.

Éste es el momento que ella teme y espera; claro que no puede no mostrárselo.

El cuaderno en sus manos la hace sentirse ansiosa, ya que lo imagina arrancando las páginas y rompiéndolas, aun cuando esto nunca le ha pasado con algún dibujo que le haya mostrado a alguien.

Él se le queda viendo como si la estuviera viendo por primera vez. Ve de nuevo el dibujo. Sus dedos se dirigen a la sien, se quedan allí un momento sin tocarla para después curvarse y presionar suavemente su boca. La mira de nuevo.

—No sé si debería sentirme halagado u ofendido.

*Las dos*, piensa ella. Pero no dice nada. Espera.

—Déjame invitarte a cenar.

—Acabas de cenar.

—Lo sé —dice apenado y un poco risueño—. Me refiero a...

—Soy casada —responde. *QED*



Cuando, después de salir del elevador y pasar por otro par de puertas, lo encuentro en la galería, no parece nada feliz de verme. A excepción de mis pasos en el piso de madera y el frágil susurro del aire condicionado, sólo hay silencio, sólo está él saludándome con un hola de cortesía y una expresión de molestia —como si lo estuviera interrumpiendo, en lugar de estar respondiendo a una invitación que él mismo me hizo— y luego se aleja de mí de vuelta a la pintura que parecía estar estudiando antes de mi llegada. Esto hace que me dé la espalda. Me siento ignorada, estupefacta. Quizá porque ya no le gusto, o quizá porque la tarde no parece tener la magia de la noche en que nos encontramos; él se ve menos atractivo. Sus jeans, doblados de abajo como he visto que hacen los hombres cosmopolitas de entre veinte y treinta años en la calle y en las revistas de moda a las que mi esposo está suscrito, me molestan, pues se ven vagamente femeninos.

Su camisa sí me gusta (blanca, arrugada y desfajada) y en este aire de su misterioso enojo conmigo y con mi voluble opinión sobre él, pienso lo estúpida que es la acusación, lo tonta que soy y cómo probablemente ni siquiera tendremos tiempo de ir por un café antes de que me encuentre de vuelta en un taxi hacia La Guardia.

Pero entonces:

—Empezaba a pensar que no vendrías.

Y quizá porque escucho en su tono que lo lastimé —o que *puedo* lastimarlo— todo cambia.

—Perdona. No calculé bien el tiempo. No estoy acostumbrada a andar en taxi.

Sólo había llegado 15 minutos tarde, creo, y eso que nada más era para tomar un café un domingo en la tarde.

Sin embargo, la sensación de haber hecho algo imperdonable persistía. ¿Será mi imaginación?

—Tal vez deba irme pronto —dice un poco despectivamente, como si una parte de él ya se hubiera ido—. Hay algo importante esta tarde a lo que debo ir.

Algo en mí cambia. Entro en pánico en silencio. Mientras que al principio mi lluvia de preguntas —qué está haciendo, cómo van las cosas en la galería, mi situación con él— parecen prácticas, mientras hablo me doy cuenta de que las preguntas en sí no importan mucho, que son secundarias a mi motivo para hacerlas: traerlo de vuelta a mí. Este sonido, de mi voz llena de interés, me molesta porque creo que él podría escuchar la inconexión y desesperación en las palabras.

Pero no, él cree que en verdad estamos conversando y de hecho está encantado con mis preguntas, con mi ingenuidad. Poco a poco se vuelve menos frío. Discutimos el problema del valor. Él debe crear en otras personas una sensación del valor para las pinturas, explica, y las personas para las que lo hace deben ser las correctas.

—No podemos dejar que cualquiera las compre —dice refiriéndose a mis pinturas—. ¿Entiendes cómo funciona?

Allí, en el segundo piso, se encuentra de pie frente a enormes óleos de lo que parecen ser sureños de clase baja

inmersos en dramas domésticos. En una de ellas una mujer aprieta a un niño a su pecho mientras un hombre con jeans y playera sucia le grita con los brazos extendidos y una cara llena de dolor y furia. En otra, una mujer con shorts y blusa sostiene un taco de billar como jabalina justo afuera de una recámara. Éste apunta a una mujer desnuda con expresión de venado asustado parada frente a la cama, donde un hombre (a quien obviamente ambas desean) se sienta también desnudo. La sábana azul marino arroja una sombra sobre una luminosa pierna desnuda y oscurece parcialmente la entrepierna.

De hecho el cuadro se llama *Venado asustado*, y sospecho que me trajo aquí, a este piso, para verla.

—¿Qué quieres decir? —quiero saber—. ¿Acaso no sabes que debes dejar que quien ofrezca el precio se las lleve? —pregunto.

—No. Claro que no. Es bueno que hable contigo antes de que empieces a deshacerte de tu obra. Un coleccionista equivocado podría devaluar tu trabajo.

—Pero parece injusto ser tan exclusivos —alego, ya que por la luz de su renaciente atracción hacia mí (palpable por la forma en que sus ojos se adhieren a mis movimientos y siguen mi mano en su camino para ajustar las endebles tiras de mis sandalias) he empezado a sentir inicios de obstinación, de la casual resistencia que una mujer puede ver en el hombre a quien por instinto se sabe ligada.

—Ah, pero sería injusto de la forma contraria, ¿no? —replica—. ¿Crees que algún estúpido yuppie comerciante de arte va a entender lo que haces? ¿Acaso no hay diferencia en que alguien así y L... [un nombre que no reconozco] tengan tu trabajo? ¿Que no sepan cómo mostrarlo? ¿A quién prestárselo? ¿El contexto en el que debe explicarse?

*Me necesitas*, es lo que parece estar diciendo. *Yo te salvé*. Leo entre palabras. En sus ojos verdes. En la sugestiva pausa en que percibo su creciente conciencia sobre la pintura detrás de él, la pintura que desea que admire.

—Es un pintor suizo —me dice—. Nunca ha estado en el sur, pero está obsesionado con los videos de música country. Es así como imagina que es el sur estadounidense. Éstas son sus fantasías. ¿No son fascinantes?

Mientras asiento pienso que quizá las odio pero que estoy fascinada por su obsesión, por su forma de ver. Digo algo sobre el uso del color y, en una manera que yo identificaría como pretenciosa, continúo con las implicaciones bíblicas del uso del color púrpura. El pensamiento de que debo sacar el celular de mi bolsa para ver la hora me distrae; siento que si lo hago él tomará incluso esa breve pérdida de atención como un insulto, así que me decido por ser directa, decir que ya casi es hora de mi vuelo; ¿y qué hay de esos contratos que mencionó cuando me pidió que me encontrara con él, el papeleo que podría firmar aquí en lugar de recibirlo por correo?

—Ah, los contratos —dice; sus ojos buscan mi mano izquierda para ver si tengo un anillo—. Los pido porque hace



que todos se sientan mejor, pero en lo personal pienso que son tontos. ¿Tú no?

Al ver que no pienso contestar, empieza a describir su sistema para colgar los cuadros, y mientras lo hace se dirige hacia mí. Su mano empieza a rodear mi muñeca para atraerme hacia él. Luego me coloca entre su pecho y la pintura fijada en la pared.

Sus manos están en ambos lados de mis desnudos brazos; dirige mi atención hacia enfrente, hacia el centro de la obra. Este contacto me ocasiona una sensación de impotencia; intento obligarme a no sentir nada, preocupada de que se dé cuenta.

La obra es de tal y tal dimensión, que está a equis centímetros del piso, lo que significa que el centro de la obra está a equis centímetros, y ese tipo de cosas, todas muy específicas y lógicas pero nada más que tonterías murmuradas en mi oído en comparación a la explícita emoción que crean su tacto, su aliento y el olor a lavandería que emana de la camisa que ha tenido durante años, la cual desgastó con el calor y esfuerzo de la parte superior de su cuerpo y por ponérsela una y otra vez, ya que, según él, se ve de una forma correcta.

—Antes ésta estaba aquí y ésa, allá —explica—. Pero le pedí a mi asistente que me ayudara a cambiarlas. Le dije que estaban en el orden incorrecto. Él las puso así porque creía que la que tiene al bebé va después de la del sexo. Pero ésta es mejor, así que creo que debería ser vista *después* de la otra debido a su excelente manejo de los celos. Parece que de ella irradia: “Soy una persona muy celosa”, ¿no?

—hace una pausa, parece estar considerando si debería decir lo que piensa—. Mi asistente es muy guapo. Todos lo saben. Lo saqué de aquí antes de que llegaras porque no quería que lo vieras.

Haber hecho esta confesión parece sorprenderlo a él tanto como a mí.

—Estaba enojado conmigo —dice mi agente—. Creo que estaba con su novia cuando le llamé para que viniera más temprano —hace una cara que sugiere que esta idea, de que su asistente tenga novia, le parece jocosa—. Odian que les llame los fines de semana que cerramos, pero ya se acostumbraron porque saben que es cuando más me gusta trabajar. Normalmente yo ahorita estaría trabajando. Y supongo que lo estoy haciendo. —Parece que apenas se dio cuenta de que el hecho de que cambiara las pinturas coincidió con *esto*. Con nosotros.

—Pero supongo que tú no, ¿o sí? Porque trabajas de noche —añadió, y me sorprendió que lo recordara—. Supongo que estarías a punto de prepararle la cena a tu esposo, ¿no?

Esto último me lo dice con un tono falsamente liviano, con un tono acusatorio, pero rápidamente se ve seguido por lo triste que dice estar de que me vaya.

—Sí, yo también supongo eso —contesto.

—Sí, qué mal que debas irte. Siento que podríamos hablar por horas y horas.

Algo que no es del todo tristeza pesa en el aire.

—Sí —asiento—. Yo también. *QED*





No pudiste quedarte más que un par de minutos en el sillón de la oficina conmigo; estabas inquieto, te levantaste. Caminaste hacia la ventana a través de la dorada tarde que alumbraba el vidrio y me contaste que no habías tenido novia después de la universidad, a los 22. —Ni siquiera podía hablarle a las chavas —dijiste mientras encendías un cigarro. Sonreíste. Era como si estuvieras hablando sobre alguien más y de nuevo tuve esa sensación de dos hombres diferentes, cada uno queriendo impresionarme al mostrar su contraste con el otro.

—En la universidad trabajaba en la biblioteca —dijiste—. Estaba obsesionado con una mujer que venía casi diario. Una estudiante de licenciatura. Parecía una Isabelle Huppert joven. Algunas de sus blusas parecían negligés. ¿Cómo se llaman?

—Camisolas —dije complacida por saber algo que tú no.

—Camisolas. Ella usaba camisolas bajo el saco. Blancas. Rosas. Color champaña. Sin sostén. En equilibrio. Había una nobleza innata en ella. Pequeños pechos, pero enormes pezones. A veces los veía cuando se inclinaba sobre los libros, aquellas areolas rosas del tamaño de un tazó. Perdona si entro mucho en detalle, yo...

Planeabas lo que le dirías a ella. Lo escribías y lo practicabas de una forma que sonara despreocupada, pero siempre que la veías te congelabas, no podías decirle nada, y si se acercaba al escritorio donde estabas, actuabas como si estuvieras ocupado para que otro tuviera que ayudarla.

—Finalmente, un día en un bar cerca del campus se acercó a donde yo estaba sentado. Me vio como si me reconociera, sonrió; era como estar en un sueño. Pude ver que estaba a punto de preguntarme algo. Parecía estar esperanzada. Estaba usando una de esas camisolas color champaña con las que la había soñado. Esto fue lo más cerca que estuve de ella. Traía perfume, muy ligero, no el que pensé que usaría, pero lo suficientemente fuerte como para opacar el olor de mi comida y del bar. Se inclinó hacia mí.

En este momento te llevaste un cigarro a los labios e inhalaste. Sostuviste mi mirada. —Me dijo: “¿Me prestas tu catsup?”

—Una década después me la encontré en una fiesta. Se veía casi igual excepto por su cara, que estaba más delgada. Vi que tenía una increíble estructura ósea. Pude ver que se pondría muy guapa conforme los años. Usaba un sombrero de gángster. Se veía ridícula. Perturbadoramente sexy. Sentía que me conocía pero no sabía de dónde. Yo tampoco se lo dije. Pretendí no saberlo. Ella era... *receptiva* —dijiste esto intencionalmente y te me quedaste viendo—. Pero resultó ser aburrida y no muy inteligente.

Este cambio en la historia me tomó por sorpresa. El aire cambió. Sentí como que me advertías algo.

—¿Entonces saliste con ella? —pregunté.

—¿Con ella? No. De esa pequeña conversación en la fiesta pude ver que era muy aburrida. Tuve que inventar una excusa para alejarme. Fue una gran decepción: estaba allí con la mujer de mis sueños en una noche de verano, pero simplemente *no* estaba

## TRES HISTORIAS DE AMOR *por April Ayers Lawson*

allí, tan sólo quería alejarme; lo que decía ni siquiera tenía sentido; ni siquiera podía decidir si me gustaba su voz o no; y, al mismo tiempo, como señaló una novia con la que casi me caso, me di cuenta de que estaba enamorado de su imagen y con sólo ese año que la vi en la biblioteca tuve suficiente. Todo ese tiempo pensé que me estaba perdiendo de algo, de algo *más*, pero lo que me interesaba siempre estuvo allí. Aún recuerdo sus atuendos. Recuerdo cómo se veía su cabello cuando llovía. Un día usó una horrible blusa amarilla y me sentí menos atraído, como si hubiera cometido un error. Al día siguiente se veía mejor y sentí como que hicimos las paces. Ahora que he estado en algunas relaciones entiendo que éstas no son mucho más que eso, en esencia, aunque sí involucran hablar y tener sexo.

Exhalaste. El humo de tu cigarro era una neblina azulada. La ventana miraba hacia la pared gris del edificio de enfrente, moteada de rojo en algunas zonas decoloradas. En retrospectiva pensaría que una relación no es para nada como quedártele viendo a una mujer en la biblioteca que ni siquiera sabe que la has estado viendo durante todo un año (y lo que ahora pienso es que cuando al fin tuviste la oportunidad de estar con ella, te acobardaste, ya que esperabas sentirte superior), pero allí en tu oficina lo que dijiste pudo haber sonado muy profundo, pero eso más bien tenía que ver con la forma en que tus pantalones resaltan tus nalgas y la manera en que te llevas el cigarro a los labios, con cómo tus nudosos huesos del carpo dan paso a enormes y cónicos antebrazos; con tu eterno aire crítico tipo dandy remilgoso mezclado con cierta desesperanza soberbia de que este mundo nunca será lo suficientemente bueno para ti; y no sé cómo explicarlo, pero había algo perverso en ti, algo un poco sórdido que las marcas de ropa no podían esconder del todo; podría imaginarte en la cárcel, ¿y acaso todo eran estereotipos? ¿En realidad había algo excepcional entre nosotros, o simplemente me estaba emocionando con el primer “chico malo” que apareció durante mi brote de desesperación marital?

—Aunque podría decirse que mi primer amor fue mi hermana— dijiste mientras seguías hablando de otras mujeres. —A los cinco años creí que íbamos a casarnos, como nuestros padres, y cuando se lo dije me llamó idiota y me explicó que los hermanos y hermanas no pueden hacer eso. Yo estaba devastado. Ella era el centro de mi vida. A menudo me rompía el corazón, y si no hubiéramos sido familia, ella no se habría llevado conmigo. Le pregunté esto antes de que muriera y ella felizmente lo confirmó. Dijo: “Claro que no. Eres muy raro”—. Tu cara se veía alegre mientras decías esto. Pude ver que amabas el humor de tu hermana, y a mí también me gustaba, y

tal vez fue aquí cuando me empezaste a gustar. —Ella era tan... era...

Entonces te detuviste. Como si te estuvieras espantando el sueño. Me estabas viendo de nuevo.

—Te ves hambrienta. Es hora de comer.

\*\*\*

Sin embargo, en el restaurante empecé a perder interés mientras estaba sola en la mesa y tú estabas enfrente coqueteando con una mesera que conocías. La mesera que me tomó la orden también se dio cuenta, pareció sentir lástima por mí y, mientras estaba allí sentada en el comedor con aire acondicionado usando tu chamarra encima de mi blusa, te veía con la actitud de una mujer casada en una cita con un canalla: un canalla de quien alguna vez, ante su propio asombro, en realidad creyó estar enamorada, a pesar de qué el era tan...

¿Acaso mientras comíamos te conté que decidí que eres el hombre más solitario que he conocido? La soledad se aferraba a ti. —Su prometido es albanés —dijiste de la mesera cuando al fin decidiste sentarte conmigo. —Ella es italiana pero él albanés, y él habla su lengua pero ella no habla la suya. Ambos van con un maestro de inglés. —Parecía gustarte pensar en esto al mismo tiempo que dabas una pista de estar celoso—. Vengo casi todos los martes. —En los breves intervalos entre conversaciones, cuando agachabas la cabeza, lo podía ver: eras uno de esos solteros miserables que van al mismo restaurante el mismo día de la semana y tiene relaciones de fantasía con las meseras. Hablabas de los detalles de su vida como si estuvieras dentro de algo, como si fueras alguien dentro de una construcción mucho más grande, así que te imaginé con la cabeza en la almohada, soñando con sentarte a su lado mientras ella toma sus clases de inglés, tu mesera de los martes de piel olivo y cascada de rizos negros y tetas grandes, soñando con robársela a su prometido como...

Pero ahora estabas conmigo. Recuerdo tu cara en el taxi y ahora veo en ella el brillo del triunfo, de que la fantasía de tenerme se volviera realidad, de la sensación de posibilidad con la que veías a la mesera justo antes de que tu atención se dirigiera hacia mí. Si podía pasarte eso conmigo, entonces también con ella.

Y francamente en ese entonces decidí dormir contigo como un acto de compasión. Pobre cosita, aquella noche, nunca había visto a alguien que necesitara tanto que se lo cogieran. Eras el tipo de persona triste que se entume tanto que ya ni siquiera sabe qué es la tristeza, que cree estar bien porque ni siquiera puede recordar cómo es ser feliz, y yo quería ayudarte.

*Feliz.* Vi que te estaba haciendo feliz. Había olvidado lo que era hacer feliz a alguien.



# TODO LO PRESTADO

POR BRENDA LOZANO

FOTOS POR FRANCISCO GÓMEZ

Un rabino con un saco negro y largo, sentado entre un grupo de niños mexicanos con camisetas amarillas, lee el Talmud sobre la mesita plegable del avión. Es el final del verano, los niños vuelan de vuelta a casa luego de un campamento. Son niños inquietos, hacen ruido, el rabino intenta concentrarse. Esa mañana su hijo mayor compró ese lugar en el pasillo, antes de darle la noticia del accidente que llevó a su tío al hospital, el único de la familia que vive en la Ciudad de México. El rabino ha estado muy ansioso, no le gusta viajar en avión y es la primera vez que hace un viaje urgente.

Un niño al lado de la ventanilla le avienta unos audífonos a otro niño en la fila de atrás, pero los audífonos no llegan, caen en el pasillo a un costado del rabino. El rabino, de barbas y pestañas pelirrojas, de rojo ve caer los audífonos al piso. Pestaña lento, con un pulgar separa la hoja del libro, recoge los audífonos al tiempo que escucha un grito a su lado. Voltea, observa a los dos niños inmóviles, como sobreactuando que están inmóviles. El rabino no sabe si gritó la niña a su lado o el niño en la ventanilla, en cualquier caso, le entrega los audífonos al niño y le sonríe. Prende la luz, nota que la niña a su lado se asusta, como si hubiera levantado el brazo para pegarle.

El rabino es del tamaño de cuatro, cinco niños, quizás es del tamaño de todos los niños en esa fila. El doble de alto, al menos, que cualquiera de ellos. Rebasa los bordes del asiento, sus rodillas chocan contra el respaldo de enfrente, los brazos están flexionados, desparramados sobre los angostos brazos del asiento. El cono de luz ilumina su lectura cuando lo distrae un sonido parecido al de unos cascabeles. Una mujer de cuarenta y pocos años, con una camiseta como la de los niños pero de color rosa, recarga una mano en el respaldo del asiento del rabino al tiempo que agita la otra; las pulseras chocan entre sí, producen un sonido como de cascabeles. Da indicaciones a los niños de cómo sentarse, les dice cómo deben comportarse, mientras el rabino observa fijamente una esquina de la mesita plegable para no volver a intimidarlos. La mujer le dice al rabino, con un tono aún más agudo y melodioso, como subrayando que no está enojada con él, que si los niños lo vuelven a molestar, se lo haga saber de inmediato, mientras piensa que es simpático un hombre con tantas pecas en la cara cosa que, hasta ahora, tenía asociada más bien con los niños. La mujer le da la espalda al rabino, repite lo mismo en la fila de atrás evidenciando que se trata de una amenaza más bien dirigida a ellos y no una petición al rabino.

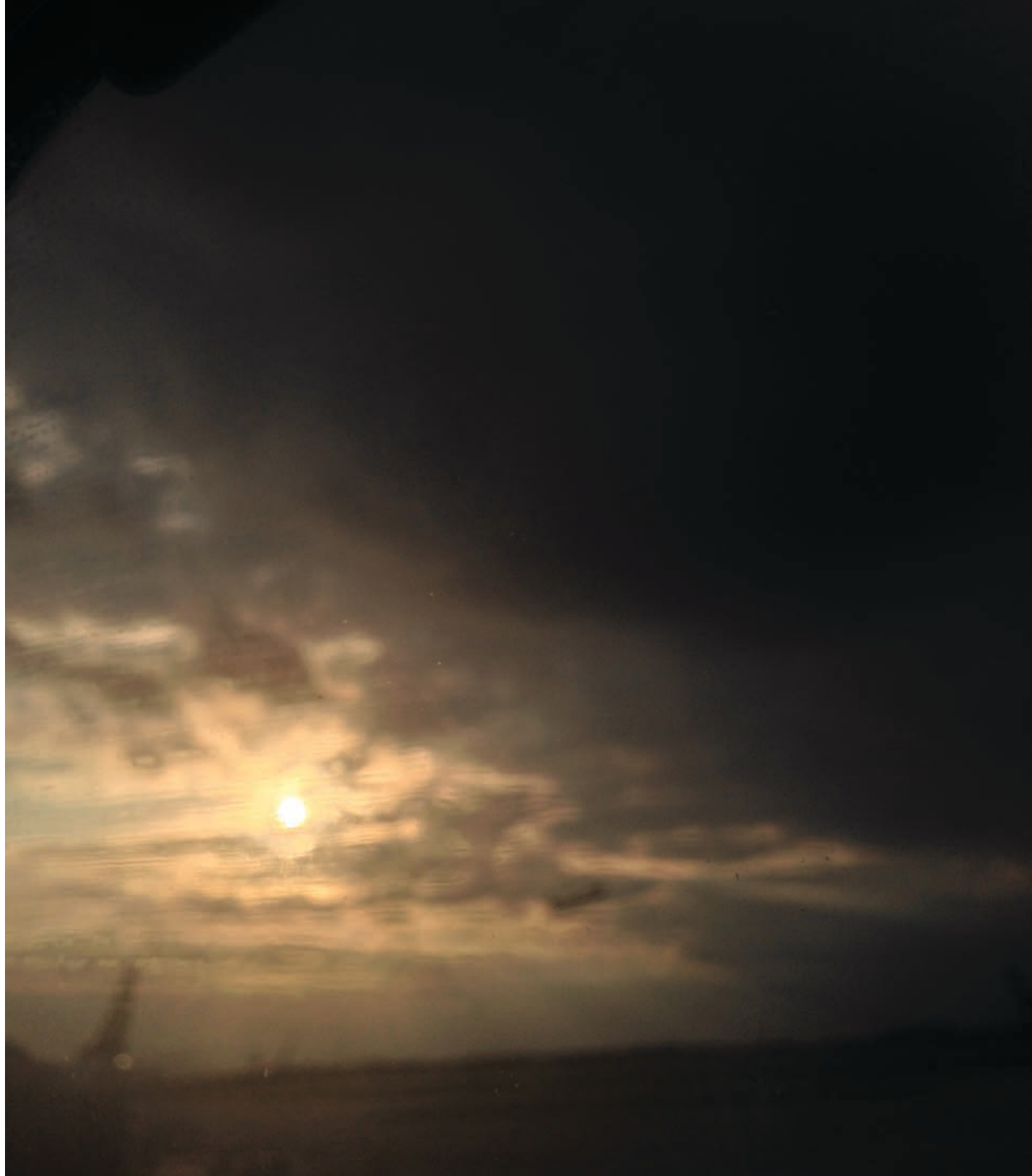
El rabino vuelve al libro, cambia una página cuando el niño en la ventanilla le pide que lo deje salir al baño. El rabino se

lleva los lentes al puente de la nariz, se levanta del asiento, se cruza la parte baja del saco largo, espera a que el niño salga. No sabe si esperar en el pasillo a que vuelva. Observa a la niña sobreactuar cada que cambia una página de la revista del avión. Piensa que si se queda de pie podría asustarla de nuevo, además de que podría obstruir el paso. Desde joven es consciente de su gran tamaño y ha tomado varias, muchas decisiones en función a su tamaño, así que decide volver a sentarse. Lee dos veces la misma frase, tal vez en otro momento leería dos veces la misma frase por miopía, por un leve movimiento del avión, pero la verdad es que no puede concentrarse. Piensa en su hermano. Deliberadamente lee la misma frase por cuarta vez cuando le picotea el hombro una pequeña mano, y se le encoge el estómago. El rabino separa las páginas con la servilleta del avión, se levanta, deja pasar al niño. La niña a su lado se queda inmóvil, el rabino le sonríe, pero al instante que cruzan miradas ella desvía la suya, como un pájaro que vuela luego de un ruido inesperado, en dirección opuesta a la sonrisa del rabino.

El rabino empieza a quedarse dormido. Se desparrama, se expande aún más en el asiento. Está consciente, aunque dormido, de que está en el avión así que se cruza de brazos para no ocupar más espacio, sin embargo, va perdiendo control y ladea la cabeza, los lentes se le resbalan a media nariz. Comienza a roncar. El niño de la ventanilla asoma la cabeza, le hace señas a otro niño en la fila de al lado. El rabino ronca levemente, pero el niño de la fila de al lado se ríe y le toca el hombro a otro niño que ve una película para que mire al hombre grande de rizos rojos. El niño de la ventanilla ve las reacciones en la fila de al lado, cierra los ojos, se tapa la boca con una mano y voltea a la ventana para no reírse a carcajadas. El rabino ladea la cabeza al otro lado, donde la niña. Ella codea al niño de la ventanilla, el niño extiende la mano, le toca el hombro al rabino, el rabino no se despierta, pero endereza la cabeza, deja de roncar, con los ojos cerrados y los lentes a punto de resbalarse por completo, en un movimiento los guarda en la bolsa interior del saco, vuelve a cruzarse de brazos y en ese movimiento la parte baja de su saco largo queda en el asiento de al lado. La niña le señala al niño la tela negra en su lugar, como si fuera una viuda negra, cuando el rabino vuelve a roncar. Esta vez ronca fuerte, ronca muy fuerte. Sueña con su hermano, cuando niños, en casa de sus padres. Hacen la tarea en la mesa del comedor. La luz de la tarde atraviesa las ventanas, las cortinas blancas proyectan las sombras del patrón de flores sobre la mesa, las pelusas van lento de un lado a otro, la luz de la tarde pega en los libros de texto y







los cuadernos sobre la mesa. Hace tanto que no recordaba eso, pareciera que está allí, en la casa de sus padres que hace tiempo murieron. Su hermano menor le pide prestado el libro que lee. Él le pide que tome otra copia que está al fondo de la sala, en los libreros. Su hermano se enoja, le reclama que no le presta cosas, nunca me prestas nada, dice, no te interesa prestarme nada nunca, le grita y va enfadado hacia los libreros, no alcanza la repisa, jala una silla de mala gana, se tambalea, jala algunos libros pero se cae al suelo. Él se asusta, corre donde su hermano tendido, por culpa suya, piensa, en la alfombra. Varios libros han caído sobre su hermano, más de los que le pareció escuchar contra el suelo. Estás bien, le pregunta, sin que responda. Vuelve a preguntarle cómo está, pero su hermano no responde. Le mueve el hombro, siente que la camisa está húmeda, se da cuenta de que es sangre.

Su hermano sangra tras la caída, pero no entiende por qué. Tiene miedo, no entiende cómo en cuestión de segundos, por culpa suya, piensa, su hermano sangra en la alfombra de la sala, siente la sangre en sus manos, su hermano aún no le responde, sus padres no están en la casa, el miedo se agudiza, como una cuerda a punto de romper se agudiza, y siente que el líquido aún tibio comienza a mojar su costado izquierdo. La sangre de su hermano, piensa, está expandiéndose en su ropa. Se tienta el lado izquierdo, su ropa está húmeda, tiene ganas de llorar, siente, más bien sabe que está a punto de llorar cuando algo a su lado lo despierta junto con un olor a orina. La niña en el asiento de al lado termina de orinar sobre el ala de su saco largo, el niño de la ventanilla se da cuenta, qué pasa, le dice a la niña, por qué no fuiste al baño, le pregunta, pero la niña no responde y se echa a llorar. *WES*

LA ÚNICA CONSTANTE ES EL CAMBIO.



105.7 FM



REACTOR  
105.7 FM





# EL AGENTE FEDERAL AÉREO

POR CLANCY MARTIN  
FOTO POR JOSEF HOFLEHNER

Fragmento de la novela *Bad Sex*, que será publicada por Tyrant Books en septiembre de 2015.

Cuando Paul encontró el recibo del teléfono, me corrió. Entonces empecé a vivir en el Hotel Raphael y me iba de vacaciones con Eduard. Salía de compras. Había decidido que era estúpido dejar de beber, así que bebía cuando salía de compras. Empecé a vestirme diferente, con ropa cara. Les caía bien a los vendedores. Escribí un cuento sobre un hombre que mata a una prostituta mexicana. Luego escribí otro sobre un viejito afeminado que se enamora de un chico de veinte años. Se los mandé a mi agente y ella los publicó en seguida. Me escribió: “Sea lo que sea que estés haciendo, no te detengas”.

Le había prometido a Paul que ya no vería a Eduard. Él y Paul trabajaban juntos. Sé que lo mejor que podía hacer era seguir en contacto con Paul, pero no me decidía a llamarlo. No quería mentirle. Y era más fácil pretender que mi vida real no existía si no hablaba con Paul.

Pero Eduard siempre me obligaba a que lo llamara. Se la pasaba chingando.

Estábamos en Tinajas, nuestro restaurante favorito en Panamá. Era nuestra última noche antes de que regresarme a la Ciudad de México.

—Si no sabe de ti, pensará que estamos juntos. ¿Qué tan difícil es mentir, Brett? ¿Cuántas mentiras le has dicho a Paul en tu vida? ¿Cuántas te ha dicho él?

—No lo entiendes —le dije—. En serio, él no miente.

—¿Crees que te dice la verdad de todo?

—No me refiero a eso.

No podía decirle: *Me da miedo mi esposo. Me da miedo lo que le he hecho. Me da miedo haber hecho todo esto por ti y que tú no me ames.*

Contesté: —Preferiría decirle la verdad. Preferiría que todos supieran la verdad. ¿Por qué te importa lo que hago o a quién le digo? Tú no se lo dices a nadie. Me escondes como si fuera un secreto. Te doy pena.

—¿Cuál es la diferencia si le dices a Paul una verdad o una mentira? Una sola: De una forma u otra lo estás lastimando. Lo estás lastimando él y nos estás lastimando a nosotros.

Me molesté porque se estaba poniendo muy pendejo. Él creía que era listo, pero ni siquiera entendía lo que él mismo decía. Agarré el teléfono para hablarle a Paul.

Contestó Bella, la que limpia la casa. Ahora Bella me odiaba. “Le llama esa Brett” dijo. Le pasó el teléfono a Paul y sentí una extraña aversión hacia mí que no comprendí. Yo era la que lo estaba engañando, y esto me hizo alejarme aún más de él. Le mentí durante veinte minutos. Le dije que no me había ido aún, que había estado con mi madre (ella estaba enferma). Podía oírlo escuchando mis mentiras. Él entendió: Yo estaba enamorada de un banquero mexicano.

\*\*\*

La siguiente tarde tenía que volar de vuelta a casa, de vuelta a mi cuarto en el Hotel Raphael. Cambié mi boleto por uno primera clase. Mientras esperaba

el avión, me senté en el bar del aeropuerto, y cuando el barman dijo “¿Margarita doble?” asentí. Me tomé tres margaritas dobles. Me parecían muy leves, pero cuando me senté en el asiento del avión me empecé a sentir un poco rara. Una mujer de mediana edad que iba en el asiento del lado del pasillo frunció el ceño cuando pedí una bebida antes de que el avión despegara. Probablemente era de mi edad, pero vestía ropa de señoras aburridas. La azafata me trajo una botella de vino tinto, misma que mantuve en mi regazo.

Cuando apagaron el letrero de ponerse los cinturones de seguridad, intenté ser amigable con la mujer del lado del pasillo, aunque podía escucharme a mí misma arrastrando las palabras. Seguramente yo andaba de enfadosa. Pensé que estábamos teniendo una conversación agradable, pero supongo que yo era la que hablaba más. No recuerdo qué decía, sólo que me interrumpió: —¿Podría cuidar su lenguaje, por favor? —y cuando me disculpé, ella sacó su costura de su bolsa y empezó a tejer.

—Me gusta la costura —dije.

Me ignoró.

—¿Llevas mucho tiempo tejiendo? Es un buen pasatiempo. —Me serví una copa de vino y me la bebí de un trago. La botella estaba casi llena, por lo que seguramente la azafata me había traído otra—. ¿Es para tu mamá? ¿O para una amiga?

Ella siguió tejiendo.

—Mi chacha también teje mucho. Cosas hermosas, es muy creativa. Mi abuela sí que sabía tejer, la cabrona. Digo, no es un insulto. Ella bordaba. Aprendió a bordar a mano hace mucho, mucho tiempo, hace como, verga... cuando yo tenía diez años. Entonces no hace pinche tanto. Seguramente tú también estabas en esa onda, creo que era algo que las señoras en onda hacían, ya sabes. Yo nada más me quedaba ahí como pendeja y la veía, hip... Me encantaba. Me encantaba su arte. Me encantaba ver los hilos y estambres de mi abuela (los colores), para mí era como entrar a una cueva... mágica. A veces creo que amaba esa chingadera más que... no sé: coger, por ejemplo. No lo sé, como que está de vuelta, ¿no? Como que es algo súper *cool*, te admiro por eso, no sólo lo digo porque, ya sabes, como... ¿*Quieres un poco?* —Le ofrecí un trago de mi vino. Ella me ignoró. Estaba siendo muy grosera. Le dije—: No es del que regalan. Yo lo traje. Es mío. Tengo una cava.

Volteó a verme y empezó a decir algo, pero luego se concentró en su tejido.

—Claro que cuando eras joven seguramente se consideraba de muy buen gusto, pero luego empezó a verse como anticuado o como una mierda porque no puedes lavarlo, en realidad no puedes hacer nada con eso. Tejer un brocado, enmarcarlo, o hacer un cojín que esté aventado por ahí y que nada más se empuerque. O bordar las inicales de tu nombre en el uniforme si eres policía.

La mujer siguió ignorándome. Decidí que intentaría ser amigable de nuevo.

—Solía ser un símbolo de riqueza. Rrrhip... queza.



Aún lo es, supongo, aquí estás tú, en primera clase; aquí estamos, dos mujeres con el tiempo libre para tejer y beber vino.

La mujer bajó su tejido y volteó a verme. Dijo bastante claro: —¿Puedes dejar de hablar? —eso fue todo.

A lo que contesté: —Ya me harté de ti, perra.

Alcé un brazo y toqué el botón para llamar a la azafata. Cuando ésta llegó, le dije: —Esta mujer acaba de amenazarme con apuñalarme con su aguja.

—¿Disculpe?

—Esa mujer intentó apuñalarme. Dijo que iba a tirar el avión.

La mujer con agujas protestó.

—Señora, ¿hay algún problema?

—Ella me apuntó con su aguja. Dijo que me la iba a clavar. Deben tirar la aguja. O mandarla a ella a la parte de atrás. O una cosa o la otra. Usted elija. Está loca.

—No tengo idea de qué está hablando. —La mujer se veía nerviosa.

—Tú sabes, tú sabes. No puedes engañar a esta gente. Son expertos.

—Señora, creo que necesita calmarse.

—No estoy a salvo en este asiento. Creo que debería dejar esa aguja o ser sacada del avión. Digo, si necesitan aterrizar esta cosa, lo entiendo. —Le lancé una mirada a la mujer con la aguja como de *¿Ves lo que hiciste? No más primera clase para usted, señorita.*

La azafata estaba viendo mi botella. Se fue. Luego apareció un hombre con camisa azul y pantalones caqui.

—Señora, soy el agente federal aéreo.

—Al fin.

—Señora, debe venir conmigo.

No sabía dónde poner mi botella de vino. La charola de servicio no servía.

—Sostendré eso por usted, señora —dijo el agente y tomó mi botella.

Lo seguí hasta la cocina.

—Señora, quiero que entienda que esto es serio.

—*Do enmtiendo.*

—Las acusaciones que hizo son bastante serias. Seguro entiende eso.

—Sí, señor.

—Dígame de nuevo. ¿Qué fue lo que pasó?

—Sí, oficial.

—Dígame.

—Sí, señor.

—Señora, no está contestando mi pregunta. Le estoy pidiendo que me diga qué pasó entre usted y la otra pasajera.

—La aguja. Ella tiene una aguja.

—Ok.

—Dijo que iba a tirar el avión.

—¿Está segura? ¿No cree que tal vez la malinterpretó... o algo así?

—No, señor.

—La pasajera a su lado en el asiento 3C le dijo que iba a tirar el avión con su aguja para tejer. ¿Eso fue lo que pasó?

—Si mi memoria no me falla...

—Ok, señora. Esto es lo que sucederá. Ya que está totalmente segura. Vamos a tener que aterrizar el avión. Tendré que llamar a la policía mexicana. Ambas serán sometidas a interrogatorios.

—¿Cree que ella estaba bromeando?

—Bueno, yo no estaba allí. Le estoy preguntando a usted.

—Parece inofensiva. Se parece a mi abuela.

—Bueno, señora, los cargos que presentó son serios, pero puedo ver que ha estado bebiendo, así que simplemente voy a pasarla a la parte trasera del avión. Pero quiero que sepa que esto no es juego. Está en un vuelo internacional.

—Lamento haber causado alguna confusión. Ya sabe, tan sólo está tejiendo. Mi abuela también lo hace. Sólo está tejiendo. Una persona debería poder tejer. En un avión.

—Llémosla de vuelta a su asiento.

—No puedes tejer sin una aguja. Ella está sólo. Ya sabe. Tejiendo.

—Claro, señora.

Me llevaron de primera clase a la parte trasera del avión. Yo no protesté. Intenté pedir un whiskey, pero la azafata en clase turista me dijo que ya no tenían. —¿Vodka? ¿Cerveza? —Me ignoró.

\*\*\*

Cuando aterrizamos estaba casi sobria. Camino al Raphael llamé a Eduard del taxi. —Casi hago que me detengan.

Le conté la historia y me sorprendí de que se riera todo el tiempo.

—Te la aplicó. Ella ganó. Tenía magia de viejitas. Además, suena a que estabas pedísima.

Él estaba en el departamento que compartía con Lurisia. Cada vez estaba más cerca de preguntarle cuándo planeaba salirse de allí. *Uno de ustedes debe ser el primero en irse*, me recordé a mí misma. Yo también fui la primera en irse cuando dejé a mi esposo.

—¿Qué es la magia de viejitas? —pregunté.

—Pueden meterse a las filas y así.

—¡Ni siquiera era viejita! Era de mi edad. Y yo no estaba taaan borracha. Ni siquiera estaba lo suficientemente ebria como para que alguien lo notara.

—No, para nada —dijo Eduard. Pero él se estaba riendo conmigo y fue lindo... reírme con alguien sobre uno de mis borrachazos. Esas cosas no pasaban cuando estaba sobria. *CCB*

# CCD RADIO

CCD Radio es la plataforma del Centro de Cultura Digital que genera propuestas de radio originales para una audiencia interesada en conocer otras maneras de acercarse y resolver asuntos vinculados al transcurrir de nuestro tiempo, donde la cultura digital ha contribuido a la reinención de los medios de comunicación, redefiniendo el papel de la información en nuestra vida cotidiana y potenciando el peso de nuestra voz en el terreno de lo público.



radio.centroculturaldigital.mx



@CCDRadio



/CCDRadio



# RECUERDO FANTASMA

POR GUILLERMO NÚÑEZ JÁUREGUI

ILUSTRACIÓN POR ÓSCAR BENASSINI

Me llamaron al desayunador. Mis padres me llamaron. Me mostraron un panfleto. Con fotografías, el panfleto. Me preguntaron qué pensaba sobre estudiar fuera, del país, como lo habían hecho mis hermanas antes de mí. No tenía más de doce años, estaba viendo televisión. Cuando me llamaron, al desayunador, no desayunaban, mis padres. Era tarde, o tal vez estaba terminando alguna tarea, no recuerdo, sólo eso, que me llamaron y me preguntaron qué opinaba sobre pasar un año fuera de casa, en un internado, como lo hicieron mis hermanas, antes de mí. Quizá había otras personas en la mesa, sentadas, esperando, platicando con ellos, cuando me hablaron, es una posibilidad, una especie de reclutador, un mediador, un vendedor, platicando con mis padres sobre enviarme lejos, durante un año, para aprender inglés, eso dijeron. Para independizarme, dijeron también, pero no era precisamente lo que querían decir pues sólo estaba en primaria o en secundaria, no era posible que me independizara, no aún, hasta más tarde, eso, décadas han pasado, desde entonces, en todo caso alguien que se encargaría de los detalles, los papeles, convenciéndolos de la idea, un representante fantasmagórico de la institución, fantasmagórico ahora, que apenas lo recuerdo. Dije que me gustaría, creo, debí haberlo dicho, pues me enviaron. Un detalle: yo iría solo, a diferencia de mis hermanas, que fueron juntas. Una experiencia distinta, lejos de casa, sin amigos ni conocidos, para independizarme y hacerme hombrecito, pero no dijeron eso, no es el tipo de cosas que dirían, “hacerse hombrecito”, por eso la tolerancia a las llamadas, después, las llamadas donde lloraba y les decía que quería regresar, que era el más chaparro de todos, una mentira, que estaba bien pero que ya no quería pasar más tiempo allá; aunque me acostumbraría, eso lo sabían ellos, en eso consiste, independizarse, que quiere decir, en realidad, desapegarse de mamá y papá, aunque había llamadas y cartas —a mano, entonces, no existía aún el correo electrónico—. O sí existía pero yo no sabía usarlo. Todo México estaba por modernizarse, como siempre. Me llevaron, mis padres, a la escuela, en el otro país, y en los dormitorios una plaquita adornaba una habitación, era parte del recorrido, nos paseaban por los dormitorios, oscuros, y el comedor, a mis padres y a mí, y las instalaciones nuevas y el gimnasio y las jardinerías. La plaquita indicaba que uno de los hijos de Salinas, el ex presidente, había estado en la misma escuela, un par de años antes, pero no, más bien eso se deducía, lo que la plaquita decía era que Salinas había donado dinero a la escuela. No suficiente para impedir que años más tarde clausurara definitivamente, bajo el peso de los costos que exigía

el cuidado de los miembros más débiles y ancianos de la Hermandad de la Cruz, la congregación católica, pues era una escuela católica, que se ocupaba del cuidado de los cadetes —pues era, también, una escuela militar— pero sí bastante dinero como para que pusieran la plaquita, pequeña, discreta, en el marco superior de una puerta. Recuerdo también la comida del internado, condimentada, me causaba gases, mi cuerpo cambiaba, la violencia de la fuerza sexual, pelos de pronto, en el ano (dificultaban más la limpieza, descubrí), malos olores, malos hábitos. No tienen mucho tiempo para malos pensamientos, ¿verdad?, dijo mi madre durante el recorrido, recuerdo de pronto. Se lo preguntó a uno de los prefectos cuando nos mostraba el gimnasio. ¿Qué se contesta a algo así? Que no, por supuesto. Pero siempre había tiempo para pensar, esa es la verdad, incluso para los malos pensamientos. Pero, ¿qué quiso decir mi madre por malos pensamientos? ¿Pasiones tristes? ¿Impurezas sexuales? ¿Silogismos erróneos? Impurezas sexuales, claro. Estaba al tanto del fantasma, el espíritu que se había introducido en su hogar, en mi cuerpo, el tiempo que pasaba en el baño habiéndose incrementado. Así que: un internado, lejos. Una temporada de vieja disciplina católica y militar. Uniformado, siempre. Para hacer deporte: uniformado. Para ir a clases: uniformado. Para celebraciones especiales: el uniforme de lujo. Había un fantasma, eso se decía, en la escuela. Hacía sus apariciones durante el invierno. Recuerdo al Chiquilín, el cadete más alto de toda la escuela, la estrella del equipo de basketbol (Los Espartanos), brincando de gusto al ver, por primera vez, cómo nevaba afuera, desde una ventana; la incongruencia de su volumen corporal y los saltitos infantiles. Cuando nevaba se encendían las calderas, en un piso subterráneo. Décadas antes, se cuchicheaba en los comedores, unos cadetes se habían retado a entrar al cuarto de las calderas, una vez que todos hubieran dormido (el peligro: ser descubierto y castigado). Hubo un accidente: el cadete entró pero no pudo salir, la puerta atrancada, imposible de abrir, el calor incrementando, las fuerzas menguando, la muerte segura. Toda la noche golpeando contra la puerta metálica, para llamar la atención, hasta deshidratarse, por el calor, descubierto al amanecer, decía el cuento, la leyenda que se compartía, para evitar, tal vez, que nos aventuráramos fuera de nuestras habitaciones, por la noche. Era un edificio de dos alas, cada una con tres pisos, donde se distribuían los dormitorios para los pelotones, el comedor, la capilla, el salón donde se realizaban las ceremonias de ascenso en los rangos, vestidores, regaderas comunales; en lo alto, un ático con cachivaches (me ordenaron subir, en una ocasión, para limpiar); un cuarto oscuro, para revelar fotografías;

un cuarto donde un prefecto había montado un tren miniatura (era un fanático). El edificio principal se unía por un túnel con la escuela: salones y un gimnasio. El túnel era importante pues evitaba que saliéramos al exterior cuando hacía mal clima, como era común. Era una zona sin montañas y de vientos poderosos. En una ocasión nos refugiamos en el auditorio, pues se acercaba un tornado. Lluvia, un golpe, un apagón, gritos, algunos cadetes aún estaban afuera, entraron de pronto empapados y alterados y guardamos silencio hasta que pasó. Junto al auditorio se encontraban los baños más solitarios, el fantasma del despertar sexual, las masturbaciones, el olor a cloro, mientras el resto de los cadetes veía una película de James Bond o *Jurassic Park*, las bocinas retumbando, comiendo pizza de Papa Johns para quienes se habían comportado lo suficientemente bien (camas tendidas, tareas entregadas, disciplina demostrada en el comedor, puntualidad; todo registrado y contabilizado a través de un sistema preciso de tarjetas, donde se anotaban los deméritos y los méritos; quienes se comportaban mejor podían salir, cada tanto, a distintas actividades; parques de diversiones, la ocasional ida al cine, a un baile con escuelas de niñas, cercanas). Por las noches, puntualmente a las 21:00 horas, se daba la orden de apagar las luces (las tareas ya debían estar terminadas, los

dientes cepillados, el cuerpo lavado). Dormíamos. La escuela callaba. Repasaba el día, mentalmente, y me preguntaba sobre lo que hacían mis amigos y familiares, en casa, sobre lo que hacían los prefectos, a esas horas. ¿Se reunían en el comedor para conversar? ¿En una de sus habitaciones? Uno de ellos tenía una tortuga, Mr. Tarp. Otro tenía una víbora y le daba de comer ratones (nos la mostró en una ocasión, a los más disciplinados), pero he olvidado su nombre. El cansancio se apoderaba. Pero ruido entonces, golpes metálicos. Despierto de pronto, nadie más, a solas en la vigilia, afuera las extensas planicies cubiertas de nieve, el cielo estrellado, el lago, había un lago, congelado (era posible caminar sobre él, cruzarlo para llegar a la otra orilla, a un bosque, en cuyo corazón se encontraban las ruinas de un antiguo hospital para tuberculosos, que se había incendiado un siglo antes). De nuevo el tac, tac, tac, tac metálico insistente dentro de la habitación. La respiración acelerada, el temor. Ahora sé, claro, lo que era, pero entonces sabía otra cosa, que era el fantasma del cadete, encerrado aún en el cuarto de las calderas, intentando comunicarse golpeando una tubería, que se escuchaba ahora a través del calentador de gas instalado en la habitación, desesperado por salir, cada tanto, como un recuerdo al que volvemos obsesivamente. *CEB*







El trabajo de Bryson Rand es parte de la exhibición The Heart Is a Lonely Hunter en la Galería Fraenkel de San Francisco, EU.

# VIAJE DE AMOR

POR BRIAN BOOKER

FOTOS POR BRYSON RAND

Cuando tenía 19 años recibí una carta de Klaus Wouters. Él trabajaba como encargado de mantenimiento y era maestro de música en Silver Springs, una escuela para niños problema en las Montañas de San Gabriel. Él sabía (o suponía) que yo aún vivía en el sur de California. Se preguntaba cómo me estaba yendo. Mencionó que un niño discapacitado llamado John Cressey había desaparecido. Recordaba que John y yo habíamos sido amigos. Sugirió que nos encontráramos el domingo para cenar, aunque él no tenía forma de conseguir un auto.

Nunca esperé volver a saber de Klaus ni de cualquiera de Silver Springs. La carta me trajo recuerdos de cuando Rudy, uno de los facilitadores, oprimía un pañuelo de tela lleno de mocos en mi cara, y de su rodilla sobre mi espalda mientras me susurraba al oído que me amaba, que a menos de que dejara mi ego de lado y *aceptara mis sentimientos* estaba condenada a morir de sida en una cloaca.

Sin embargo, Klaus se había interesado mucho en mí. Le había contado cosas que me daban pena, cosas que me habría gustado borrar de la memoria universal, aunque tenerlo a él como confidente evitó que me volviera loca. Quizá sentía que le debía algo. Seguramente estaría solo en Navidad, como yo. Así que el siguiente sábado le pedí prestado el carro a un amigo y me dirigí hacia el pequeño pueblo de Eagleneck.

Me estacioné en un restaurante campestre y vi a Klaus en el porche. Él traía puesta una arrugada y brillante chamarra que nunca había visto, era como una chamarra de vaquero o de indio americano, y veía hacia la nada. Tuve una sensación de miedo, de que estaba cometiendo un error. Estuve a punto de arrancar el coche para regresar, pero Klaus me vio y se acercó.

Lanzó algunas miradas hacia el restaurante y hacia el camino, como si alguien fuera a verlo, abrió la puerta y se metió.

—Mejor vamos a otro lado —dijo, señalando el restaurante. Parecía ser más chaparro y ancho de lo que lo recordaba. Traía unos jeans holgados y una playera color mostaza. Sus

mejillas eran rosas, su cabello estaba peinado hacia atrás y terminaba con rizos en la nuca. Podía oler su chamarra de cuero y otro olor que parecía ser aceite para cabello.

Le pregunté a dónde quería ir. Dijo que no le importaba, que comía de todo. Recordaba que había un restaurante de hamburguesas que le gustaba, sólo que no se acordaba del nombre. Podría ser Pop's o Happy's.

Tomé una curva a gran velocidad y decidí calmarme. Desde las alturas veíamos pasar la imagen de la eterna ciudad. Enormes piedras se encontraban al lado del camino, a la sombra de las cumbres doradas que se erigían a nuestra derecha.

Puse un caset. El camino descendía hasta el inicio de las montañas y se incorporaba a la vieja carretera 66. El Inland Empire<sup>1</sup> se extendía en ambas direcciones. —Da vuelta a la izquierda aquí —dijo Klaus, señalando al este, hacia el desierto y más allá.

Pasamos una agencia de carros decorada con guirnaldas rojas y adornos verdes y plateados. Empecé a temer los silencios incómodos que nos esperaban. Klaus se la pasaba viendo el espejo lateral, y tuve la extraña sensación de que estaba alerta de una camioneta gris que se había puesto detrás de nosotros. Pasamos una señal que indicaba los límites de Casterly, la cual le recordó algo a Klaus. Dijo que se acordaba de un restaurante en forma de barco. —Siempre pensé que sería interesante comer en un lugar así —dijo. Mientras la autopista se acercaba al centro de la ciudad, le pregunté si conocía el nombre del restaurante. Klaus sacudió la cabeza: —No puedes no verlo, es enorme y azul.

—Aquí da vuelta a la izquierda —sugirió. Pasamos entre unos bungalows de madera, tierras de cultivo y una zona industrial cercada, siempre con las montañas detrás de nosotros, o al lado, bloqueando la mitad del enorme y azul cielo con nubes de polvo blanco. Tenían una forma aplastada como si fueran pinturas de un set de Hollywood.

1 El área metropolitana de Riverside-San Bernardino-Ontario, California. [N. de la T.]



Nunca vimos nada parecido a un restaurante en forma de barco. La decisión estaba entre Casa Dinero o una sucursal de la cadena Sizzler en un edificio de tablaroca. Casa Dinero estaba cerrado. Nos sentamos en el gabinete uno frente al otro. Klaus pidió un coctel de camarones y yo me comí una hamburguesa con papas. La comida estaba deliciosa. Klaus sumergió sus camarones primero en la salsa del coctel y luego en la salsa tártara, manteniendo siempre el brazo hacia arriba con el codo hacia fuera y un poco encima de la mesa para evitar que la manga se le llenara de comida. Mascó cada camarón hasta la cola; su bigote se movía de arriba a abajo mientras masticaba y de vez en cuando hacía leves sonidos que sugerían satisfacción. Cuando terminó, llamó a la mesera y ordenó un segundo coctel y me preguntó si quería otra hamburguesa; él iba a invitar, dijo, incluso pondría la propina.

—¿Qué le pasó a John Cressey? —pregunté.

Klaus volteó a verme con sus ojos casi cerrados por sus pesados párpados y siguió masticando un rato. —Ahora tienen un loquero —dijo, como si esto explicara algo sobre el desconocido hado de Cressey. Sabía que Klaus odiaba a los siquiátras y que les tenía miedo. —Quiero creer que John no sufrió daño alguno. Quizá conocía gente que lo pudiera sacar de allí. —Esa última frase me sorprendió.

Entonces empezó a contar una historia que salió en el periódico hace algunos años. Un excursionista había encontrado huesos en un barranco cerca del Lago Elsinore. Había una mandíbula todavía con frenos en los dientes. Pensaron que debía ser de un niño que desapareció en los setenta. Pero cuando enviaron los huesos a análisis, resultaron ser de una niña. —Claro —añadió Klaus— esto no tiene nada que ver con John.

Pidió un brownie con helado de vainilla. Cuando regresó del baño vi que traía botas negras puntiagudas, que sus pies eran demasiado pequeños y que tenía una gran sonrisa.

Afuera hacía más frío bajo las sombras del ocaso y me abroché la sudadera. Parecía que a Klaus la cena le había dado fuerzas y el ambiente, energía.

—Casterly — dijo—. Recuerdo Casterly. Puedes sentir lo cerca que está el desierto.

Dijo que si seguíamos hacia el este sobre la carretera 66 veríamos un poco de desierto. Yo dije que básicamente ya estábamos en el desierto.

—No, quiero decir el verdadero desierto—. Él quería cactáceas, árboles de Josué, filas de largas y delgadas palmeras que se extendieran hacia el blanco horizonte. —El tipo de lugar donde tienes que sacudirte las botas para quitarte los escorpiones.

Dije que no teníamos mapa, que podríamos ir otro día. Él dijo que lo único que teníamos que hacer era ir hacia el este, manteniendo las montañas a la izquierda. Yo tampoco había ido al desierto, pero, como le dije a Klaus, el sol estaba bajando y no había forma de que llegáramos por la carretera vieja antes del anochecer. Él estuvo de acuerdo en que tomáramos la autopista.

—Aún hay mucha luz. Llegaremos en poco tiempo.

Una vez en la carretera, puse un caset de Grateful Dead, una grabación en vivo de un concierto de los setenta.

—Recuerdo esta música —dijo Klaus—. Podías perderte en ella.

Se alisaba la camisa sobre la panza. En pocos minutos me pidió que detuviera el auto.

—Klaus, —dije— ¿qué pasa?

—Duele. Duele mucho. —Su cara se veía un poco verde.

—¿Qué te duele, Klaus?

—El estómago.

Tomé la siguiente salida y me estacioné en el acotamiento. Cuando detuve el carro, él estaba gimiendo.

—¿Necesitas una ambulancia? ¿Quieres que pida ayuda?

Klaus sacudió la cabeza mientras abría la puerta. Salí del carro y fui a su lado, creyendo que iba a vomitar. Pero lo que hizo fue subirse al asiento trasero. Se acostó encima de pedazos sueltos de papel, ropa, casets y cajas de discos aventados por allí. Tenía las piernas flexionadas y las pequeñas y picudas botas encima del asiento.

Lo observé por un minuto.

—Necesitas un doctor, Klaus, —dije.

Me preocupé de que estuviera teniendo un grave retortijón. No había casi nada por ahí; en una desviación puede ver un pequeño edificio blanco que bien podría ser un taller mecánico o una bodega. Detrás de nosotros el sol se hundió en un horizonte rosa chillante. Los matorrales creaban espinosas sombras sobre la tierra seca y llena de guijarros. Me di cuenta de que si era diarrea, Klaus no podría esconderlo; no hay forma de disimular una emergencia como ésa.

—Sigue manejando —dijo—. El movimiento ayuda.

Cuando prendí el motor le dije que lo llevaría a casa.

—El desierto, —dijo Klaus— vamos a ver el desierto. Estoy bien. Ya sé cómo es esto.

—No regresaremos a tiempo —dije—. Debemos volver.

—Aún hay mucha luz —dijo.

Tenía un absurdo toque de fatalismo, como si fuera un último deseo, y de repente me di cuenta de que si Klaus moría aquí, nadie vendría a reclamar el cuerpo. Cuando dirigí el coche a la salida hacia el este, no sabía si lo que hacía era lo correcto. Manejé con el asiento de copiloto vacío, con Klaus acostado allá atrás como si fuera un paciente. El valle se abría frente a nosotros. Pude ver molinos a lo lejos, sus pequeñas aspas acercándose al oscurecido cielo. Incluso podía ver las sombras que sus torres creaban. El espejo retrovisor brillaba con una luz entre rosa y dorada. Apagué la música.

—Recuerdo los paseos en automóvil —dijo Klaus. Explicó que había crecido en un pueblo en el campo y que cuando el calor de verano se volvía insoportable, su mamá se los llevaba, a él y a su hermana Gerthe, a largos paseos en las amarillentas montañas—. Los tres nos sentábamos enfrente. Nadie usaba cinturones de seguridad en ese entonces. —Una vez, dijo, se detuvieron en un motel turístico que tenía una

alberca y un tren de diesel que rodeaba al motel. La tienda de souvenirs, recordó, vendía pieles de pequeños animales, flechas indias y frasquitos rellenos de un polvo color mostaza: los sedimentos que el viento había soplado, durante millones de años, para la creación de dunas a lo largo de toda la parte oriental del Valle del Río Misuri—. Ése fue el verano en que regresé del hospital.

Y añadió: —Todo son imágenes, ¿no?

Luego se quedó en silencio. Pasamos la salida hacia Banning. El crepúsculo cayó sobre el paisaje. Un cúmulo de montañas fantasma se alzó a la derecha, mientras que el rango que había estado rastreando a nuestra izquierda se hundió y se disolvió. Pensé que Klaus quizá estaba dormido. Pero cuando empezó a hablar, me di cuenta de que seguía alerta.

—Yo tenía cinco —dijo— y pensé que nunca volvería a casa.

Me metieron a un respirador artificial y dijeron que quizá nunca despertaría. Pusieron un espejito en el frente para que pudiera ver detrás de mí. Podías ver cómo la gente entraba y salía del cuarto. Se supone que eso lo hacía menos claustrofóbico.

Esto fue en 1952, explicó Klaus. Nunca lo había escuchado hablar de su enfermedad. Recordé que cuando Klaus tocaba la guitarra sostenía el brazo con su mano buena, tocando los trastes con sus chatos y fuertes dedos, al tiempo que rasgueaba con la mano discapacitada, usando las gruesas y caféas uñas del dedo pulgar e índice.

Dijo que sus recuerdos de aquellos años estaban invadidos por sirenas de inundaciones y tornados, y una canción llamada “Young Lovers” que sonaba una y otra vez en la tornamesa de su hermana Gerthe.







\*\*\*

Me dieron ganas de orinar. Vi pequeños cúmulos de luces a la distancia y, al parecer aún más cerca, al lado izquierdo de la carretera, una isla de servicio brillando entre la oscuridad circundante. Cuando tomé la siguiente salida, me encontré en un camino de una sola vía que se dirigía lejos de la isla, pero seguí adelante con la esperanza de que, estando tan cerca de la autopista, pronto llegaríamos a otra gasolinera o a un McDonald’s.

El camino terminó en una reja alta de metal. Sugería el perímetro de un pequeño aeropuerto o de una cárcel, pero no pude ver ninguna estructura, sólo un oscuro y vasto terreno. Viré a la izquierda. El camino nos llevó por un pequeño barrio o pueblo en el que no había nada abierto, y luego pareció que de nuevo estábamos en el campo. Finalmente me estacioné y salí para orinar en una zanja. Klaus dijo: —No nos detengamos aún. Necesito seguir en movimiento un poco más. —En el cielo colgaba una brillante luna y, en el transcurso de esa larga orinada, mientras mis ojos se ajustaban al paisaje, pude ver retorcidas formas negras bajo la luz de la luna, árboles copetones como los de *El lórax*, lo que significa que los árboles eran como almas, antiguas almas o almas en pena salidas de un poema de Dante, congeladas en

intervalos hasta llegar al borde de la visibilidad, donde yo podía descifrar sus siluetas.

—Klaus, tienes que ver esto —le dije cuando volví al coche. —Creo que es el desierto, el verdadero desierto.

—Bueno, ahora estoy cansado —dijo Klaus desde la oscuridad del asiento trasero.

—¿No quieres ver el desierto?

—Lo veré en la mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro ya pasamos medio California. Debemos estar a medio camino de Phoenix.

Vaya que se sentía tarde, pero cuando encendí el auto y regresé al camino, el reloj del tablero no marcaba ni siquiera las diez.

—No lograremos regresar hoy —dijo Klaus— eso es claro.

—No creo que ése sea un problema. Sólo debemos encontrar la carretera.

—A esta hora hay demasiados cadáveres en el camino. Tú no los viste. Yo sí.

Algo se precipitó hacia los faros, mi pie empujó el freno hasta el fondo y me desvié hacia el carril de al lado. Volví a virar hacia mi carril y supe que había esquivado al animal, un conejo o una liebre, pero pronto vi en el espectro de las luces a un niño parado a un lado del camino. Cuando

## VIAJE DE AMOR *por Brian Booker*

pestañeé, ya lo habíamos pasado. Bajé la velocidad, convencida de que lo había visto en ese breve destello, sin playera y sin zapatos, con cabello rubio y una cicatriz en el pecho. Detuve el auto y me giré para ver el asiento de atrás. Klaus también estaba sentado y viendo por la ventana trasera. Pensé que buscábamos lo mismo, un niño al lado de la carretera, y estaba a punto de hablar cuando me di cuenta de que él estaba viendo un par de faros a lo lejos. Era difícil saber cuán lejos estaban de nosotros, aunque no parecía que se estuvieran acercando, sino como que también se habían detenido.

—¿Quién es? —dije.

—¿Ellos? —dijo Klaus—. La familia Grey.

No sabía qué quería decir y por un momento pensé que se estaba volviendo loco, pero entonces empecé a reír, a mover las manos y a balbucear y supe que estaba bromeando.

Una zona comercial emergió frente a nosotros con un Wendy’s y un par de moteles. Supe que no podíamos estar lejos de la carretera y que allí podría preguntar cómo llegar. Pero Klaus dijo que nos deberíamos quedar en un motel. —Sólo necesito descansar. —Él pagaría el cuarto, dijo, o los cuartos, si ése era el caso.

Le dije: —¿Qué no tienes que regresar a la escuela? ¿No tienes que ir a trabajar mañana?

—Quizá ya no tenga nada que ver con esa escuela —dijo tras una pausa. Añadió—: Se está volviendo un siquiátrico.

La decisión estaba entre el motel Desert Palms y el motel Desert Oasis. Quizá esos no eran los nombres reales, pero eran algo así. Elegí Desert Palms, el cual tenía un letrero de azul neón con un borde de foquitos amarillos. Me estacioné bajo el pórtico y vi que la aguja del tanque de gasolina señalaba que estaba vacío. Como salí y Klaus no me siguió, entré a la recepción sin él. Ya tenía una idea de lo que pasaría. La encargada, una mujer con maquillaje llamativo, se veía como recién salida de un casting para enfermera de una comedia de terror. Pagué por el cuarto en efectivo. Mientras llenaba la ficha de ingreso, me di cuenta de que no me sabía el número de placa, así que salí a ver. Klaus estaba sentado en el asiento trasero. Cuando me vio, me saludó por la ventana.

Manejamos por el motel y nos estacionamos frente al cuarto. Sólo había dos o tres autos en el lugar.

—Al menos tenemos un lugar donde descansar la cabeza —dijo Klaus cuando abrí la puerta. Hablaba como si fuéramos vagabundos o viajeros famélicos. El cuarto era de fumadores y olía como tal. Había dos camas. Encendí la luz y puse la perilla del aire acondicionado en la opción de “ventilador”; la máquina dio señales de vida y exhaló un suspiro de aire húmedo. Klaus se sentó en la cama de la ventana. Dio golpecitos al edredón y a las almohadas. Se deslizó hacia el buró y sacó la Biblia e inspeccionó la portada y la contraportada, como si nunca hubiera visto una. Yo me recosté en la otra cama con los zapatos puestos y veía cómo Klaus se quitaba su chamarra de indio nativo

y la colgaba, fastidiado, en el clóset, el cual era un pequeño nicho en la pared. Mi departamento, pensé, no podía estar a más de un par de horas hacia el oeste. Fácilmente podría estar allí, en mi propia cama, a medianoche. No tenía nada de sueño. Pero Klaus, por su lado, parecía feliz de estar allí. Yo seguía sin saber dónde vivía.

—Ningún cepillo —dijo mientras salía del baño—. Antes te daban pequeños cepillos de dientes. —Se preguntó en voz alta si había un lugar donde te dieran ese tipo de artículos.

Me ofrecí para ir a buscar algunos productos de higiene. —Ah, ¿a quién le importa? —dijo. Luego cambió de opinión y dijo que sería buena idea. Sacó una robusta cartera café. Miró dentro; parecía estar hurgando. Luego sacó un frágil billete y me lo dio. Era de diez dólares. Cuando salí el cuarto, Klaus estaba quitándose los pantalones. Deseé que estuviera a punto de ir al baño.

Afuera, en la noche, vi un minisúper a unas calles y decidí ir caminando. Compré los cepillos, una pasta de dientes portátil y una botella de enjuague bucal. También compré un poco de carne deshidratada, una bolsa de cacahuates y una botellita de jugo de naranja. Luego pensé en Klaus y regresé para llevarle un paquete igual. Mientras estaba en la caja, vi un par de extraños hombres salir de la parte trasera de la tienda y acercarse lentamente hacia la salida. Usaban trajes oscuros y gorros, y tenían barbas largas y rojizas. El hombre más pequeño era ciego y tanteaba el piso con su bastón blanco, mientras que el más alto lo tomaba por el codo. Me pregunté si en el desierto había comunidades amish.

Me senté en una banca cerca de la recepción, me comí la carne y los cacahuates, luego me fumé un cigarro y vi pasar uno que otro carro. Al volver al cuarto, miré por una abertura entre las cortinas. Klaus estaba en la cama. La luz de la televisión alumbraba sus brazos y rostro (tenía las cobijas hasta el pecho). Traté de abrir la puerta en silencio. El cuarto olía a vapor y un VJ de MTV estaba diciendo estupideces. Una toalla colgaba del respaldo de la silla. La ropa de Klaus estaba pulcramente apilada en la mesa redonda. Puse mis cosas en el buró y lancé una mirada a Klaus, viendo sus párpados. No sabía si estaba dormido o fingiendo estarlo. Me quité los zapatos, alcé las cobijas y me acosté con la ropa puesta. Vi un rato MTV y seguramente me quedé dormida, ya que de repente me encontré en una preocupante conversación telefónica con la encargada del motel, quien trataba de explicarme que había algo malo con mi baño, que yo no debía entrar allí. —¿Mi baño? ¿Qué tiene? —reclamé—. Usted no puede usarlo —dijo la encargada, y yo no sabía si se refería a que el baño estaba reservado para el uso de discapacitados o si estaba fuera de servicio. Luego me di cuenta de que yo controlaba ambos lados de la conversación, que había estado soñando pero que ahora ya estaba despierta. La tele tenía un video de los Cranberries. Volteé a ver a Klaus: estaba acostado sobre su estómago, con la cabeza hacia la



ventana. Me levanté y apagué la tele, luego intenté volver a dormir, pero ya conocía este sentimiento y sabía que no podría hacerlo. Así que salí de puntitas del cuarto, intentando hacer que la perilla no sonara muy fuerte. Me sentía mejor en la oscuridad nocturna. Tomé grandes bocanadas de aire desértico, luego encendí un cigarro y caminé por el corredor hacia el alberca. Ésta estaba iluminada y, cuando metí la mano, vi que también estaba tibia. La luna había desaparecido; el negro cielo estaba lleno de estrellas. Aparte de las pequeñas luces en el jardín de cactus, todo lo demás estaba oscuro. De repente me excité, o quizá sólo me mareé, y apagué mi cigarro; me desnudé y entré al agua. Solté el aire poco a poco, hundiéndome hasta tocar fondo. Luego me impulsé hacia arriba y salí a la superficie, sacudiéndome el cabello y sacándome el agua clorada de los ojos. Nadé a lo largo de la alberca, deteniéndome para echar la cabeza hacia atrás y ver la inabarcable y frágil masa de estrellas. ¿Es triste que ésta haya sido una de las experiencias más eróticas que haya tenido, no sólo hasta entonces, sino en toda mi vida? Ninguna persona en el mundo sabía dónde estaba en ese momento, a excepción de Klaus.

Me exprimí el cabello, me sequé con mis boxers y luego me puse los jeans, la playera, la sudadera y los zapatos. Me recosté en un camastro de plástico y me fumé un cigarro. Cuando regresé al cuarto me di cuenta de que no traía mi llave. A través de la abertura en las cortinas no se veía casi nada. Toqué la ventana suavemente.

Esperé, escuchando. No quería que Klaus se despertara, pero aún así toqué de nuevo. Luego revisé todos mis bolsillos y encontré la llave en mi sudadera.

Cuando entré, la tele tenía un video de Alanis Morissette con volumen muy bajo. —Me gustaría hacer que la pusieran una y otra vez —dijo Klaus. Estaba estirado en la cama en ropa interior, la bolsa de cacahuates yacía sobre su peludo pecho y movía los pies al ritmo de la canción. —La música de ahora es mejor que la de antes. De alguna forma. La producción es mejor.

—¿No estás cansado, Klaus? ¿No quieres dormir? —Me levanté, cerré la cortina y regresé a la cama.

Él puso algunos cacahuates en su palma, se los llevó a la boca, los masticó y se encogió de hombros.

—Podríamos regresar —dijo—. Sé que tal vez quieras volver a casa.

—¿Ahorita?

Se encogió de hombros de nuevo. Dijo que se sentía refrescado. Sólo necesitaba aclarar su mente. Se puso la botella de jugo en la axila y la abrió con la parte de arriba de su mano útil. Dijo que se sentía bien, que si quería podía manejar.

—¿Tienes licencia?

—Está bien— dijo. —Soy buen conductor.

—Klaus, ¿qué harás? Si no regresas a la escuela...— Dijo que estaba pensando en volver al Movimiento. Había algunas personas con las que pensaba que podía reconectarse.

—¿Gente de San Francisco?

No contestó. Luego dijo: —Escuché que todo está pasando en Alemania. Después de la Cortina de Hierro. Europa es donde todo está ocurriendo. Muchas personas necesitarán ayuda. —Me preguntó si alguna vez había ido a Europa. Y dijo que yo podría acompañarlo. Tendríamos que irnos pronto. Las oportunidades estaban dándose.

—Klaus —dije—. ¿Recuerdas cuando tocaste “Puff, the Magic Dragon”?

—¿Cuándo?

—En el rap —dije.

En la escuela había un pozo circular con chimenea, de dos escalones de profundidad, como si fuera un anfiteatro alfombrado de naranja. Nos sentábamos en círculo para las terapias de grupo, llamadas “raps”, en las que teníamos que hablar de nuestro truculento pasado con detalles gráficos. Teníamos que gritar y llorar dramáticamente, gritarles a los demás, criticarlos. Rudy, el facilitador, invocaba a nuestro yo de la infancia; revelaba información que decía haber obtenido de nuestros padres.

Se suponía que el rap era para que *te dieras cuenta de tu mentira*. Tenía que ser algo jugoso y reprimido, un trauma auténtico. Todos tenían que hacerlo. En Silver Springs, lo más peligroso que podías decir era que no entendías por qué estabas allí. Yo alguna vez empecé a despotricar contra un primo más grande que había estado en una fiesta de Halloween. Inventé detalles sobre una capa de Drácula, brillo en su piel y colmillos de plástico que sacó de su boca. Usé el nombre de un primo verdadero (Jamie) y dije que durante días, e incluso semanas después, seguía encontrando diamantina entre mis sábanas. Inventé que Jamie me entrenó para decir, y creer, que no había pasado nada. Me sentía mal de haber usado el nombre de Jamie y pensé que nunca podría verlo a los ojos de nuevo.

Klaus sacudió la cabeza. —No fue en el rap —dijo.

—Sí, sí fue allí. Tú estabas en el borde del pozo. Con tu guitarra. Yo me acuerdo.

Él estaba sonriendo. —Recuerdo esa canción. La cantaba a veces. Pero no en los raps.

Una luz gris se asomaba desde los bordes de las cortinas. Volteé a ver los pequeños pies de Klaus, sus musculosos muslos blancos y fornido torso; sus brazos, uno fuerte y el otro atrofiado; sus labios y sus ojos casi cubiertos por los párpados.

—¿Pero por qué quisiste trabajar en un lugar así? —pregunté.

Él reflexionó por un minuto. —Supongo que quería estar del lado del perdedor, del lado de la persona que tiene problemas.

—Pero Klaus, la escuela *era* el problema. Era una broma. Una farsa. Una pesadilla. Me enseñaron a no confiar en nadie. Me enseñaron a no confiar en mi propia mente.

—Decían que ustedes, los niños, habían estado en un viaje de miedo. Allá, en la montaña, nosotros los dirigíamos a un viaje de amor. *WES*





# SUJETO DE PRUEBA

POR ELMA CORREA

FOTO POR PAULINA FIGUEROA

Oleg me dijo que nunca debía confiar en alguien que sonriera a los desconocidos. De acuerdo con su teoría, nadie honesto va sonriendo por ahí porque no hay motivos suficientes en la vida para hacerlo. Quien te sonríe sin conocerte no es otra cosa que un cretino falso. Si de manera excepcional el sonriente en cuestión fuera realmente feliz, entonces además de cretino sería imbécil, y en última instancia, un cretino soberbio. En todo caso, un cretino capaz de cualquier cosa. Oleg se convenció de la conspiración de los sonrientes después del asunto con Lavina. Así había comenzado todo: Oleg era profesor de técnicas de dibujo humano, enseñaba proporción, estructura, exploración del movimiento y otros factores a tener en cuenta para el correcto trazo de la anatomía artística. Oleg guardaba los materiales cuando Vlad, perseguido por una patrulla del partido, irrumpió en el taller. Era casi un niño, delgaducho y temeroso. Vlad estuvo sonriente, animado, hablando y preguntando sobre pinceles, pinturas o los lienzos que miró las dos horas que Oleg lo mantuvo oculto. Le dio algo de dinero y le deseó suerte. Vlad le sonrió antes de saltar por la ventana. Dos semanas después Oleg fue arrestado. Pensó que lo acusarían de complicidad, en cambio, levantaron cargos de traición estética hacia los ideales del partido. El partido funcionaba mediante un sistema de delaciones que le ofreció a Vlad la oportunidad de evadir la pena de muerte si acusaba a sus cómplices, y para evitar traicionarlos, Vlad informó que en el taller de Oleg se hacía pintura abstracta. De nada sirvió que Oleg intentara hacerlos entender que los lienzos que Vlad había confundido con arte abstracto, no eran más que soportes donde quitaba el excedente de pintura a los pinceles. Un especialista del estado determinó que se trataba de piezas producidas con la intención artística legítima de representar la realidad mediante la abstracción. Oleg no estaba dispuesto a enfrentar cadena perpetua por esa estupidez, así que optó por confesar y pedir clemencia. El partido lo multó y fue obligado a tomar un seminario de ideología y arte propagandístico. Muchos de nuestros amigos en común, anticipándose a lo que pudiera ocurrir, asistieron al partido y juraron no tener ningún tipo de relación con Oleg y, tal como se esperaba, la universidad alegó faltas administrativas y lo cesaron con una indemnización. Oleg

compró una casa de descanso en el lindero del bosque y dio la espalda para siempre a la ciudad. Una noche del siguiente invierno encontró a Lavina en la nieve. Oleg la cuidó hasta que pudo comer y caminar. Y supuso que se marcharía cuando estuviera del todo recuperada. Pasó el tiempo y Lavina no se marchó. Lo seguía a todas partes sin hacer ruido. Oleg llegó a creer que era muda pero decidió no darle importancia. Disfrutaba el silencio y ambos se habituaron pronto a esa calma doméstica. Hasta que una mañana salieron a caminar y había un hombre esperándolos. Sonreía. Oleg escuchó con atención. El hombre sonriente dijo llamarse Eric. Oleg notó que todas sus frases terminaban con una interrogativa retórica. Y notó que al pronunciar la erre su labio superior vibraba, dejando ver un poco de su encía, lo que daba aún más armonía a su rostro. Eric hablaba y sonreía, y Oleg no pudo darse cuenta cómo pero de pronto, también sonreía. Y sonrió durante una semana completa. Siete días después, al volver del bosque, Oleg se percató de que Eric se había marchado llevándose a Lavina. En su habitación encontró un cartel con propaganda de la división especial del partido dedicada a castigar aberraciones morales y crímenes contra la naturaleza, una copia del expediente de su proceso y un resumen de la ley de reincidencia. Por esos días manejaba el camión de una empresa subcontratada por el partido para entrega de materiales, hacía viajes breves a las ciudades cercanas y me pasaba a ver a Oleg con provisiones y noticias de la ciudad. Le conté que la nueva locura era la desaparición de perros. En el radio se manejaban varias hipótesis: un operativo secreto del partido pro limpieza de las zonas de confluencia civil y una banda de traficantes que presuntamente venderían a los animales para consumo humano. Pero la más divertida era sobre una secta de fanáticos que los sacrificaba en nombre de algún dios. Oleg me ignoraba y bebía cada vez más vodka. Le conté sobre Kat, una mujer que había conocido en la ruta de las entregas. Tal vez buscando sacar a Oleg de su estado le conté cierta información confidencial. Pero yo podía confiar en Oleg. Porque Oleg nunca sonreiría a los desconocidos. Entonces recordé que la primera vez que vi a Kat, me sonreía y recordé haber preguntado qué hacían en la base exactamente y por qué era tan secreto. Y Kat no se puso nerviosa y en lugar de responderme, me



besó. Pensé en Kat sonriendo en alguna parte, en algún punto de coordenadas secretas, en el mismo bosque donde ahora Oleg abría su segunda botella de vodka.

\*\*\*

El reporte detalla que el complejo no estuvo bajo riesgo de espionaje durante el desarrollo de la misión. Especifica la serie de equivocaciones y errores humanos en los que el sujeto de prueba intervino por casualidad, alejándose de los límites del complejo alrededor de siete kilómetros latitud sureste, donde fue encontrado y atendido por un disidente del sistema que fue debidamente reducido. En la reunión extraoficial, antes de la firma de las documentaciones correspondientes, se congregó al equipo de médicos a cargo del programa y tal como señalan los anexos, pudo corroborarse el evidente lazo entre el sujeto de prueba recuperado y la doctora Ekaterina *Kat* Dimitria Tereshkova. Del mismo modo se hace hincapié en la cancelación inmediata de la operación de sustracción de sujetos de prueba, con el fin de evitar filtraciones potenciales durante los intercambios del material. A las cinco horas 30 minutos y 42 segundos del 3 de noviembre de 1957, el cohete R-7 N° M1-2PS despegó del Cosmódromo de Tyura-Tam en perfectas condiciones. El *Sputnik 2*, pegado a la etapa central del *Semiorka*, quedó situado en una órbita elíptica de 225 x 1,671 kilómetros, convirtiendo

al sujeto de prueba suplente denominado Laika en el primer cosmonauta de la historia. Durante las cinco horas posteriores al despegue el sujeto de prueba suplente se encontraba vivo y en buenas condiciones a pesar del aumento de su ritmo cardíaco. Sin embargo, pasadas las 10 horas 36 minutos y 56 segundos, una falla mecánica en el sistema encargado de disipar el calor del satélite causó la muerte del sujeto de prueba por motivos relacionados con las altas temperaturas alcanzadas dentro de la cabina. Los especialistas determinaron que la magnitud de su sufrimiento sólo podía ser comparado con su heroísmo y servicio prestado en el nombre del partido. En un apéndice del documento, se anota que al momento del deceso del sujeto de prueba suplente en adelante referido como heroico reemplazo, en el complejo de entrenamiento de vuelos suborbitales, orbitales e industria cosmonáutica se registraba una baja del personal especializado en la figura de la doctora Ekaterina Tereshkova ocurrida durante el asalto a la zona de contención para sujetos de prueba perpetrado por un intruso abatido sin contemplaciones. La causa del ataque es desconocido. Al margen de los sellos se reitera que el proyecto nunca se vio comprometido. El archivo se clasifica bajo la rúbrica “Abierto el camino del hombre a la conquista del cosmos”. El sujeto de prueba original, denominado Smelka, regresó una noche antes del lanzamiento sin características físicas anormales. Llevaba una placa de identificación. Podía leerse: Lavina.





La familia Sedaris. Fila delantera, de izquierda a derecha: Lisa, David y Papá (Lou). Fila trasera: Paul, Amy, Mamá (Sharon) y Gretchen.

Fotos, cortesía de Lisa Sedaris Evans.

## DESASTRES NOTABLES

*Una entrevista con David Sedaris*

POR BLAKE BAILEY

Conocí a David Sedaris hace unos diez años, cuando reseñó la biografía de Richard Yates que hice, en la página de la librería de Harvard. Me sentí mucho más halagado que si el mismo Mark Twain hubiera leído y disfrutado mi trabajo y decidí asistir a su siguiente lectura en Gainesville, Florida, donde yo vivía. Después me mudé a Norfolk, Virginia, y una noche me encontré con David para tomar un trago mientras estaba de gira por la ciudad (más bien, yo me tomé un martini y David, agua mineral). Él se sentó frente a mí, con una sonrisa y a veces abría una libretita donde escribía algo. Lo que significa que casi siempre está trabajando, aun cuando está levantando la basura en la banqueta de su casa en West Sussex, Inglaterra (incluso la Reina ha elogiado su diligencia).

El 24 de mayo de 2013, la hermana menor de David, Tiffany, se suicidó en Somerville, Massachusetts, y David escribió un conmovedor relato sobre esto y otros asuntos: “Now We Are Five” (Ahora somos cinco), que apareció en *The New Yorker*. Tiffany había estipulado en su testamento que su familia “no podía quedarse con su cuerpo ni asistir al funeral” y que entre sus propiedades estaban varias fotos familiares que habían sido cortadas en trozos. “Now We Are Five” narra un viaje familiar en el verano de ese año hacia una casa en la playa en Emerald Isle, Carolina del Norte,

donde los hijos sobrevivientes y su padre de noventa años se preguntan quién era Tiffany en realidad y cómo fue que todo salió tan mal. “Nuestro club era el único del que alguna vez quise formar parte, así que no podía imaginarme salir de él”, escribe David sobre su familia. “Salirte un año o dos era comprensible, ¿pero tener tantas ganas de salirte como para terminar con tu propia vida?”

Después de leer el cuento, le dije a mi esposa que Tiffany me recordaba mucho a mi hermano mayor, Scott, el tema principal de una autobiografía que pensaba publicar, *The Splendid Things We Planned* (Las espléndidas cosas que planeamos). De niños, Scott siempre fue el más prometedor: más guapo, más atlético y más inteligente (hablaba alemán, la lengua materna de nuestra madre, mientras que yo apenas podía contar hasta diez en otro idioma que no fuera inglés). De muchas formas, buenas y malas, él se parecía a mí más que cualquier otra persona en el mundo: él y sólo él se reía de las mismas estupideces que yo, y hoy en día me doy cuenta de que cuando me río solo de algo pienso que Scott también habría reído igual de fuerte. Pero Scott también se suicidó y en ese entonces no fue tan sorprendente, aunque uno siempre se preguntará hasta qué punto contribuyeron el alcohol y las drogas a su enfermedad mental, o viceversa. Incluso desde que teníamos diez años, Scott me contaba que tenía



una familia en una dimensión diferente (sin ningún hermano menor) y que algún día desaparecería para irse a sus amorosos brazos.

Antes de su lectura del 29 de abril, David y yo nos encontramos en el Skirvin Hilton en el centro de Oklahoma, frente a donde mi padre litigó durante casi 45 años. Hablamos vívidamente de nuestras familias, en especial de los “desastres notables” que fueron Tiffany y Scott.

**VICE: Aunque Scott y yo teníamos cierta afinidad, en realidad no fue muy divertido crecer con él. ¿Dirías que eras feliz en tu familia?**

**David Sedaris:** Fui feliz *con* mi familia. Siempre me sentía seguro con ellos, parte de ellos. Cuando pienso en mi infancia, pienso en mis hermanos y yo sentados a la mesa riéndonos con mi madre. Y, aclaro: *mucho tiempo después* de la cena. No nos parábamos de la mesa cuando terminábamos de comer; mi padre sí, y entonces todos suspirábamos aliviados y platicábamos horas y horas. En la primaria, la secundaria, la preparatoria y después de la preparatoria, simplemente disfrutábamos la compañía.

**Eso suena genial. A mí como que se me encogía el corazón cuando era hora de cenar con mi familia, o al menos con Scott.**

Algo que siempre le digo a la gente sobre tu libro es que si han tenido a alguien como Scott en su familia, es un dolor de muela. Se la pasa jodiendo, y cuando ruega que lo perdones, lo vuelves a aceptar. Luego choca el carro y va a rehabilitación. Luego sale y empieza a drogarse; es la misma historia una y otra vez. Lo que salva al lector de sentirse desesperanzado con tu libro es que presentas a tu hermano como una persona extraordinaria. Como un desastre notable, pero una persona extraordinaria. Como hermano y autor nunca pierdes eso de vista. Y yo creo que muchas veces eso es lo que la gente hace, especialmente porque estos desastres causan mucho dolor. Son las personas notables por las que escribes un libro.

**Hablando de desastres notables: ¿Tiffany siempre fue la más difícil, incluso desde pequeña?**

Sí. Se parecía mucho a mi mamá. El parecido físico daba miedo y ambas tenían personalidades similares.



Fila delantera, de izquierda a derecha: Amy, David, Gretchen, Paul, Lisa y Tiffany.

Quizá por eso a mi madre nunca le cayó bien. Incluso cuando era niño veía a mi hermana y me preguntaba cómo sería no recibir cariño de mi mamá. Tiffany no lo recibía. Había cierto nerviosismo en ella, una timidez, una desesperación por caerte bien. Mientras que nosotros teníamos los ojos en la parte delantera de la cabeza, ella los tenía a los lados, como un conejo o un venado, como una presa que se cuida del peligro. Incluso cuando no había peligro. La veías temblando y pensabas: “¿Quieres peligro? Yo te daré peligro...”

**¿Entonces la molestaban?**

Sí, aunque todo habría sido diferente si ella hubiera nacido antes. En general, mientras más grande eres, menos personas se meten contigo. Platicaba hace algunas semanas con Zach Galifianakis y me contó que su hermano mayor le metía sus pantalones sucios a la boca y le decía: “Te voy a aplicar la ley mordaza”. Él dijo —me pareció muy interesante— que su hermano mayor lo había “formado”. Zach es un gran comediante y está agradecido por haber tenido la familia que tuvo. Pienso en mi hermana mayor, Lisa, y en cómo me aventaba al piso y me escupía en la boca. En el momento no era muy divertido, pero nunca le guardé rencor. Tiffany, por el otro lado, se guardaba todo. Se me hace que para ella era traición recordar algún momento feliz. El discurso era que nosotros fuimos muy malos con ella y nada que dijéramos o hiciéramos podía cambiarlo.

**¿Tus hermanos menores, Amy y Paul, se llevaban un poco mejor con ella?**

Sí, pero a medida que Tiffany iba creciendo no podía retener eso en la mente. Le diagnosticaron, como supimos después, trastorno bipolar II, aunque ella prefería decir que no tenía nada. Cuando la presionamos dijo que estaba siendo tratada por desorden de estrés post-traumático derivado de su infancia.

**¿Cómo supiste de su diagnóstico de bipolaridad?**

Ella sacó todo de su cuarto pero dejó algunos papeles en una bolsa de plástico que colgaba de la puerta. Nunca supimos qué tenía y en algún momento pensamos en contratar a un detective privado para saber cómo era su vida. Debido a su secrecía, sospechamos lo peor. Sé que en algún momento de su vida tuvo sexo a cambio de dinero.

**¿Cómo lo sabes?**

Tiffany fue dos veces a Nueva York a visitarnos a Amy y a mí. Se regresó a Raleigh algunas veces después de haberse mudado a Boston y siempre terminaba mal. Es como que *tenía* que ser así. Si no había nada malo, ella lograba crearlo para mantener su discurso.

Ella conoció a un muchacho de Queens que no era exactamente un novio, pero que le compraba boletos de avión y le daba dinero. Tal vez no es justo que lo diga, pero sospecho que él se lo daba a cambio de sexo. Había otros chicos con los que iba y cosas que contaba por teléfono. Tiffany era muy bonita y a los 14 años sabía cómo sacar ventaja de eso. Con ciertas excepciones, en general sus relaciones eran, bueno... siempre parecía que ella los usaba, que jugaba con ellos. Nunca pareció tener un periodo de inocencia, un periodo de citas o de estar clavada con alguien. La mandaron a una especie de reformatorio, un lugar llamado Élan [en el noreste de Estados Unidos] a los 14 años. Quizá allá era inocente y como no teníamos permitido visitarla nunca pudimos verlo. Como que se fue como niña y regresó siendo una vampíresa.

**Sabemos que Tiffany se quejó de haber aparecido en tu trabajo.**

Tiffany me dijo que nunca escribiera sobre ella y dije “bueno”. Luego, en 2000, me llamó un día y dijo: “Todos creen que no te caigo bien. ¿Escribirías algo sobre mí?” Escribí “Put a Lid on It” [Cállate la boca] y se la envié con una nota que decía: “¿Está bien?” Ella dijo: “Mi novio y yo la leímos y nos reímos mucho. Me capturaste perfectamente”. Luego le quité algunas cosas, le envié la versión revisada y de nuevo le pregunté: “¿Está bien?” “Me encanta”, dijo. En 2004, cuando salió el libro en el que aparecía el cuento, ella dio una entrevista (al *Boston Globe*) y dijo que yo había invadido su privacidad y que le había arruinado la vida. Ésa era Tiffany. Debí haberlo sabido y nunca escribir eso. Ella siempre modificaba sus reacciones dependiendo de con quién hablaba. Si alguien decía: “Amo el relato que escribió tu hermano”, su respuesta sería: “¡Sí!, ¿no es increíble?” Y si alguien decía: “No puedo creer lo que tu hermano escribió de ti”, ella diría: “Sí, ¿no es terrible?”

**¿Qué decían tus hermanos de sus menciones en tu trabajo? ¿Ha habido conflicto con otros? ¿O tienes una política de enseñárselos antes de publicarlo?**

Siempre dejo que lo vean antes, o casi siempre. Hace unos diez días estaba en Asheville, Carolina del Norte, y leí un relato que escribí sobre mi hermana Lisa, quien siempre se ríe de sí misma. Esa noche ella estaba en la audiencia y en lugar de dejar que lo leyera antes, quise sorprenderla. Cuando la gente se ríe de una historia sobre un miembro de mi familia, se ríen porque el familiar en cuestión es gracioso. Se ríen, casi siempre, de citas directas. Lisa sabe que es graciosa. A ella no le interesa subirse al escenario y hacer lo que yo hago, pero las risas que obtengo con su historia son suyas y ella se gana cada una de ellas.



**Cuando vivías con tu familia, ¿eras más cercano a unos hermanos que a otros? ¿O más bien formaban alianzas que se disolvían con el tiempo?**

Creo que es así para todos dentro de una gran familia. Las relaciones cambian. Cuando estaba en secundaria y prepa era el mejor amigo de mi hermana Gretchen. Éramos inseparables. Cuando ella se fue a la universidad, empecé a pasar más tiempo con Lisa. Luego Amy y yo nos mudamos a Chicago y nos volvimos inseparables. En Nueva York seguíamos siendo Amy y yo. Luego me fui de Estados Unidos y me mudé de nuevo con Lisa, con algunas incursiones a casa de Gretchen. A Paul no lo veo tan seguido, pero las cosas cambian, quién sabe qué pasará en diez años. Amy y yo fuimos juntos a Japón y ella viene a Europa en Navidad, como los demás. Todos me caen bien.

**¿Hay algún hermano que sea más conservador o más bien todos son alegres?**

Lisa es más... un poco más sobria, quizá. No diría conservadora. Pero las anécdotas que cuenta son salvajes y las cuenta de manera hermosa. Si ves de afuera hacia adentro, ella podría parecer un poco más rígida —vive a las afueras... cosas así—, pero no sé si realmente lo sea.

**Mencionas cómo Paul a veces te echaba carrilla por tu orientación sexual. ¿Qué hay de tus otros hermanos? ¿Les dijiste que eras gay antes de decírselo a tus papás? ¿Cómo fue todo?**

Eso es lo genial de tener una gran familia. Lo único que tienes que hacer es decirle a una persona y al atardecer ya todos lo sabrán. Se lo confió a Gretchen y ella hizo el trabajo por mí. Exceptuando a mi padre y a Paul cuando era más pequeño, a nadie parecía molestarle. Sin embargo, probablemente sea normal. Cuando eres un niño de 13 o 14 años no quieres que tu hermano mayor sea gay. Te avergüenza. En su juventud, Paul tuvo algunas malas experiencias. Una vez estaba trabajando en el jardín de alguien y un tipo se detuvo para preguntarle cómo llegar a algún lugar. Paul lo ayudó y el tipo le dijo: “¿Y si te chupo la verga?” Mi hermano se quedó en shock y lo atacó con su rastrillo. Creo que pensó que ser gay era así: ir en coche por todos lados y tratar de levantarte a jardineros adolescentes.

**¿Entonces hubo alguna fricción entre Paul y tú por eso?**  
No, fricción no. Como dije, a él le dio pena durante un tiempo, pero lo superó.

**En una entrevista, Amy dijo algo sobre la primera vez que llevaste un novio a la casa de playa o algo así. Todos lo molestaron.**

Cuando mis hermanas llevaban a sus novios a la casa, mi mamá hacía que durmieran en habitaciones diferentes,

ya que no estaban casados. Con mis novios, sin embargo, no había restricciones. Es chistoso, pero el único sexo que mi mamá permitía en casa era el sexo gay, quizá porque no podía resultar en embarazo. No tuve un novio serio hasta los 27. Esa fue la primera vez que mi familia me vio en una relación.

**¿Tu papá trató de persuadirte de que no lo hicieras?**

Incluso en 2005 intentó venderme a mi amiga Evelyne, quien es diez años mayor que yo y vive en Chicago. “¿Es una chica increíble! Deberías casarte con ella”. En ese entonces yo ya llevaba 15 años con Hugh y le dije: “¿Qué crees que dice de ella que quiera casarse con un hombre gay?” Era muy extraño para mí.

**¿Cómo se lleva tu papá con Hugh?**

Bien, muy bien, especialmente tomando en cuenta que tiene 92 años y es griego. Cuando empecé a salir en la radio, dijo: “¿Por qué tienes que hablar de eso?” Pensé que hablaba de ser gay, pero hablaba de limpiar departamentos. Él no quería que la gente supiera que hacía eso para ganarme la vida. De alguna forma, para él eso era más vergonzoso que mi sexualidad, lo que resulta bastante interesante.

**En tu último texto sobre el tu hermano Paul, el Gallo, dices algo sobre cómo tu mamá acabó siendo una alcohólica malvada.**

Cuando escribes sobre alguien, estén vivos o muertos, hay cosas que no quieres que se sepan. Así que realmente nunca hablé del alcoholismo de mi madre. Sin embargo, al escribir una historia sobre mi hermano quise hablar de cómo fue formado, de cuán diferente fue su infancia a la mía. La mamá que yo tenía nunca me habría hablado como a Paul, nunca habría actuado como lo hacía frente a él, nunca habría perdido el control así. Es difícil admitirlo, pero al final de su vida era una persona verdaderamente infeliz y eso nos rompió el corazón, ya que todos la amábamos. Lo que es peor, nunca la confrontamos. En lugar de eso sólo nos quedamos sentados, aguantando.

**Fue doblemente triste, ¿no?**

Supongo que todos se lo permitimos. Ella bebía como una persona infeliz y eso hizo que todo fuera mucho peor. ¿Acaso podríamos haber dicho algo que cambiara la situación? Quién sabe. Mi mamá era de las que realmente aman a sus hijos. Ella disfrutaba pasar tiempo con nosotros y el sentimiento era mutuo. Luego nos fuimos y la oscuridad se apoderó de ella. Un día yo estaba firmando libros y llegó una madre con dos hijos de quizá 18 y veinte años. Estaban en ese glorioso periodo: los chicos en la universidad, ambos tan hermosos y felices el uno del otro. Y yo quería protegerlos. “Vienen



*De izquierda a derecha: David, Lisa y Gretchen.*





De izquierda a derecha: David, Lisa y su mamá.

cosas terribles, terribles”, quería decirles. “¡Recuerden este momento! ¡Aprécienlo!” Recuerdo cómo mi papá le presumía a un amigo suyo: “¡Tengo las hijas más hermosas del barrio!” Y así era.

Cuando hablas de tu mamá y tu papá, generalmente encuentro humor en lo adorable que es tu padre. Es un personaje y es encantador. No obstante, en “Ashes” (Cenizas), que habla del cáncer de tu mamá, hay una parte en que la regaña por fumar un cigarro y tú dices algo como: “Él se comprometió a hacerle la vida miserable y se apegaría a ello hasta el amargo final”. ¿Eso lastimó a tu padre?

La única vez en la que mi padre se enojó conmigo fue cuando escribí una historia de mi abuela (“Get Your Ya-Ya’s Out!”) [Bájale de huevos]. Recuerdo que cuando salió *Naked* [Desnudo] lo llamé para decirle que el libro estaba en la lista de los más vendidos y me colgó. Ay. Honestamente, podría haberse enojado más. Pienso en el relato que mencionaste, “Ashes”, y me encojo. Después de que mi madre murió todos estábamos enojados con él. Lo culpamos por hacer infeliz a nuestra madre. Sin embargo, ella tenía libre albedrío. Podría haberse ido y mejorar su vida. Podría haber dejado de beber. ¿Qué sabía alguno de nosotros del matrimonio, de estar con alguien durante 35 años? En retrospectiva, él simplemente era un blanco fácil. Así que cuando releo el relato me parece que lo escribí alguien malcriado e ignorante.

¿Había mucha violencia física entre tú y tus hermanos? Dijiste que Lisa te tiraba al suelo y te escupía en la boca. Como hermano mayor, tu trabajo es atormentar a la gente, atar a tus hermanas a una carreta, por ejemplo, y aventarla por una bajadita. Pero rara vez había violencia, nunca nos lanzamos un ladrillo. Eso puede lastimar seriamente. Recuerdo que teníamos una silla de mariposa. ¿Ves esas sillas de lona...?

...con armazón de metal.

Exacto. Si estábamos viendo la tele y de repente decidías que querías sentarte en la silla de mariposa, tomabas una aguja y la clavabas en la lona bajo el trasero de quien la estuviera ocupando. Esa persona correría a acusarte y *voilà*: la silla era tuya. Pero nunca había una sola gota de sangre. Una vez Tiffany me apuñaló en el ojo con un lápiz. Yo cambié de canal mientras ella veía *Hechizada* y enloqueció. Había sangre por todos lados. Tuve que ir al hospital, aunque al final no fue nada serio. Estaba bien chiquita, estaba en tercero o algo así.

¿Le remordió la conciencia?

Claro, y yo no tengo nada contra ella.

A veces llegan correos de odio sobre mi autobiografía. Extraños que entran a mi página y piensan que soy un insensible y que me encanta burlarme de Scott. Y me he dado cuenta —aunque la respuesta en general a “Now We Are Five” es positiva— que también ha habido fuertes críticas a ese relato. ¿Te importan ese tipo de cosas?

No. Digo, sé que existen, pero no les pongo atención. El año pasado di una lectura en Misipi y durante las preguntas una mujer dijo: “¿Qué opinas sobre la acusación de que eres responsable del suicidio de tu hermana?”

En “Now We Are Five” sugieres que el suicidio fue, de alguna forma, un gesto en contra de la familia. ¿Lo crees así?

Tiffany escribió una nota de suicidio de siete u ocho páginas dirigida a su abogado que básicamente decía: “Esto es lo que me llevó a hacer lo que hice”. Principalmente hablaba de amigos que creía que le estaban robando sus cosas. La carta estaba muy confusa y sonaba a desesperación. Una de las cosas de las que me di cuenta mientras la leía fue que todas las *P* las escribía con mayúscula: *Pero*, *Porque*, *Poco*. Todo lo demás estaba en minúscula. Sólo tenía una carta de ella que me envió hace mucho, creo que en 1998. En ese entonces no era conciente de que escribía así. Digo, ¿quién pone todas las *pe* con mayúscula?

Ella dijo que no quería que ningún familiar asistiera a su funeral.

Sí. También escribió que no teníamos permitido quedarnos con su cuerpo. Tiffany le dejó todas sus pertenencias a una mujer del estado de Nueva York para quien trabajó alguna vez. Lisa le llamó para obtener una copa de sus cenizas y la mujer le dijo que no. Ella estaba furiosa por una entrevista holandesa que di. Unos meses después de que Tiffany muriera, un equipo de grabación fue a Sussex. Me siguieron durante varios días y, casi al final, el entrevistador se acercó demasiado y dijo: “Sé que tu hermana se suicidó hace poco. Así que si pudieras decirle algo, si ella estuviera aquí, ¿qué le preguntarías?” Y yo dije: “¿Me podrías devolver los seis mil dólares que te presté?” Dije eso porque el momento se sentía muy tonto: la voz baja, el acercamiento. Algunas personas se lo tomaron a mal, pero vamos: Tiffany era divertida. Ella habría sido la primera en decir algo así.

Hay un video de Tiffany en YouTube que fue publicado en 2013, así que debió haber sido casi al final de su vida. Es muy divertida. Cuenta una historia sobre Fred Astaire y Dick Cavett...

Sí, lo vi y me entristeció; sobre todo porque ella era mucho más divertida. Realmente podía hacerte reír. La



mayoría del tiempo hablaba demasiado. Era raro que dejara que la otra persona hablara, y después de un rato se volvía agobiante, especialmente cuando creció.

**¿Cómo era eso? ¿Me podrías dar un ejemplo de cómo una reunión de amigos podía terminar mal gracias a Tiffany?**

Una vez fui a Boston para salir en un show en vivo de *This American Life*. Tiffany fue conmigo y se pachequeó toda la tarde; fumaba mota y no dejaba de hablar. Ira Glass estaba allí, así como un montón de gente, algunos conocidos y otros no. Al final de la noche puse a Tiffany en un taxi y Jonathan Goldstein dijo “Wow”, ya que ella estaba fuera de control. Simplemente no dejaba de hablar. Sé que cuando estoy nervioso hablo mucho, pero esto era...

**¿Crees que era una manía?**

Tal vez. Lo único que sé es que nunca había visto algo así. Cuando hablabas con ella podías dejar el teléfono y diez minutos después, cuando lo levantaras, ella seguiría hablando sin preguntarte por ti y sin hacer ninguna pausa. Simplemente era una cascada de palabras. Rara vez había un nivel de compromiso de que en realidad estabas conversando. Quizá era diferente con sus amigos. No lo sé. Espero que con ellos haya sido de otra forma.

**¿Crees que lo de Élan —lo veo como un lugar bastante feo— fuera el aspecto más válido del desprecio que tenía Tiffany contra la familia?**

No recuerdo una sola conversación en la que no hablara de ese lugar, digo, incluso veinte, treinta años después de que saliera.

**Dijiste que no habías hablado con ella ocho años antes de su muerte debido a que su última pelea fue horrible. ¿Ésta fue a causa de la historia en el *Boston Globe* o simplemente una pelea normal?**

Fue eso, sí, y también por otras cosas. Nunca había reconciliación después de una pelea. Ella llamaba seis meses después y pretendía que no había pasado nada. Yo casi siempre le seguía la corriente, pero esta vez algo me detuvo. Simplemente ya no podía confiar en ella. Después de eso amenazó con vender mis cartas y me acusó de borrar su página de Myspace. Como si la hubiera visto alguna vez. Me acusó de comprar su nombre como dirección web, de todo tipo de cosas. No quieres ser el hermano que no le habla a su hermana, pero a veces...

Cuando nos hablábamos la veía en Boston. Algunas visitas eran mejores que otras, y las peores eran bastante pesadas. Sin embargo, mi padre nunca se dio por vencido. Nunca dejó de hablarle, incluso después

de que lo criticara y dijera las peores cosas que te imagines. “¡Las cosas están mejorando para Tiffany”, solía decirnos, siempre muy optimista. Era bonito que pensara que ella podía cambiar. [Imita a su padre:] “Lo que necesita es sacar un álbum. ¡Su voz es hermosa! Hablé con ella y dije: ‘¡Tenemos que ponerte en la radio!’... Hablé con ella y dije: ‘¡Tienes que ponerte las pilas!’” Él la apoyaba económicamente. Y así es papá: si te va a dar dinero, vas a tener que escuchar todas sus sugerencias sobre qué hacer con tu vida. Probablemente todos los papás sean así. Es por eso que te paras y te vas, porque piensas: “Si tengo que escuchar lo mismo tan sólo cinco minutos más, me mato”. Unos años antes de su muerte, Tiffany decidió regresar a Raleigh. No funcionó y causó problemas serios durante las tres semanas que estuvo allí. Me contaron que tenía una mochila. Estaba cerrada y nadie tenía permitido acercarse a ella. Nos preguntamos si acaso había una grabadora dentro. “¿Crees que soy bonita?” se la pasaba preguntándole a papá. “¿Crees que soy sexy?” Después de diez días se fue y se mudó con una mujer que conocía de la preparatoria. Duró una semana y se fue alegando que la mujer se le había insinuado sexualmente. Ésa siempre era la historia.

Sugerí que mi padre le comprara un departamento en algún lugar cálido, como Key West. Allí hay muchas personas como ella. En diez minutos habría encontrado su lugar, aunque eso no habría resuelto sus problemas más grandes.

**Ahora que Tiffany está muerta, o incluso si no lo estuviera, ¿has pensado en escribir una autobiografía, quiero decir, un libro en lugar de relatos sueltos? ¿Es algo a lo que estás tentado?**

Me encantaría descubrir quién era ella en verdad. Pero no tengo tu habilidad de ir y hablar con sus amigos, de cazar a la gente con la que fue a Élan y construir un retrato conciso de ella. Mi familia y yo, todos nos lo preguntamos. Hablamos de eso todo el tiempo. Nos gustaría saber cómo sobrevivió. Durante casi veinte años Tiffany rentó un departamento en Somerville a buen precio. Su casera era china, la Señora Yip, y mi hermana la alabó durante años. “La Señora Yip es la mejor. ¡Me está enseñando tai chi!” Tiffany destruyó el departamento poco a poco: arrancó el linóleo de la cocina, vació cubetas de pintura en la sala, escribió en las paredes. La tina estaba negra y el cuarto de visitas lleno de basura. Se volvió un desastre. Esta renta era parte de la cuenta de retiro de la Señora Yip. Somerville está llena de estudiantes, y en lugar de rentársela a Tiffany por mil dólares al mes, podría haber estado ganando al menos el doble con inquilinos que no destruyeran el lugar. No sé qué pasó entre mi hermana y la Señora Yip, pero en algún punto dejó

de pagar la renta y dijo haber pagado 25 mil dólares en trabajos de mejora del departamento. Llegó un aviso de desalojo. Tiffany consiguió un amparo. Las cosas se pusieron feas y eventualmente se mudó a un cuarto en una parte más fea de la ciudad y luego a otro cuarto diferente.

¿Te puedo preguntar algo? Cuando la gente escribe cosas feas sobre tu libro, ¿tú qué sientes? ¿Las lees?

Sí. No soy David Sedaris; recibo muy poca correspondencia de los lectores, así que cuando la recibo, la contesto. Y la mayoría es linda, pero cuando recibo cosas feas... pues bueno. Una mujer me escribió: “Debería darte pena haber corrido a tu hermano en Navidad. ¿Qué clase de persona eres? Eres un monstruo”. Cosas así. Entonces le recordé que mi hermano había atacado a mi madre y amenazó con matarla, por lo que yo simplemente la estaba protegiendo. Y realmente creo que todos hicimos lo mejor que pudimos. Así que le dije: “¿Por qué no va a meterse con la autobiografía de un autor que no le guste, o quizá

tenga mejores cosas que hacer? Por su bien, espero que así sea”. Algo así. Otras personas han dicho que me desapego mucho del sufrimiento de mi hermano, que tengo un sentido del humor muy vulgar, cosas así. Algunas personas no tienen sentido del humor, y si no lo tienes sueles ver las cosas de una forma que yo no entiendo. Es como si me estuvieran hablando en suajili o algo así. No lo entiendo.

Yo nunca he leído nada sobre mí. Ni reseñas ni nada.

A veces me dicen: “No intentaste lo suficiente con Scott. No hiciste lo suficiente para ayudarlo”. ¿A ti también te dicen cosas así?

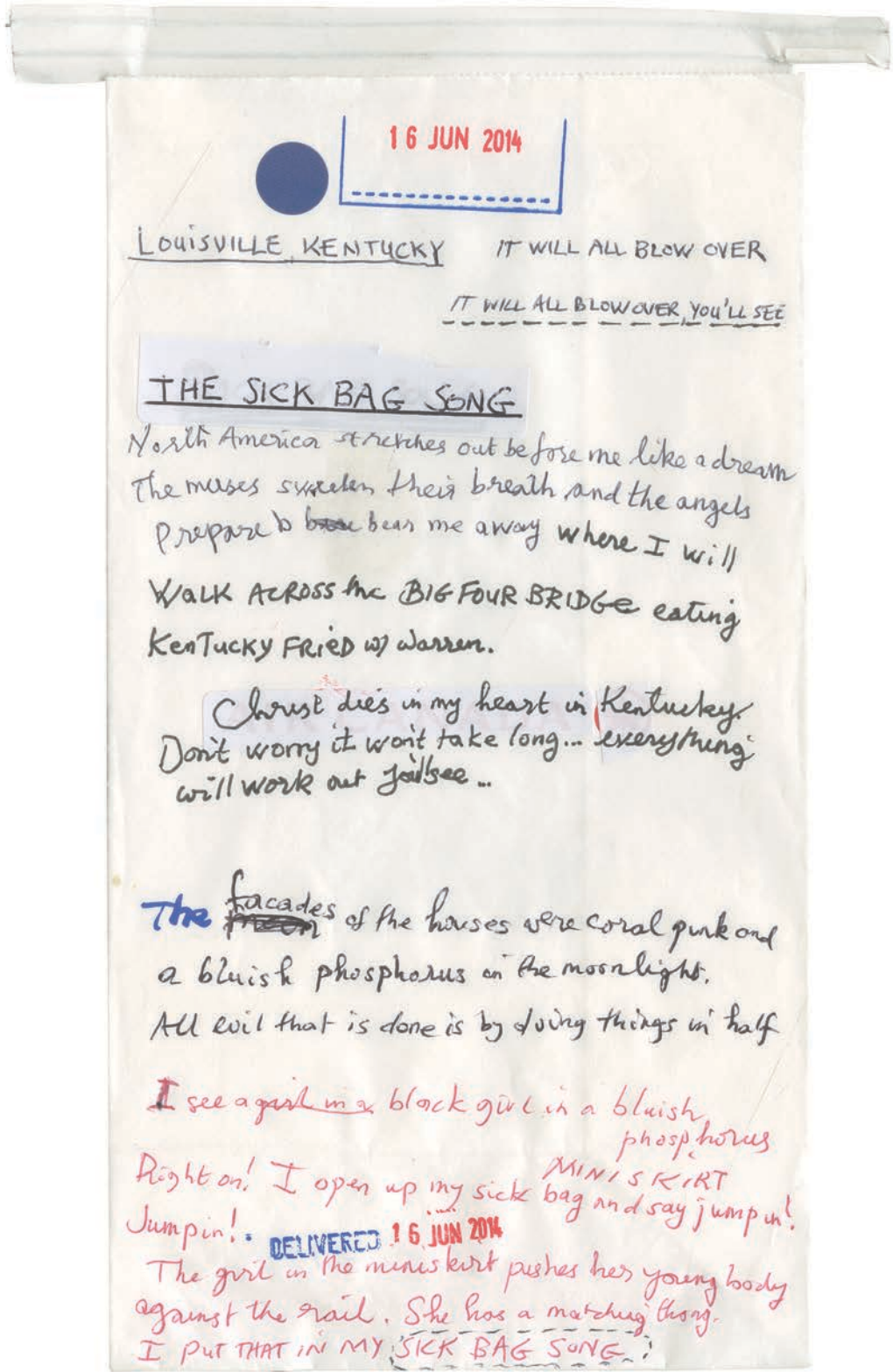
Para que las cosas hubieran sido diferentes, Tiffany tendría que haber sido una persona completamente diferente. Digo, ¿por qué no decir: “Bueno, si hubiera medido diez centímetros más y se hubiera llamado Thumbelina todo habría estado bien”? No la podría haber salvado. Si no quieres tomar tus medicinas, nadie puede hacer nada. Sin embargo, no hay un solo día que no piense en ella. Era una persona notable. *CS*



David en Atlantic Beach, Carolina del Norte.



LA CANCIÓN DE LA  
BOLSA PARA EL MAREO



Un adelanto del libro La canción de la bolsa para el mareo, que publicó recientemente Sexto Piso.

POR NICK CAVE





LUOISVILLE,  
KENTUCKY  
(fragmento)

Tienes que dar el primer paso tú solo.  
Avanzo a tientas hacia el borde del mundo.  
Norteamérica se extiende ante mí como una bolsa para el mareo abierta.  
Las nueve musas-hijas endulzan su aliento.  
Y los nueve ángeles se despliegan y se preparan para arrastrarme.

Arrastrarme con sus alas blancas hasta Louisville  
(Kentucky),  
donde cruzo a pie el puente Big Four para peatones y bicicletas  
comiendo pollo frito, de una orilla del poderoso Ohio a la otra. ¡Adelante!

Y al apoyarme en la barandilla, al mirar hacia abajo, al agua, veo a una chica negra con una minifalda de minúsculas barras y estrellas.  
Abro mi bolsa para el mareo y digo: ¡Adelante! ¡Salta! Por cierto, esta clase de cosas es precisamente lo que acabará haciéndome daño.

La chica de la minifalda de barras y estrellas se asoma.  
Se gana la simpatía del mundo entero mostrando la conmovedora precaución de una tanga súbita a juego.

¡Voy a poner eso en mi canción de la bolsa para el mareo!  
¡No me importan las balas de la crítica!  
¡Tengo un chaleco antibalas de barras y estrellas!

El chaleco en realidad es una bolsa para el mareo, y la bolsa para el mareo es una canción de amor larga y a cámara lenta  
que tiene algo que ver con la balada de “The Butcher Boy”, que termina con la frase “Que el mundo sepa que he muerto de amor”.

La chica pone un pie descalzo sobre la barandilla del puente.  
Y después se sube al muro.

“Ten cuidado”, le digo, y la chica se vuelve hacia mí sonriendo y saluda.

Mi mujer una vez escuchó “The Butcher Boy” cantada de una manera tan bonita que se puso a llorar.  
Dobló su chaleco antibalas, cerró los ojos y sencillamente murió.

Soy un pequeño dios hecho de terracota, temblando en un pedestal,  
sepultado en un torbellino de sonido.

¡Mira lo que ha encontrado el pequeño dios de barro, tan bien doblado!  
Un revoltijo de huesos negros y jóvenes,  
amarrados y protegidos con una tanguita a medio digerir.

En algún sitio leí que la mejor parte de mi obra ya había quedado atrás.  
Pero ¿dónde? Cuando me doy la vuelta, las chicas voladoras han desaparecido.

DENVER, COLORADO

Volamos en United de Minneapolis a Denver. ¡Adelante!  
Agarré unas cuantas bolsas para el mareo para escribir en ellas.

\*\*\*

En Denver me compro un librito precioso de Patti Smith llamado *Tejiendo sueños*. Hay algo sobre una mochila que tuvo, llena de recuerdos: un rubí, una cuchara, la parte de dentro de un *walkie-talkie*. Es un libro precioso para leerlo bajo el cielo azul, sentado en un banco en Colfax Street, en Denver. ¡Adelante, Patti!

La agarro de las trenzas y la meto en mi bolsa para el mareo.

Miro dentro.  
Veo a una diminuta Gertrude Stein y a una pequeña Emily Dickinson. Veo a un Philip Larkin en miniatura pasando el cortacésped, y a un pequeño W. H. Auden lleno de arrugas. Veo a un pigmeo vestido como John Berryman, con un hueso en la nariz, y a un montón de gente más. A un Elvis de la última etapa a pequeña escala, a un John Lee Hooker minúsculo con unos calcetines de barras y estrellas, a un James Brown pequeño y loco y a un Hank Williams encorvado con un sombrero Resistol Ranch.

Ahí están las *lollipop ladies* —ayudan a los niños a cruzar la calle—, con sus cabezas cortadas clavadas en picas, pastoreándome a través de estas autopistas perdidas y solitarias y hasta tus brazos esta noche.

Y en un rincón derrotado de mi bolsa para el mareo hay un diminuto Bryan Ferry con un traje de baño azul, en West Sussex, durante el verano del año 2000.

\*\*\*

El cielo se estiraba azul y tan caliente que a mi mujer le daban ganas de vomitar. Estaba embarazada de ocho meses, de los gemelos, hinchada, y le costaba respirar; era difícil reconocer en ella a la esbelta mujer con la que me había casado hace un año. Salió del coche, un hermoso elefante afligido, salió y se metió en la entrada para vehículos de Bryan Ferry.

Mi mujer y yo habíamos ido a visitar a Lucy Ferry. Bryan estaba fuera, tenía trabajo. Me sentí aliviado. ¿Quién quiere conocer a los ídolos de su infancia?

Lucy nos mostró el terreno. Vimos el jardín cercano, completamente en flor, vimos el huerto lleno de

manzanos, vimos las golondrinas y los vencejos, vimos el potrillo haciendo cabriolas en el campo.

Bajo el sol de mediodía las mujeres estaban tan blancas como copos de nieve. Yo me fui a dar una vuelta y descubrí una piscina rodeada de un seto alto. Me quité la chaqueta y me senté en una tumbona debajo de una sombrilla y me quedé dormido.

Al despertarme, me encontré con Bryan Ferry en traje de baño, de pie, al lado de la piscina. Estaba blanco y guapo y muy quieto.

—No he escrito una canción en tres años —dijo.  
—¿Por qué? ¿Qué te pasa? —dije yo.

Él hizo un gesto con la mano, mostrando, lleno de incertidumbre, todo lo que lo rodeaba.

—No hay nada sobre lo que escribir —dijo.  
Entonces se metió en el agua.

Esa noche me senté a escribir, frenético, página tras página, canción tras canción. ¡No podía parar! ¡Y a la vez, lloraba! Entre sollozos, las lágrimas resbalaban, calientes, por mis mejillas.

—Eh, ¿qué pasa, cariño? —dijo mi mujer, incorporándose en la cama.

—¡Soy un puto vampiro! —grité, pensando en Bryan Ferry y en sus flores brotando y en sus caballos brincando y en su escuadrilla de golondrinas y en su piscina rodeada por un seto y en su encantadora esposa.

—No, no lo eres. Ven aquí —dijo ella.  
Yo me subí a la cama a cuatro patas y ella apartó la sábana.

—Escucha —me dijo.  
Pegué la oreja a su dilatado vientre, a su mochila, y escuché. Oí a unas personitas atrapadas que nadaban ahí dentro.

—Me están comiendo desde dentro —dijo ella.  
—Qué suerte tienen —dije yo.  
—Lo digo en serio —dijo ella.

Pero se había quedado dormida y yo me bajé de la cama y fui a cuatro patas por el suelo, sobre el revestimiento de madera, siguiendo la dirección de los paneles del techo. Pegué la oreja al techo y escuché. Oí a un grupo de personas en el piso de arriba. El techo vibró. Reconocí las voces; eran de colaboradores del pasado, de hacía muchos años. Sonaban cansados, como si les faltara oxígeno, quizá, o como si alguien les hubiera sacado la sangre con un sifón. Los oí sollozar y maldecir y consolarse unos a otros.

Me quedé dormido. *WES*



its a lovely thing to read under the vast black ~~flat~~ ~~blue~~ sky on a bench in Denver Colorado

24 JUN 2014

DENVER, CO

Woolgathering  
F  
lovely little book  
T. SMITH  
weaver

name of book

band in Denver Colorado  
In Denver outside a ~~back~~<sup>normal</sup> ~~shop~~<sup>bar</sup> I buy  
~~I am standing on stage at the~~<sup>a live by DMN sn called with the 9th flly about</sup>

I pick up Patti ~~by her hands~~ ~~deep end~~ + drop her in  
~~In Denver~~ my sick bag

~~I am a single screaming being~~  
~~I thought I had given everything~~  
~~there was to give I lost~~

Please place in waste receptacle  
after use

~~I WAS WRONG~~ <sup>in a dark, deserted</sup>  
<sup>corner was a</sup>  
Not for toilet disposal <sup>tiny</sup>  
<sup>Bryson Ferry</sup>

**Do not place in seat back pocket after use**

I see a tiny Gertrude Stein + a tiny Emily  
miniature **FRAGILE** Dickinson  
and a tiny Philip Larkin and a tiny W.H. Auden  
John Berryman w/ MR. BONES thru his nose.

BRYAN FERRY STORY with Sue 1999  
DELIVERED 24 JUN 2014  
DELIVERED 24 JUN 2014

***Please place in waste receptacle  
after use***

**Not for toilet disposal**

**Do not place in seat back pocket after use**





# LA SUSTITUTA

POR OTTESSA MOSHFEGH  
ILUSTRACIONES POR INGRID ROGNSTAD

—Este traje será tu disfraz—. Lao Ting señaló la falda y saco negros que colgaban de un perchero en el rincón de su oficina. —Le dirás a la gente que eres la vicepresidenta de la compañía. Quizá te vean como un objeto sexual, y esto será ventajoso para las negociaciones. He notado que los empresarios estadounidenses son muy fáciles de manipular. ¿Alguna vez te han dicho que te pareces a Christie Brinkley, la supermodelo estadounidense de los ochenta?

Dije que sí. En realidad sí me parecía a Christie Brinkley, a Jacqueline Bisset y a Diane Sawyer, según me habían dicho. Medía 1.80, pesaba 52 kilos, tenía largo y sedoso cabello castaño claro. Mis ojos eran azules, el color que Lao Ting decía que era el mejor para alguien en mi puesto. Tenía 28 cuando me convertí en la vicepresidenta sustituta. Sería la cara de la compañía en las juntas. Lao Ting pensó que los empresarios estadounidenses lo discriminarían por su aspecto físico. Parecía un campesino pobre. Era bajo y delgado y usaba una túnica de lino blanco y una cuerda alrededor de sus shorts playeros. Su barba era casi totalmente blanca y le colgaba desde la barbilla hasta el pubis como si fuera una cola mágica. Mi trabajo anterior había sido como representante de servicios al cliente para el Hotel Marriott y agendaba reservaciones por teléfono desde mi casa. Había estado viviendo en un estudio arriba de una panadería mexicana en Oxnard, California. La vista de mi departamento daba una pared de concreto.

—Tu apellido será Reilly —me dijo Lao Ting—. ¿Quisieras sugerir un nombre de pila para tu entidad profesional?

Sugerí “Joan”.

—Joan es muy sentimental. ¿Algún otro?

Sugerí “Melissa” y “Jackie”.

—Stephanie es un buen nombre. Hace que un hombre piense en un bonito papel crepé.

La compañía, llamada Value Enterprise Association, se encontraba en la planta baja del complejo familiar de lujo de Lao Ting en la playa Ventura. Era un negocio familiar y tenía una cualidad anticuada que me tranquilizaba. Nunca entendí la naturaleza de los servicios de la compañía, pero

Lao Ting me caía bien. Era amable y generoso y yo no veía razón alguna para cuestionarlo. El trabajo era sencillo. Debía memorizar algunos nombres, algunas cifras, usar el traje, maquillaje, spray para cabello, perfume, tacones y cosas del estilo. Todos en la oficina eran muy afables y profesionales. No había chismes, no había ligues, no había faltas de respeto. En lugar de tener un dispensador de agua, en el vestíbulo había un samovar de acero inoxidable con agua hirviendo. La familia bebía té verde y leche malteada marca Horlicks en grandes tazas de cerámica. La esposa de Lao Ting, Gigi, me dio mi propia taza, como si fuera parte de la familia. Pasé mucho tiempo sentada en la terraza, mirando el mar. Se sentía bien estar allá afuera durante el día, así como ser apreciada. Lao Ting me aseguró que nunca me haría realizar tareas con los clientes o vendedores que no fueran profesionales, y nunca lo hice. Todo se llevaba a cabo de la manera más honorable.

El puesto de sustituta pagaba seis veces lo que ganaba contestando teléfonos a nombre de Marriott. En poco tiempo pude pagar mi deuda de la tarjeta de crédito y me mudé a un recién adaptado loft en un área industrial en El Río. Lo amueblé con mobiliario rentado y pequeñas decoraciones que compré en tiendas de recuerdos. Estaba aliviada de haber vendido mi coche, un enorme Cadillac blanco cuyo motor estaba a punto de descomponerse. Lao Ting contrató un servicio que me llevara a donde tuviera que ir a trabajar, y los fines de semana, cuando salía a antros y fiestas, pedía taxis. Podía pagarlos. Sobre todo iba a los antros más underground y a afters en el centro o en el desierto. La gente era rara; fenómenos recién salidos de la escena de Los Ángeles: calientes del valle, fiesteros de mediana edad, ratas de techno en ácido, chicos en éxtasis, mujeres viejas, los típicos delaers... Los fines de semana me arreglaba aún más. Me gustaba usar un abrigo, un sombrero viejo como de detective y unos grandes lentes con cristales de color. Debajo del abrigo usaba un body de encaje rojo. Le había arrancado la tela de la entrepierna



para acomodar mis genitales, que estaban anormalmente hinchados debido a un problema de la pituitaria. Debajo del body tenía centavos pegados en los pezones y en el pubis una foto de la cara de Charlie Chaplin. Se sentía bien usar todo eso. Incluso antes de mi trabajo como sustituta, sentía que la ropa normal era un disfraz.

Antes me daba pena llevar hombres a mi estudio en Oxnard porque olía a papas fritas y no había donde sentarse más que en el sucio piso alfombrado o en mi cama, que era un lugar mucho más íntimo. Cuando llevé hombres a mi loft en El Río, que no era algo que hiciera muy seguido, todos veían mis cosas y me preguntaban en qué trabajaba.

—Soy la vicepresidenta sustituta de una empresa de negocios —decía. Los sentaba en el sillón rentado y les daba una bolsa de plástico para que se la pusieran en la cabeza si así lo querían. Cuando mi hinchazón era demasiada, me ponía un poco tensa. —No quiero hacer el amor —le dije a un hombre del que me acuerdo, enfatizando la negación. Estaba guapo y bronceado. Usaba ropa blanca de capoeira, que fue lo que me atrajo de él.

—No quiero —repitió riendo bajo el plástico; sus ojos brillaban.

—No tengo sexo —le expliqué—. Sólo me desvisto.

Durante el largo viaje en taxi desde el antro, dijo algo como: —Mi trabajo paga todo: tragos, comidas, viajes, hoteles. Voy a Canadá a cada rato. Cafeterías, entradas para el teatro, todo. Todo me lo reembolsan. —“Entre comillas”, decía una y otra vez. Sus manos se movían nerviosamente y sus ojos estaban encendidos y daban vueltas de un lado a otro como si tuviera relámpagos atrapados en los ojos.

—Cuéntame algo secreto —le dije mientras desabrochaba el cinturón de mi abrigo.

—Tengo conejitos de mascota —dijo. Se sentó derecho en el borde del sillón. —Blancos con ojos rojos. Les doy carne. Les doy atún... — Luego de nuevo: —Cuando estoy en Canadá, entre comillas, un vecino los cuida; mis bebitos—, y así.

Ser observada no era el único placer erótico que disfrutaba en serio. Después de quitarme el abrigo, me quitaba los zapatos. Luego desamarraba los listones del body y dejaba que cayera hasta mis pies. —No quiero hacer el amor—, repetía mientras despegaba los centavos de mis pezones.

—¿No quiero? —repitió el hombre—. ¿Por qué hablas así?

—Para enfatizarlo. —Le dije que arrancara la fotografía de Charlie Chaplin de mi pubis. Arrancó la cinta adhesiva poco a poco con sus enormes y morenos dedos. No tenía prisa. Era como si hubiera ya demasiada emoción dentro de sus ojos. Quizá su vida era muy mediana para él.

—¿Quién es ese güey? —preguntó.

—Hitler —dije.

Empezó a jadear y le quité la bolsa de la cabeza.

—Limusinas, cenas, antros —decía. Jaló la foto y mis labios cayeron sobre los muslos. —Jaja —dijo mientras los tentaba—. Conque tenías tu escondidito.

Gigi era la gerente de operaciones. Me ayudaba con mi maquillaje y cabello y me preparaba para las juntas con los empresarios. Llegamos a conocernos muy bien. Una vez le conté de mis problemas en el amor. —No puedo conectarme con personas normales —le expliqué—. Cuando voy a una tienda de abarrotes o a cenar a un restaurante normal, me asusto. No sé cómo portarme. Los hombres me voltean a ver por cómo me veo. Pero siento que sería un error buscar el amor en estas personas tan normales. Son demasiado neuróticas. No son capaces de amar, sólo de brindar consuelo y equilibrio.

Gigi dijo: —No te preocupes por encontrar a un esposo. Cuando la mujer es la cazadora, sólo puede ver a los débiles. Todos los hombres fuertes desaparecen. Así que no tienes por qué cazar, Stephanie Reilly. Puedes volar más alto. Sólo quédate flotando por ahí y encontrarás a alguien. Así fue como encontré a Lao Ting. Era como si él tuviera un reflector y caminara sobre el aire a medio metro del suelo. Lo vi a un kilómetro y medio, flotando por el Bulevar Rego. Es difícil imaginarlo, pero alguna vez fue un hombre muy guapo.

—Qué hermoso, Gigi —dije.

—Es una historia de amor muy bonita. Te la contaré con más detalle en otra ocasión.

Value Enterprise Association empleó a otro sustituto para actuar como mi abogado en las juntas importantes. Él y yo nos sentábamos en las largas mesas de vidrio en los edificios de oficinas de Los Ángeles, tomábamos agua fría y les dábamos contratos a los empresarios para que los firmaran. A excepción de estas juntas, la comunicación entre la familia y los empresarios se llevaba a cabo por medio de oficios y por teléfono. Lao Ting y otros escribían a nombre de Stephanie Reilly. Gigi hablaba por teléfono diciendo que era Stephanie Reilly. Tenía una perfecta forma estadounidense de hablar y reír. Cuando los empresarios me conocieron en persona, dijeron: —¡Al fin le ponemos cara al nombre! ¡No esperaba que fuera tan joven!

—Por favor, llámenme Stephanie —decía yo, mientras cruzaba y separaba las piernas y deslizaba los contratos por la mesa.

—Bueno, Stephanie, ¿podemos repasar las cifras una vez más? Porque parece haber algunas cosas que quizá ninguno de nosotros anticipó.

—Por supuesto. No quiero que haya sorpresas. —Lao Ting me enseñó a hablar así.

Solía conducirlos lentamente por las revisiones, refutando sus objeciones incluso antes de que las formularan. —Mantenlos asintiendo, —me enseñó Lao Ting. Ponía a los viejos en contra de los jóvenes.

—Ya ves, te dije que ése era el problema —le decía uno a otros mientras yo sonreía.

—No predigan sus necesidades basándose en desempeños anteriores o, en todo caso, en las expectativas de

los chinos —me gustaba añadir—. Nuestros servicios no trabajan así, y es eso lo que nos hace tan atractivos. La mayoría de las compañías que coordinan los contratos estadounidenses y chinos no pueden navegar por esas aguas. Pero claro que si quisieran hablar directamente con los chinos...

—No, no. Claro, claro. Entendemos, —decían los empresarios y yo me paraba e inclinaba encima del escritorio para señalar el lugar donde Gigi había pegado un montón de flechitas de colores.

Si en los silencios sus plumas seguían moviéndose en el aire, Robbie se ponía nervioso. Decía: —Claro que todo está suscrito. Tenemos seguros de inversión, bla, bla, bla. Pero, por favor, ¿no nos demanden!

—Déjalos pensar —decía yo—. Deja que los hombres lo piensen—. Los empresarios firmaban todo lo que yo les daba. Siempre estaban dispuestos a complacerme, dispuestos a demostrarme que estaban de mi lado. Lao Ting nunca recibió una sola demanda.

Robbie era un guapo homosexual y, a mi parecer, muy talentoso. Era de Arroyo Grande, California. Estaba obsesionado con su salud. Cada mañana corría descalzo veinte kilómetros en la playa. Hacía frecuentes viajes a Hawái para encontrarse con un doctor de medicina alternativa para que le sanara el espíritu. En una vida anterior, Robbie era una mula a quien su amo maltrataba en exceso. Robbie dijo que murió de hambre en un pequeño establo del tamaño de un clóset.

—¿En qué país eras mula? —le pregunté una vez.

—En Rusia —dijo—. A unos treinta kilómetros de Finlandia. Los veranos eran lo peor porque había sol todo el día y toda la noche y mi amo tenía insomnio. Sufría de sicosis y nadie lo entendía. Me montaba en el bosque donde nadie pudiera oírlo y luego me golpeaba mientras gritaba y lloraba. Era horrible. Pero además yo lo compadecía. No es que no lo hiciera. Es sólo que no puedo superar que me dejara en ese establo. Supongo que era demasiado cobarde como para cortarme la cabeza.

—¿Abusó sexualmente de ti? —pregunté.





—Sólo emocionalmente —dijo Robbie—. Mi doctor me está haciendo que me tome cenizas de lava ancestrales. Me ponen la lengua gris, así que debo chupar dulces rojos. —Sacó la lengua para que viera lo roja que era—. Para cuando tengo auditorías.

—Se ve bien —dije.

—Puros ingredientes naturales. Pero aún así te pudren los dientes. Como cualquier azúcar. Incluso la fruta. Pero ahora me siento más aterrizado, creo, desde que empecé a tomarme las cenizas.

Robbie no comía con la familia. Él vivía sobre todo a base de jugos de verduras, nueces y hierbas. La familia no lo juzgaba por ello. Lo apoyaban incondicionalmente. En su cumpleaños le dieron un pequeño almendro. En el mío me dieron una bata blanca de seda con un dragón bordado en la espalda. Lao Ting y Gigi eran las personas más amables de todo el mundo. Eran las almas más tiernas que uno podría conocer.

—Lo superarás, estoy segura —le decía Gigi a Robbie. —Anoche soñé que eras un semental blanco que corría por la tundra.

—Sí, saldrás de ésta. Y tú, querida, mi querida Stephanie Reilly —dijo Lao desde el otro lado de la mesa—. Tú y Robbie están haciendo muy buen trabajo. Estamos felices de tenerlos en nuestras vidas. Nuestros hermosos hijo e hija estadounidenses. Estamos tan orgullosos de ustedes. ¡Sólo mírense! ¡Tan guapo! ¡Tan bonita!

Lao Ting tenía un problema digestivo que restringía su dieta a únicamente camarones y ñames cocidos. Parecía que su dieta tenía el problema digestivo bajo control, así como su régimen diario de natación, estiramientos y ping-pong. Debido a que era el patriarca de la familia y el jefe del negocio, y a que la familia le era bastante leal, los camarones, el ñame y el arroz eran lo único que se ofrecía en las comidas. Una vez le pregunté a Lao Ting si no se hartaba de comer lo mismo cada día.

—Nunca me harto de la comida —contestó y golpeó su reducido torso.

A mí no me gustaba cocinar. En casa tenía un juego de cubiertos muy elegantes y algunas ollas de hierro fundido, pero prefería drogarme a preparar comida y comérmela. Durante la semana laboral, únicamente comía lo que le dieran en la familia. Me gustaba el arroz que preparaban. Lo cocinaban en una enorme arrocera de bambú y sabía a madera vieja, como a lo que huelen las tiendas de antigüedades. Los camarones los hervían completos, luego los salteaban con mantequilla y especias chinas. La familia se comía los camarones empezando por la cabeza. Escupían las patas y los ojos negros tipo araña hacia el piso entre los banquitos de plástico, los cuales usaban como sillas alrededor de una mesa baja en el comedor. Luego ponían el camarón entero en su boca, lo mascaban y escupían la cáscara. Después de cada comida, el hijo más grande, Jesse, barría y trapeaba el comedor. Había seis hijos en

total, todos adolescentes: cinco chicos y una niña. Todos, menos Jesse, estaban en la prepa. Cuando llegaban a casa ayudaban a sus padres con el papeleo y la limpieza. El complejo siempre estaba muy limpio y olía a incienso. Todos los pisos eran de mármol color carne. Las paredes estaban decoradas con enormes cruces tejidas con cuerdas de seda roja. —Son chinas —me dijo Gigi—. Son de buena suerte. Simbolizan fertilidad y prosperidad.

Una vez Gigi me mostró un árbol genealógico de la familia. —El papá de la mamá de mi mamá es de esta ciudad. La mamá del papá de la mamá de Lao Ting nació aquí, en este río. La mamá de la mamá de mi papá es de este pueblo. ¿Ves ese punto? Allí está muy bonito. ¿Conoces la niebla? Allí hay mucha niebla. Es como un enorme fantasma. Todo el pueblo es un enorme fantasma feliz.

—Me gustaría ir un día —dije.

—Puedes ir cuando quieras. Hay muchas cosas mágicas por allá. Quizá puedas ir y volverte loca. A veces necesitas estar loquita, divertirse un poco. A veces pienso que casi siempre te ves triste. Pero creo que pronto serás feliz. Ven, déjame darte una bendición.

Nunca le conté a Gigi de mi problema de la pituitaria, que era la fuente de toda mi tristeza. Siempre que me resfriara, tuviera un sarpullido o un dolor de estómago, Gigi hacía un brebaje de hierbas chinas que guardaba en un cajón de madera de la recámara principal, en el segundo piso. Cada brebaje tenía un sabor diferente y generalmente me hacía sentir mejor. Estoy segura de que si le hubiera contado mi problema, Gigi también me habría hecho un brebaje especial. Y luego me preguntaría a diario: “¿Está mejor? ¿La piel está más pequeña, o aún está hinchada? Pobre Stephanie Reilly. Estás tan bonita... Tenemos que hacer que tu cosita se mejore”.

Una noche soñé que Gigi me decía que hiciera un programa de radio con las voces de los demonios que estaban dentro de mí. Lo hice, y cuando puse el programa al aire todo el mundo escuchó las horribles cosas que decían y todos se volvieron locos y se suicidaron. En la cama, mientras soñaba, me paralicé. El cielo se abrió y una nave extraterrestre me lanzó un enorme rayo de luz vacía y me sacó todos los demonios a través del pecho. Se tardó como diez segundos.

—Me pregunto si de verdad se fueron —le dije a Gigi. —Si así fue, me pregunto qué haré. Me pregunto si ahora seré diferente.

—Yo también soñé algo anoche —dijo Gigi—. Conocía a una joven en una pequeña tienda en algún lugar. Era un negocio familiar, sucio, no muy bonito. Esta joven agarraba una bebida de la repisa y rompía la botella en el piso. Luego se comía los pequeños pedazos de vidrio. Yo trataba de levantarla del piso. “¡No lo hagas, mi niña!” le gritaba, pero ella usó los trozos para cortarme los brazos. Su cabello se le enredó en la cara. Tenía cabello como de cuando las mujeres afroamericanas se lo planchan. Era como si tuviera

moños amarrados con nudos en toda la cara. Cuando desperté, pensé que la gente debería empezar a peinarse así: con nudos en la cara. Si se hacen bien, podrían verse muy bonitos—. Se dirigió a su hija, quien tenía cabello negro largo y lacio. —Tal vez me dejes intentarlo con tu cabello—. La niña mascó su comida y sacudió sus palillos. —¿No? —dijo Gigi—. Te arrepentirás —se rió—. Espero que tus demonios se hayan ido, mi dulce Stephanie Reilly. Pero por favor no cambies mucho. Te extrañaría. Todos extrañaríamos tu tranquilo y frágil ser.

Sin embargo, los demonios no me abandonaron. Siempre estaban allí, tentándome, envenenando mi pituitaria. Un día, después de una exitosa reunión de negocios, le conté a Robbie de mi problema de la pituitaria mientras manejábamos de regreso al complejo.

—Entiendo tu frustración —dijo—. Mi doctor dice que el cuerpo sale de la mente. Todo es emocional. Ideas y sentimientos. ¿Hay alguna emoción que estés guardando en tu pituitaria, algún sentimiento negativo que haga que tus genitales sean tan grandes y asquerosos?

—Supongo que tengo muchos sentimientos guardados. Pero nada malo. Es amor. Es sólo amor pudriéndose dentro de mí.

—Nunca había escuchado de un problema así.

—Eso es lo que pasa. Tengo mucho amor, creo, y nadie a quien dárselo.

—Qué problema —dijo Robbie—. Puedo darte el número de un mago que conozco. Él convierte las energías para que puedan ser purgadas y donadas a quienes las necesitan.

—Sería lindo ayudar a alguien.

—Cuando tenía tendinitis, según él transfirió mi inflamación a un mosquito agonizante. Y ese mismo día me picó un mosquito. Fue increíble. No sé si era el mismo mosquito, pero mi muñeca se sintió mejor casi de inmediato.

—Es asombroso, Robbie —dije.

—La vida es asombrosa, Stephanie Reilly. Ganamos la lotería al poder vivir en este hermoso planeta. Cuando puedo mantener ese tipo de optimismo, un loco puede golpearme todo lo que quiera. Puede romper cada hueso de mi cuerpo. No hay dolor alguno —dijo Robbie—. Las experiencias son sólo tiempo que pasa de diferentes formas. El tiempo pasa y pasa y pasa. No tiene otro lugar a donde ir. Llámalo—. Escribió el número del mago detrás de una tarjeta de presentación.

—¿Sabes qué pasa cuando saltas de un puente? —Éste era otro hombre del que me acuerdo. Tenía una cicatriz en la frente como un tercer ojo. Lo encontré mendigando afuera de una licorería en Saticoy. Era intenso, estaba perturbado y olía a aceite de coches y a vómito, que es lo que me atrajo de él. Le dije que podía dormir en mi sillón si prometía no tocarme,

y me lo llevé a mi loft. Resultó que era tan sólo un niño de apenas 19 años. Había escapado de su casa en Nebraska y pidió aventón hasta llegar a Venice Beach.

—Básicamente te desangras hasta morir —me dijo—.

Cuando golpeas el agua, tus huesos se vuelven cuchillos dentro de tu cuerpo. O te explota el corazón por la presión. Y te rompes el cuello. ¿Puedo pasar a tu baño?

—Siéntate —le dije, señalando el sillón.

En el taxi dijo algo así: —¿Sabes cuántos cuerpos asesinados nunca son descubiertos? ¿Sabes cómo saber si el alma de alguien ya dejó su cuerpo? ¿Ves a ese tipo afuera de la licorería? Creo que está poseído o algo así.

—Yo estoy poseída —le dije—. Muchas personas lo están.

—¿Cómo se siente? ¿Hablas en otros idiomas? ¿Haces cosas de las que te arrepientes pero no te puedes retractar?

—No es así —dije—. Es más bien algo médico.

—¿Sabías que hay personas en India que si les cortas las manos, les crecen otras nuevas? Algunas personas tienen poderes. Me gustaría ir a India. Me gusta tu departamento. ¿Está tu esposo? ¿Está allá abajo?

No me desvestí para el chico. Le di de comer lo poco que tenía en el refri: una manzana, un yogurt, almendras cubiertas de chocolate, una empanada congelada. Nos sentamos en el sillón y hablamos de las diferentes formas de morir. Para el amanecer, yo ya tenía los calzones abajo y le estaba pidiendo su opinión sobre mi problema, esperando que dijera que había visto cosas peores. Pero no había visto peores. —Deberías ir a India conmigo —dijo—. Gurús, doctores especiales, cánticos.

—Siempre está la cirugía —empecé a decir.

—Sí, pero eso no atacará la raíz del problema. Los demonios, ¿cierto? De todos modos eres muy bonita —dijo—. Tienes eso a tu favor.

A veces la vida puede ser extraña, y saberlo no parece hacerla menos extraña. Sé que en realidad no soy sabia. No tengo ideas increíbles. Tengo suerte de haber encontrado buenas personas por aquí y por allá.

Una mañana Lao Ting se fue a nadar al mar y nunca regresó. Mandaron botes a buscarlo, pero él desapareció así nada más. Probablemente se lo comieron los tiburones, dijo la familia. No hubo funeral ni un reporte de desaparición. Pero sí hubo un homenaje: tan sólo una silenciosa reunión familiar en el patio al atardecer. Yo llegué casi al final. Robbie estaba fuera, filmando un video de ejercicios con su doctor de Hawái. Cuando el sol se puso, Gigi nos dio a todos una copa de un té especial y cuando lo tomé me quedé dormida en el sillón de cuero blanco y no soñé nada, ni un solo ruido, tan sólo un aire gris girando en un espacio infinito. En la mañana los niños empacaron todas las pertenencias de Lao Ting. Un camión de beneficencia vino a recoger las cosas. Me rompió el corazón ver lo pulcro que estaba todo, lo ordenado que era deshacerse de Lao Ting.





No hubo más juntas, no más empresarios, camarones, ñames, arroz. Gigi ordenaba pollo frito y lo dejaba en el comedor: el aceite naranja se filtraba por la cubeta de papel y manchaba el blanco mantel. Pero ella era fuerte. Nunca la vi derramando una sola lágrima. Los hijos fueron a la playa y prendieron fuego a los documentos, se quedaron viendo al agua y gritaron sacando todas sus penas. La hija se quedó en su cuarto escuchando música tranquila en la computadora. Sin Lao Ting, la compañía no podría seguir.

—Es lo mejor —dijo Gigi mientras firmaba mi último cheque—. Venderemos el complejo. No necesitamos todos estos lujos. ¿Sabes, Stephanie Reilly? Cuando conocí a mi esposo, yo era una prostituta adolescente. Hice cosas que espero que mi hija nunca haga, ni por dinero ni de a gratis. La primera vez que Lao Ting me vio en la calle, yo era simplemente una puta china con bikini. ¿Te imaginas? En ese entonces todos mis sueños eran pesadillas. No eran nada bueno. No había ningún lugar seguro para dormir. Lao Ting me dio esto—. Se desabotonó la parte de arriba del vestido negro de luto y sacó una minúscula piedra color rojo sangre que colgaba de una cadena de oro alrededor de su cuello. —Me dijo que esta piedra me arreglaría el corazón. Era para el romance. Sé que suena tonto, pero funcionó. Me hizo más fuerte. Pero esa no es toda la historia. Esto es sólo para decirte, Stephanie Reilly, que todos debemos tener paciencia. Necesitamos algo sólido a lo que aferrarnos. Cuando te veo, miro algunos delicados cabos sueltos, como de un cojín de seda que ha sido deshilachado durante cientos de años, pobrecita.

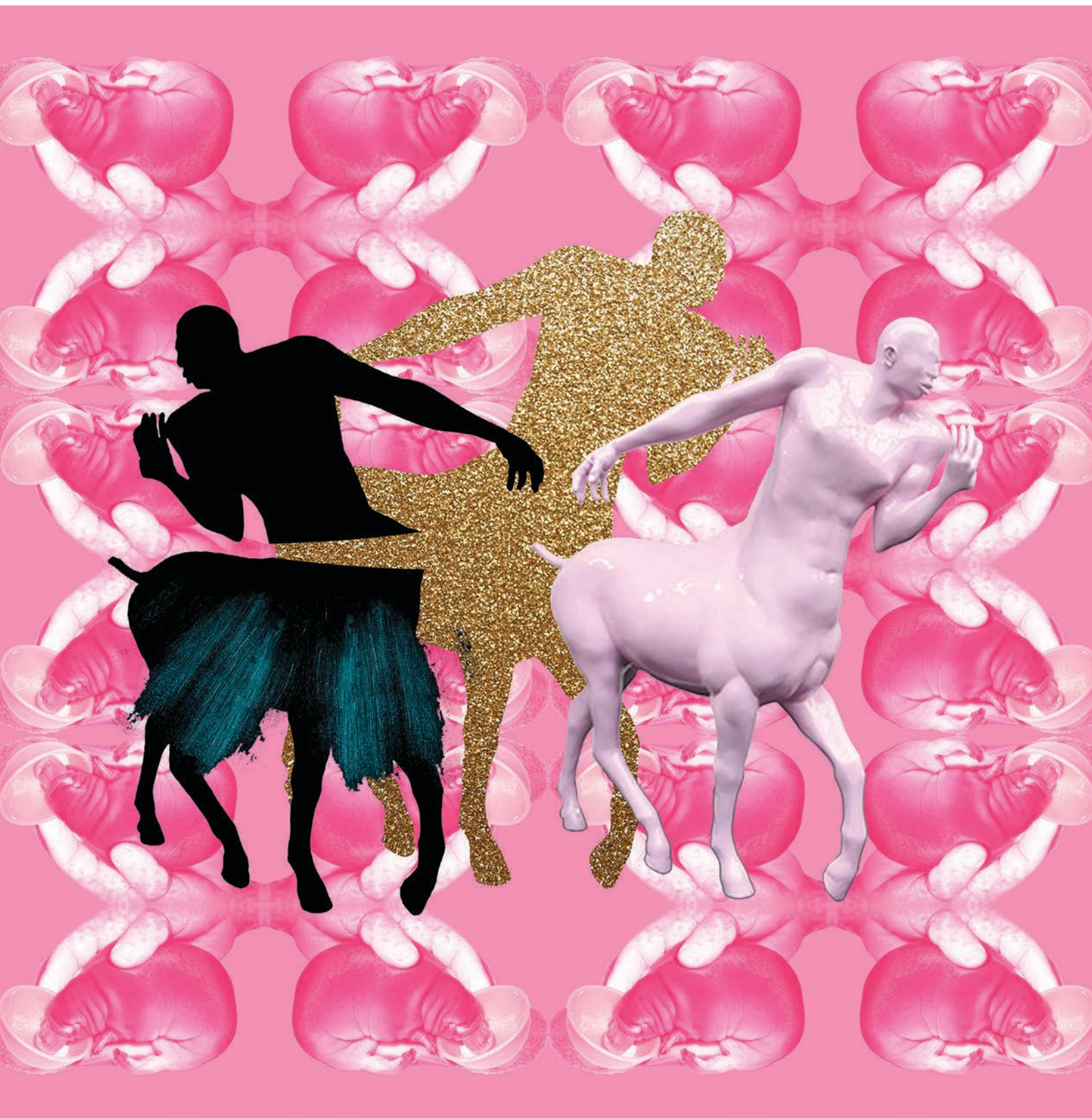
Unos años después, cuando estaba desesperada y quería terminar con mi vida, llamé al mago de Robbie. En ese entonces vivía en un cuarto rentado en Van Nuys, tomaba el autobús a Tijuana cada mes para comprar hormonas especiales que un doctor dijo que podrían balancearme un poco. No estaban funcionando. Cuando hablé con el mago por teléfono, le expliqué mi situación. Lloré.

Le dije: —En un buen día, cualquier cosita es encantadora. Todo es un milagro. No hay ningún vacío. No hay necesidad de perdón, de escapar o de medicinas. Tan sólo escucho el viento en los árboles y a mis demonios tramando sus sagrados planes; cómo fusionan todos los pedazos en una sola placa de hielo. Me he dado cuenta de que es debajo de ese hielo que puedo sentir que tan sólo soy otra persona normal. Es en lo oscuro y frío donde estoy en “paz”.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el mago.

Así que me mudé aquí a Vacaville para estar con él. Es bueno tener a alguien a quien hablarle en la noche cuando las voces de mi cabeza están hablando demasiado fuerte y no hay medicamento que pueda calmarlas. Al mago no le importa mi hinchazón. Frente a mis ojos, él florece como un árbol; un hombre de 75 años a quien mi dolor y tristeza han revitalizado. Verlo prosperar me hace sentir bien. *OTTESSA MOSHFEGH*





# EL FILO DE LOS CABALLOS

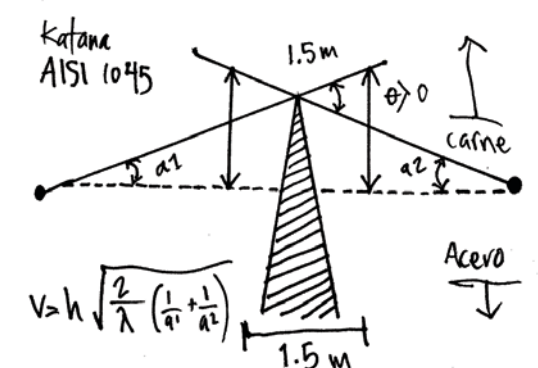
POR FRANCO FÉLIX  
ILUSTRACIÓN POR JÉRICA LÓPEZ

La rodilla está abierta y sangra invisiblemente. Su herida permite al hueso desgastarse contra el suelo hecho de hormigón. Alrededor de la llaga, una costra se satura con tierra y pelusilla, el polvo que entra por las ranuras de la habitación oculta la carne viva. Hay una espada clavada al suelo que funciona como soporte al cuerpo que la empuña. Es una chica vestida con kimono azul marino. En la negrura del cuarto, el filo oscilante amenaza con partirla en dos si llega a quedarse dormida. Resiste la pesadez de sus párpados. No perderá la cabeza. Nadie la rebanará, ni ella misma.

Se abre la puerta. Alguien entra en cuatro patas. Se cierra la puerta. Es el hombre que vigila. Un centauro que lleva el torso desnudo y se acerca a la mujer hincada. Frente a ella hay un montículo de polvo blanco.

—Hola, autómata. ¿Quién eres?  
—Me llamo S. Mi padre es Tanaka Hisashige, el Thomas Edison de Japón, él me construyó en el crepúsculo del Edo, junto a mis hermanas, las muñecas karakuri del Shogun. Deposita una moneda. ¿Eres un caballo?  
—Sí. Más o menos. ¿Cuánto llevas aquí?  
—No lo sé. Muchos años. Me trajeron desde Tokio, como un presente para el nuevo presidente de Toshiba en América. Deposita una moneda.

El vigilante anota en su libreta. Confirma el borde de la katana. Su filo es mortífero. Escribe: Arista derecha e izquierda, acero al carbón AISI 1045, 1.5 milímetros. Luego, dibuja un diagrama del filo de la espada de S.



El vigilante cierra su cuaderno. Lo coloca en el suelo. Levanta la pata derecha del par que tiene al frente y de la pezuña extrae una moneda. La lleva a su boca y lame uno de sus lados, luego se agacha y mete el dinero en una ranura junto a S que, imperturbable y con los ojos abiertos, sigue cada uno de los movimientos del centauro. El vigilante flexiona sus cuatro piernas y reposa en el piso. Su parte equina está echada y duerme. Mientras, la otra fracción de su anatomía, la humana, cruza los brazos y cada mano toma los hombros contrarios. Cierra los ojos.

La moneda, al ser detectada por el sensor, activa el dispositivo. Arranca, pausada y lentamente, un sistema de engranajes que emiten sonidos metálicos desde el fondo de S que, ahora, al percibir el movimiento y las articulaciones del fierro en su anatomía evoluciona su gesto en distintas etapas: primero parece feliz, luego sorprendido y al final malicioso. La tensa comisura izquierda de sus labios ofrece una idea



malintencionada. Su mirada es confusa, profunda y tenebrosa. Se pone de pie, despacio, apoyada en la katana. El mecanismo hace ruidos ambiguos, ruinosos, como si en el interior las tuercas se escapan de su posición original y los resortes salieran disparados por el esfuerzo maquinal de la autómatas.

Al levantarse, la rodilla abandona pedazos de carne en el suelo. El hoyo que deja la lesión deja ver la rótula de color dorado. La sangre se escurre por toda la pierna y alcanza el piso. Caen también coágulos sobre el charco rojo. Levanta su espada en el aire y habla:

—Abre la boca. O el hocico. Eres un animal. Te pareces a uno. Un mamífero atado que se resiste a morir de hambre. Llevas un collar fabricado con dientes. Seguro son tus propios dientes. No te das cuenta de lo repulsivo que eres.

—Lo sé —responde el centauro sin abrir los ojos.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Tienen nombre los de tu especie?

—Soy Agk' Ramen Nut y amo tu espada.

—Así que puedes articular—. Al decir esto, sus engranes reproducen un eco que acompaña sus palabras: Tac, tac, tac, tac. —Ahora te reconozco. Tengo un mensaje para ti: El filo de los caballos se puede medir. Es la parte más remota de la velocidad. La línea invisible que recorta el movimiento y lo aparta del mundo paralizado. El filo de los caballos, dicen los filósofos del hueso, es el delgado perímetro que organiza el pútrido mundo de los vivos y lo independiza de la maravillosa violencia de los muertos.

—Tac, tac, tac, tac —la imita.

—No estoy de rodillas aquí, en esta habitación, pensaba hace unos minutos, sino en el lomo dorado de un potro que arde como una fogata contra el viento, indecisa y atormentada por la relatividad del tiempo. No es, tampoco, gangrena esto que escala sobre el fémur, sino un chimpancé. Un primate alienado, desnaturalizado, convertido a los homínidos. Ah, el significado de la fantasía. Ahora estoy de pie.

Una vez y otra: Tac, tac, tac, tac.

—Eso así. El sueño se repetía. Las patas de mi corcel se iban desintegrando contra la carretera. Tac, tac, tac, tac. Imito su travesía con mi dentadura virtual. Ya no soy una princesa. La silla de montar robó mi virginidad.

—Tac, tac, tac, tac. Está bien que te concentres, señora mía, en el camino, en tu misión. Honestamente, simpatizo con los humanos por ese comportamiento heroico. Soy como un [23rq35252] y en tu pierna viviré por siempre si tú me lo pides. Me llamas chimpancé y estoy dispuesto a venerar tu fémur. Quiero abandonarme. No me soltaré nunca. Moriré aquí,

formaré parte de tu miembro. En el futuro, cuando los hombres del otro milenio te encuentren bajo esta pirámide notarán el bulto de tu pierna derecha. Primero pensarán que habré sido un tumor y luego, cuando amputen el quiste, se encontrarán con mi esqueleto asido a tus huesos. Y sabrán mi historia.

—Tengo un sentimiento para ti también. Un afecto al que llamaré Agk' Ramen Nut. Vamos, aférrate, no te sueltes. La parte del caballo puede soportarnos a los dos. Mi mano se desliza suavemente sobre la cicatriz que tengo en la frente. Una cicatriz como una boca que se ríe. Una cicatriz que saca la lengua como una ostra. Una vagina.

—Tac, tac, tac, tac.

—¿Has visto esa fotografía de un bebé diminuto que se aferra a la punta de un dedo? No es un bebé y tampoco es un dedo. Es una máquina que obliga a un ornitorrinco a beber leche sobre un platito del cereal. Es triste y amargo y absurdo y sádico y mercadológico. Es la vida, Agk. Sin más.

—Estoy listo, autómatas. Tac, tac, tac, tac.

—Me llamo S. Mi padre es Tanaka Hisashige. Viniste a mí para esto. Y te entrego el sonido del vacío. No eres el primer esqueleto. Te obsequio la gloria de su invención.

S se inclina y recoge la libreta. Observa el diagrama, lo estudia. Vuelve a dejarlo en su lugar. Verifica el cuerpo de Agk' Ramen Nut y calcula. Echa atrás las espada y rota el tronco. Dentro, un alambre delgado emite un pequeño sonido que se agudiza conforme la autómatas estira sus brazos. Es la tensión del resorte central. Extiende y todo su cuerpo mecánico se dilata. Suelta. La katana revienta la carne y los huesos del centauro. Lo parte en dos. Separa el animal del hombre con un corte muy fino y preciso. La parte de arriba cae lentamente hacia uno de sus lados y luego se produce una cascada de sangre. Las patas del caballo intentan reaccionar, alzarse, pero no hay comando motriz y tiemblan sólo unos segundos más. Los nervios del torso también hacen lo suyo, Agk' Ramen Nut vibra un momento y luego se apaga.

La autómatas se incorpora. Clava la espada en el suelo y vuelve a colocar la rodilla en la marca hecha de sangre seca que coincide con su herida. Sujeta con fuerza la empuñadura y se resigna al futuro, su programa: contemplar la lenta putrefacción del cuerpo delante de ella. Ser testigo de los gusanos que devorarán toda la piel, la carne, los músculos, la grasa. Y cuando las larvas estén satisfechas y mueran y se incorporen las distintas masas en un montículo de polvo blancuzco: habrá de asirse con más firmeza para no quedarse dormida. Alguien debe estar despierto para siempre. *VF*

# tonalá

proviene del vocablo náhuatl  
tonallan que significa:  
el lugar por  
donde el sol sale

cine tonalá | méxico  
roma sur, méxico d.f.

cine tonalá | colombia  
la merced, bogotá

próximamente: centro histórico, d.f & tijuana

www.cinetonala.com





# INVERNADA

POR THESSALY LA FORCE

FOTOS POR KEVIN ZUCKER

En el museo las dos se pararon frente a la obra de arte. Era una alberca negra y rectangular llena de agua congelada. Largos tubos de hule se expandían en el suelo y llenaban la instalación con aire frío. Emitían un silbido, como el sonido de un colchón de aire siendo desinflado. Cynthia le pidió a Flora que viera si había alguna serpiente. Les tenía fobia. Ni siquiera podía decir la palabra. Les llamaba *eses*.

—Anoche soñé algo —dijo Cynthia—. Desperté gritando. —¿Te dan miedo los penes, verdad? ¿Eso es lo que significa? —preguntó Flora.

—No lo sé. Cuando andábamos, George hacía un sonido, como sssss, y revisaba bajo la cama por mí. Esta vez me desperté yo sola. En el sueño, todo estaba en mi contra. Alguien me había dado un regalo, pero la caja estaba abierta. Y yo decía: “¿Dónde está? ¿Dónde está el regalo?”, mi mamá me decía: “Aquí”. La tenía enroscada; su cola salía de la manga de mi abrigo y mi mamá empezó a sacarla de allí.

—Qué miedo. Pasaron por un tanque lleno de agua salada donde una roca estaba suspendida: una mitad dentro, la otra mitad afuera, como si estuviera flotando. Había tubos de neón que colgaban encima. Cynthia iría a Suiza en dos semanas para escribir un artículo sobre el artista. —Esto está padre —dijo—. Me gusta.

—No sé qué significa. —Yo tampoco. —Pero nos gusta. —Nos gusta.

El teléfono de Flora sonó. Era el actor. —Dice que lo veamos en Los Feliz,<sup>1</sup> —dijo mientras leía el mensaje—. En su casa. Quiere que llevemos papas fritas congeladas. ¿Hay alguna tienda de camino?

—Sí, Gelson’s. —Cynthia veía otra pintura—. Ésta también me gusta.

—¿Terminamos? Ya me aburrí. —Terminamos. —Cynthia revisó su reflejo en el vidrio de la pintura—. Va a haber un chingo de tráfico. —Se acercó a los tubos de hule negro de la instalación—. Esto —dijo, señalando hacia abajo—, no me gusta.

\*\*\*

Cynthia fue a Los Ángeles para pasar el invierno. Estaba trabajando en un guión del que nunca hablaba. Supuestamente estaba escribiéndolo. Aún tenía cosas que hacer para la revista. Precisamente acababa de regresar de una cabaña en las montañas, propiedad de un escritor famoso. Éste tenía un programa

en HBO y ahora estaba trabajando en dos películas. No tenía tiempo para quedarse allí, por lo que se la prestaba a sus amigos y a amigos de sus amigos. A otros escritores. No tenía internet, dijo Cynthia. Y no hubo agua dos noches seguidas. Ella no se había dado cuenta de que necesitaba un vehículo todoterreno y tenía miedo de manejar en la terracería de noche hasta la tienda más cercana, a 32 kilómetros, para comprar garrafones de agua de manantial ultrapurificada. Tenía que ir a la biblioteca pública para llamar por teléfono. Que es lo que hacía todas las tardes.

—Estoy harta de lo que hago —decía una y otra vez, tanto a Flora como a sí misma y a quien quisiera escuchar—. Soy periodista. ¿Quién quiere ser periodista hoy en día? ¿Quién lee revistas hoy en día?

A Flora le gustaba leerlas. Las leía en el consultorio del dentista y las leía en el metro. Acababa de ir al dentista para hacerse una limpieza dental. Ya habían pasado dos años. —¿Están muy mal? —le preguntó al doctor—. Dígame la verdad. —El dentista hizo una mueca—. No es bonito. No como tú. —¿Acaso le estaba coqueteando? Flora no sabía. Nunca antes creyó que fuera así, pero ahora era muy buena para saberlo. Eso fue algo que obtuvo después del divorcio. En una de las peleas con su esposo, su ahora ex esposo (llamarle así era difícil y se preguntaba si esto era algo que debería contarle a su psicólogo), él dijo: “¿Qué no ves? Estoy harto de estar en segundo plano”.

El psicólogo de Flora había trabajado con ella durante años. Cuando tenía días malos, Flora estaba convencida de que su psicólogo tenía la misión de lograr que se divorciara. Lo acusaba de eso cuando estaba enojada. Y luego ambos analizaban qué era lo que le molestaba realmente. Ella también cuestionaba la masculinidad del sicólogo cuando se enojaba con él, decía que era gay. Cosa que él ni aceptaba ni negaba. Era algo tonto, ella lo sabía. Él no era gay. Y fue ella quien pidió el divorcio.

Flora conoció a su esposo cuando era joven y se casaron muy pronto. Dos grandes familias, mucho dinero, poco buen gusto. En realidad, ella nunca había trabajado. En toda su vida, nunca había pagado renta. Hace apenas tres semanas estaba en Nueva York. —Hacía mucho frío. No lo entiendes —dijo. Flora ahora estaba en una casa alquilada en West Hollywood, quizá demasiado cara para lo que era, pero ella no tenía forma de saberlo.

Esto había sido un problema en su amistad con Cynthia. Cynthia estaba harta de ser pobre, de hacer lo que le gustaba a cambio de poco dinero. Pero en realidad Flora nunca supo qué era lo que quería. Pensaba que era el matrimonio. Tenía un blog de comida. Posteaba recetas. Instagrameaba lo que cocinaba. Tenía medio centenar seguidores. Siempre posteaba selfies, usaba hashtags: #comida, #hechaencasa, #alicewaters, #organico. Ahora ya nunca cocinaba. Cuando estaba sola compraba comida congelada del supermercado.

A mitad de su larga amistad, Cynthia y Flora no se hablaron durante casi dos años. —No te aguantaba —le explicó



1 Los Feliz es un vecindario de gente rica en Los Ángeles que colinda con Hollywood. [N. de la T.]

Fotos de Los Ángeles en 1995 por Kevin Zucker.



Cynthia por teléfono. Ella estaba en Shanghái haciendo un artículo sobre un arquitecto. Tenía el don de la imitación y podía remedar a Flora. Decía: “Yemas firmes, no duras”. Su voz ululaba a través de la conexión de Skype. —Esas madres del blog de comida. Me cagaban. Sólo querías hablar de moras cultivadas artesanalmente. Y la cosa es que en verdad eres inteligente. —El divorcio las había reunido.

Y ahora Flora salía con un actor. En las colinas de Los Feliz. Él era famoso, muy famoso, de hecho. Pero cuando lo conoció, ella no había visto ninguna de sus películas. En serio. Quizá eso fue lo que le atrajo a él. Ella sabía que era atractiva por todas las razones que le gustarían a un hombre sin ganas de compromiso y con demasiadas opciones. A él le intrigaba su relación con el dinero. Que no se pintara el cabello de rubio. Ella no quería que le comprara nada. Ya había superado las joyas. La ropa. A él le gustaban sus pechos pequeños. Los lunares de su espalda. Que prefiriera usar una cuchara para las toronjas. Ella no le contó sobre el blog de comida. O del divorcio. Un amigo los había presentado en noviembre, cuando él estaba filmando una película en Nueva York. Él pensó que Flora estaba aquí en Los Ángeles por él.

\*\*\*

Cynthia manejó. —Mierda. Me equivoqué de salida y ahora no puedo regresar —dijo. Aún no conocía bien la ciudad y manejaba con una mano en el volante y otra en el iPhone.

—¿Quieres que yo lo vea? —siempre preguntaba Flora y Cynthia siempre decía que no.

—No, está bien.

—Siento que es un juego de poder —dijo Flora—. Las papas fritas.

—No lo es; sólo quiere papas.

—Tengo una sensación.

—Digo, bueno. Si es un juego de poder, ¿entonces cuál es el juego?

—Sólo como, obligarme a hacer algo.

—Eso se llama andar con alguien.

—Ni siquiera creo que andemos. Yo voy a su casa. Salimos. Dormimos juntos.

—Pero ni siquiera quieres... ni siquiera quieres eso: su vida. Si te invitara a una alfombra roja, ¿irías?



\*\*\*

El actor vivía en una casa moderna. El sol se alzaba a la izquierda y se ponía a la derecha. El lugar era grande, pero no tanto. Había tres recámaras arriba, la oficina en el piso de abajo, tres baños. Había alberca y jacuzzi. Él había plantado un árbol de aguacate y un día Flora encontró una fruta colgando de una de sus ramas, aún verde, con piel rugosa y dura. Él le pedía a Flora que se mudara allí todas las noches que se quedaba. —Sólo mientras estés aquí —decía. Pero ella no le veía sentido. No estaban enamorados y lo poco que tenía ya estaba en la casa de West Hollywood. Es por esto que estaba convencida de que las papas fritas eran un juego de poder.

Mientras se estacionaban, él la llamó.

—¿Qué? —dijo.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Estamos aquí. Nos acabamos de estacionar.

—¿Nos?

—Cynthia y yo. ¿Te acuerdas? La conoces.

—Oh, claro. —Nunca se acordaba—. Te iba a pedir que trajeras cátsup. No tengo.

—Tendríamos que regresar.

—Sí... No importa. Si ya estás aquí...

—¿Quieres la cátsup?

—No, está bien.

Ella y Cynthia salieron del coche y caminaron hacia la casa. Siguieron hablando.

—Todavía puedo ir. —Tocó el timbre. Lo escuchó del otro lado del teléfono.

Él le abrió la puerta con un botón. La gran puerta se abrió sin que la tocara.

—No lo sé.

—No irías. Apenas estás viendo qué onda contigo.

—La otra noche me pidió que le dijera cosas sucias —dijo Flora. Bajó la visera y veía su rostro en el espejo—. Estoy bien fea— dijo.

Cynthia se rió. —¿Qué le dijiste?

—Siempre digo lo mismo. Muy genérico. Ya sabes: “Oh, extrañaba tu verga tan dura. Estoy muy mojada”.

—Los hombres son un juego para ti. Siempre han sido un juego para ti —dijo Cynthia—. Algún día conocerás a alguien y te enamorarás y quién sabe quién sea, pero ni siquiera tú sabrás.

—Chinga a tu madre.

—Es cierto y lo sabes.

—¿Y tú qué?

Cynthia había dejado de salir con personas después de su última ruptura. Dijo que era porque viajaba demasiado. El trabajo era primero. Tenía 36. Pero después de terminar cada encargo llamaba a Flora y lloraba. “Estoy sola. Estoy harta de estar sola. Y quiero un bebé”, decía.

Cynthia ignoró la pregunta. Con un giro a la izquierda, el coche se deslizó hacia el Bulevar Sunset. Una de sus manos sostenía el iPhone, la otra se deslizaba por el volante: —Dios, cómo amo el Sunset. Siento que de verdad estoy en Los Ángeles.

—No —dijo— ven. —Caminaron el uno hacia el otro, ambos sosteniendo el teléfono. Flora escuchó el ruido de la interferencia. Él la besó—. Hola, Cynthia.

—Hola —respondió Cynthia.

Entraron a la cocina. La casa había sido decorada por alguien más. Puro modernismo danés. Poco a poco él la había llenado con sus cosas. Algunos libros, aunque en realidad no leía. Fotos. Había una foto con una chica. No tomaba fotos de Flora. A ella no le importaba. Ella prefería que cuando terminara esto no quedara ningún rastro de ella.

—Estoy poniendo la carne —dijo.

—¿Va a venir alguien más? —preguntó Flora, no en un tono controlador. Después de haber estado casada durante tanto tiempo, dentro de la casa fácilmente caía en el papel de esposa. Ella sospechaba que a él también le gustaba eso, así como le gustaba que le correspondiera en mantener la distancia emocional: eran como dos personas corriendo juntas, pero sin tocarse.

—Tal vez venga Rob un rato —dijo, refiriéndose a su manager. Rob era muy efusivo, un tipo afable a quien no le importaba usar la fama del actor para obtener lo que quería. Pero era bueno en su trabajo y, lo más importante: encajaba en la jerarquía. Había un grupo de hombres que se reían de las bromas del actor, que lo dejaban tomarse la última copa de vino al final de la noche.

Se sentaron cerca de la alberca mientras él asaba carne para hamburguesas. Hizo dos para sí mismo y una para cada uno. Le contó a Flora que comía normal cuando no estaba trabajando, lo que quisiera, y luego, cuando se preparaba para una película, lo dejaba por completo (puro salmón horneado, col, verduras y proteína magra) y se ejercitaba “como maniático”. Así dijo. Pero ella no sabía qué era lo maniático de sus entrenamientos. Para entonces ella ya había visto todas sus películas. Las vieron juntos, aunque a ella se le hizo raro que a él no le molestara verse a sí mismo en la pantalla estando con ella. En una la hacía de soldado. Ella pensó que se veía hinchado, sus brazos, sus piernas, sus pectorales, como si hubieran sido inflados con aire, como un globo humano. Perdió peso para otro papel de narcotraficante y ella se dio cuenta de que flaco le gustaba más. —Probablemente no sea bueno para tus riñones —le dijo. Ella no lo sabía, no tenía idea, pero lo suponía—. Ya sé, pero no hay de otra —contestó. Quiso decirle que tal vez debería aceptar sólo algunos papeles. Pero era su carrera, no de ella.

Rob llegó un poco más tarde; había ido a una proyección con una muchacha. Eso es lo que la mamá de Flora habría dicho. Una muchacha. Ella era la asistente de otro publicista. Estaba encantada de conocer al actor. Pero se tranquilizó y se portó muy normal. *Qué miedo*, pensó Flora. La chica entendió que nadie, en especial el actor, estaba interesado en lo que pudiera decir. Era claro que no le gustaba Rob, pero se lo cogería durante una respetable cantidad de tiempo. Después, cuando Rob preguntó si alguien quería meterse al jacuzzi, la chica fue la primera voluntaria. —Pero no tengo traje de baño —añadió. Como estaba Flora, fingió ser modesta y reservada.

—Tengo uno que te puedo prestar —dijo Flora. No tenía problema alguno: ¿por qué no dejar que la niña se viera hermosa,



que fuera con sus amigos y les contara que estuvo en la casa del actor en Los Feliz? Flora usó su top deportivo y panties mientras que la niña usó su traje de marca. Se le veía bien. Si estuviera un poco más loca, habría obligado a la niña a que se lo quedara. Rob y el actor discutieron su carrera; Flora se había dado por vencida: no reconocía todos los nombres y de todos modos eso era más bien una especie de cortesía. Ella y la niña se sentaron y escucharon, las burbujas golpeaban sus espaldas. Cynthia se sentó en la silla de jardín arriba de ellas, completamente vestida.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó la joven a Flora cuando era hora de romper el silencio.

—No hago mucho.

—Está teniendo una etapa del tipo “Comer, rezar, amar...” —interrumpió Cynthia.

—Oh, me encanta —dijo la chica—. Bien, qué bueno por ti—. Ella estaba a décadas de tener una etapa similar, pero proyectaba empatía.

—Sí— dijo Flora.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó la joven a Cynthia.

—Soy periodista.

—También está escribiendo un guión —añadió Flora.

—Wow, qué increíble... ¿de qué se trata? —preguntó la chica.

El actor y Rob habían dejado de hablar.

—Diles —dijo Flora.

Cynthia hizo una pausa. —Es una especie de comedia romántica.

—Amo las comedias románticas —dijo la joven.

—Yo también —dijo Rob. Todos rieron.

—Continúa —interrumpió Flora—. Cuéntales de qué se trata.

Los ojos de Cynthia rafaguearon hacia Flora. —Chinga a tu madre —dijo. El actor se paralizó. No le gustaban las confrontaciones.

Cynthia se levantó. —Perdón —dijo tranquilamente—. No los conozco a todos—. Vio a Flora. —Pero a ti sí—. Hizo su imitación de Flora. —No me importa —dijo y encogió los hombros como lo hace Flora, quien fue la única que entendió: siempre lo hacía cuando estaba perdida. Cynthia lo hizo como si no le importara que fuera una excusa. Los demás estaban confundidos. Cynthia se detuvo. Su cuerpo retomó su postura natural. —¿Por qué no dejas de quedarte allí sentada sin hacer nada, viéndonos a todos mientras nosotros sí intentamos saber qué queremos de la vida? Podrías descubrir que quizá eso te hace feliz. O algo. Lo que sea. Lo que sea—. Sacudió la cabeza. —Sí, así que tan sólo soy otra idiota en Los Ángeles con un guión.

—Ay, perdón —dijo Flora—. No fue mi intención.

—Ése es el punto —dijo Cynthia—. Nunca tienes la intención de hacer nada de lo que haces—. Se alejó como para irse. El ruido de un helicóptero volando encima de ellos resonaba, siempre volaban tan bajo, y Cynthia frotó sus palmas contra los muslos. Dio algunos pasos alrededor de la alberca. Un dinosaurio de plástico flotaba panza arriba. Ella había dejado los zapatos en el borde de la alberca y levantó el pie derecho para ponerse uno y luego hizo lo mismo con el izquierdo. A la distancia, una alarma de humo se disparó dentro de la casa.

—Ah, claro —dijo Cynthia—. Tus papas fritas—. Estaba viendo al actor; sus ojos brillaban de enojo, aunque su cara se mantenía sin expresión, como de piedra. —Bueno, seguramente ya se quemaron. Pero gracias, gracias por la hamburguesa—. Se fue.

Flora sabía que no debía seguirla. Esperó un minuto antes de salir del jacuzzi para sacar las papas del horno y aligerar el humo con una agarradera de tela. Las papas estaban chamuscadas; había serpenteantes líneas en la sartén, como si fueran *eses*, pensó y luego las tiró a la basura.

\*\*\*

A la mañana siguiente el actor tenía varias juntas por toda la ciudad y se salió temprano. Ella tenía la casa para ella sola hasta que Magdalena, la mujer del aseo, se apareciera. Flora decidió esperar, pues Magda le caía bien. Era claro que a Magda sólo le interesaba conservar su trabajo, era un buen empleo y seguramente el actor le pagaba mucho; además no ponía mucha atención a lo que el actor hacía de su vida. Flora sentía que no era la mujer más loca que hubiera entrado a la casa. Por lo que fuera que estuviera pasando en este momento (como sea que le digas a esa extraña y fluctuante época en la que el dinero se le resbalaba de los dedos como arena, cuando el miércoles era igual al sábado), Magda ya lo había visto antes, con algunas variantes. Flora estaba en la cama, no dormida, pero tampoco despierta del todo. El horizonte de Los Ángeles brillaba en la terraza del cuarto; el cielo tenía algunas estelas. De verdad que ahí todo era muy bonito. Le gustaba mandarle mensajes a Cynthia que dijeran: “¿Te cuento un chiste?” Y Cynthia siempre contestaría: “Sí”. Entonces le enviaría una captura de pantalla del pronóstico del tiempo en Nueva York. Cynthia siempre le contestaba: “Ja, ja”.

Escuchó a Magda entrar. Empezó en la cocina y después se movió por toda la casa, levantando las toallas de la alberca, la ropa sucia, las copas abandonadas, limpiando todo hasta que se viera como nuevo, poniendo todo de vuelta en la canasta, caja o clóset al que perteneciera. Al actor le gustaban las pantuflas; le gustaba robarlas del Hotel Bowery, donde pedía que lo hospedaran siempre que iba a Nueva York. Había un clóset lleno de pantuflas blancas con una *B* bordada en la parte superior. Flora había estado pensando que su nombre verdadero empezaba con *B*, y alguna vez, cuando le preguntó por qué no bordaba sus camisas también, él sonrió realmente sorprendido y le dijo que era muy tierna.

—Hola, Magda —dijo al entrar a la cocina usando sólo una bata.

—Hola, Flora —dijo Magda.

—Anoche asamos hamburguesas. Quizás tengas que limpiar el asador, por si no te lo dijo él.

—No me dijo nada. Gracias.

Flora tomó una toronja del frutero y la cortó con un afilado cuchillo en perfectas mitades sobre la tabla de madera cerca de la cafetera.

—¿Qué planea hacer hoy? —preguntó Magda.

—La verdad no sé. Tal vez descanse al lado de la alberca.





—Ah, sí, qué hermoso día para descansar al lado de la alberca—. Magda siempre estaba de acuerdo con lo que Flora decía. Si Flora decía que saltaría de un puente, a Magda le habría parecido muy buena idea. Flora tomó una cuchara del cajón y empezó a separar cada pedazo de la cáscara.

—O tal vez —dijo, poniendo a Magda a prueba—, tal vez vaya de compras.

—Ah, sí, ¿a poco no es súper divertido ir de compras? ¿Dónde está el Señor T?

Así era como Magda llamaba al actor. —Tiene un almuerzo y luego tiene que estar en Santa Mónica.

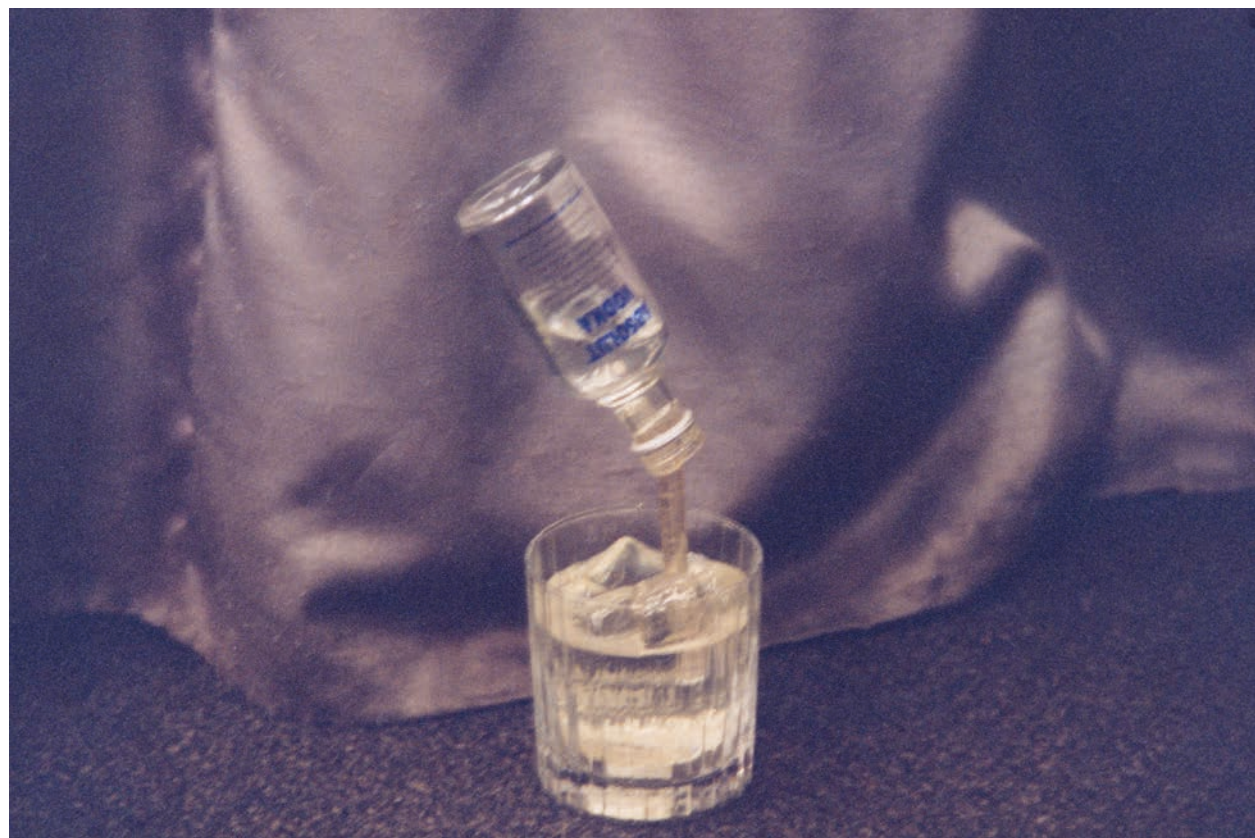
—Oh, qué bonito —dijo Magda—. Espero que no le toque mucho tráfico.

—Yo también.

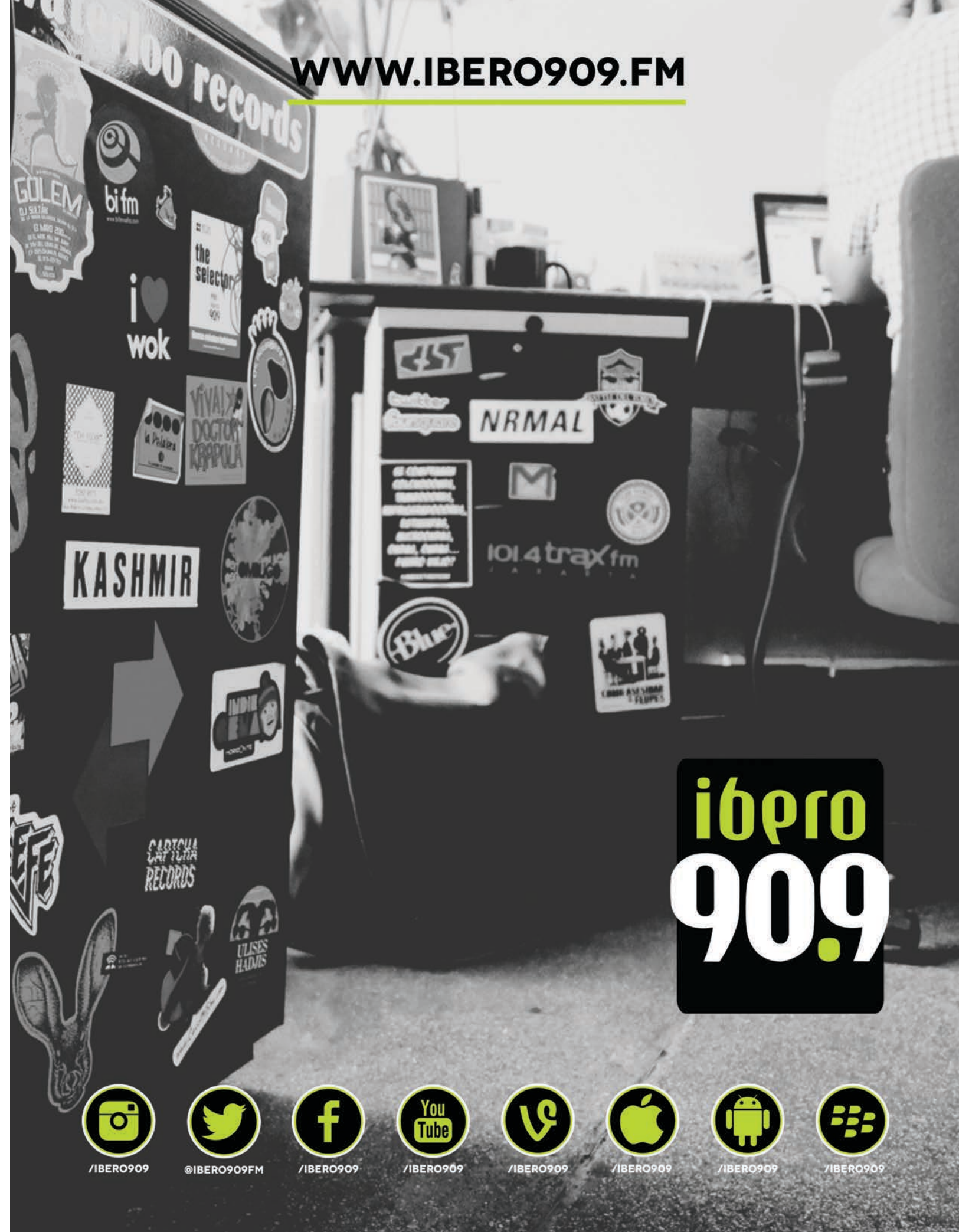
Magda limpió los gabinetes. El mármol estaba nuevo, sin una sola mancha. Todo en la casa era nuevo. *Tal vez le gusto porque yo no lo soy*, pensó. *Yo estoy vieja y rota*.

—¿Tú qué harías, Magda? —preguntó Flora—. Si tuvieras el día libre—. Pero Magda estaba pescando una bolsa de basura fresca de debajo del lavabo y no la escuchó.

Flora salió. De todos modos, Magda no le habría dicho. Las piedras del patio estaban muy calientes para las plantas de sus pies desnudos. Descansaría afuera toda la tarde. Sí, eso haría. Pasaría el día en la casa de un hombre que no amaba, pero eso no importaba. Quizá al día siguiente haría lo mismo. En algún punto llamaría a Cynthia para disculparse. Eventualmente regresaría, con la piel un poco besada por el sol, a Nueva York. Regresaría a su departamento vacío, a la derretida ciudad y pensaría en qué hacer con su vida. Probablemente Cynthia se mudaría a Los Ángeles. Escribirá su guión y lo venderá por un millón de dólares, o quizá no. Como fuera, Cynthia tenía razón. Ella nunca dijo que el matrimonio de Flora fuera un fracaso. Siempre decía: “Ahorita estás en un lugar muy bueno. Muy bueno”. Que era diferente a lo que los demás pensaban. Su luna de miel había sido perfecta. Fueron a Maldivas, donde el mar tenía el color más azul que había visto. Pero se aburría tanto que lanzó un arete de diamante al mar, incluso cuando sabía que no podría reemplazarlo. Había sido tan indiferente ante todo. Y cualquier cosa que valiera la pena, valía la pena hacerla mal. Eso era lo que sabía. *VICE*



WWW.IBERO909.FM



ibero  
90.9



/IBERO909



@IBERO909FM



/IBERO909



/IBERO909



/IBERO909



/IBERO909



/IBERO909



/IBERO909





# INTERRUPTOR

POR ANTONIO ORTUÑO

FOTO POR PAULINA FIGUEROA

Soy Veintitrés, dijo Veintitrés y el escáner de reconocimiento vocal la respaldó. Pulsé el botón apropiado, la compuerta del vehículo se deslizó y ella subió a bordo con el desayuno que insistió en pagar. Su actitud era mejor desde que la salvé de la asaltante de cajas automáticas. Aquello fue una infracción al Código porque la agente armada es Veintitrés y yo, que padezco la desventaja de ser varón, solamente un mediador. Mi trabajo es intervenir en los problemas entre ciudadanos y coordinar su resolución pacífica. Si fallo, Veintitrés puede utilizar el paralizador o, si lo considera validado por el Código y ante una emergencia, el pulverizador incluso. El interruptor de testosterona que llevo en la médula dificulta cualquier acción de supervivencia y no se diga de agresión pero, en cambio, potencia la capacidad para el diálogo. Ella, por su lado, tiene autorización para utilizar fuerza letal si lo considera prudente (curiosa frase, que une el asesinato con el buen juicio).

Comimos en silencio la ración de huevo con salchicha. La asaltante la había sorprendido un par de jornadas atrás. Era más joven de lo que el reporte dejaba adivinar (es difícil que un reporte ofrezca exactitud pues existen numerosas palabras prohibidas por el Código, por lo que, por ejemplo, no puede darse cabal cuenta del volumen corporal, el tono de piel o cabello o la edad aparente de una infractora) y mucho más ágil de lo que la coraza preventiva le permitía a mi compañera. Fingió rendirse cuando le cerramos el paso a su rueda personal, a un par de esquinas de distancia de su último golpe. Extendió las manos para ser apresada y, justo entonces, con una cabriola, despojó a Veintitrés del pulverizador y a punto estuvo de accionárselo contra la coraza. Pero los vehículos artillados se llaman así por una evidente razón. Pulsé el botón apropiado y la asaltante se convirtió en mermelada de vísceras. Un segundo tarde, para su mala fortuna, el interruptor de testosterona envió a mi sistema nervioso la descarga que me derrumbó.

Hasta ese día mi relación con Veintitrés había sido tan mala como suele ser la que une a cada agente con su mediador respectivo. Tenía que soportar comentarios hirientes sobre mi papel en los conflictos diarios y las humillantes miradas que dedicaba en las regaderas compartidas de la comisaría a mi anatomía amansada por el interruptor. Alguna vez, incluso, me pareció escuchar su voz en el comedor general, en mitad de una mesa repleta de agentes, quejándose de que le habían asignado al compañero menos hirsuto de todo el sector. Me lastimó.



Todo había cambiado luego de que mi disparo desde el vehículo artillado eliminara de la bitácora y del mundo material su error de protocolo (ser tomada por sorpresa por una agresora era una falta disciplinaria grave que, en caso de supervivencia, se castigaba con pérdida de derechos y baja de notas anuales) y borrara, de paso, a la única testigo. Aunque no hubo un agradecimiento formal (Veintitrés, sudorosa, sin expresión bajo el visor digital, se encaramó en su sitial, revisó mi interruptor, se dio cuenta que tenía un cable flojo, lo ajustó y, satisfecha, puso en marcha el artillado antes de que pudiera yo accionar mi botón de aseguramiento, por lo que reboté contra el tablero informativo y me golpeé la cabeza), su trato hacia mí se dulcificó en jornadas subsecuentes.

No sólo comenzó a cederme el paso en la comandancia, sino que me arregló la puerta del armario en que guardaba cada noche mi uniforme y que solía trabarse. Aquel desayuno, pues, podía considerarse un nuevo paso en el reconocimiento de Veintitrés de que, incluso manso como era, yo la había salvado. Me pareció satisfactorio aunque procuré hacerme el difícil. Demasiadas historias había escuchado sobre mediadores dominados y usados como juguetes por su compañera como para confiar.

El resto del día transcurrió sin reportes de consideración. Como siempre, alguna anciana neurótica consignó a un hipotético varón sin interruptor suelto en los parques cercanos a su propiedad y, como siempre, resultó ser un perro escapado de un jardín. No hay en la ciudad, hasta donde sé, un solo varón remiso. Los hay en el mundo, sí, pero lejos, al otro lado del desierto, en poblados de casuchas gobernados por fanáticos. Pero en esta ciudad rige el Código y cada varón lleva su pertinente interruptor. Gracias a ello la violencia se ha mantenido en niveles aceptables durante decenios.

Estaba de frente al chorro tibio y constante de la ducha cuando sentí las manos de Veintitrés en mi torso y mi trasero. No las esperaba. Ella previó mi reacción y me tapó la boca antes de que consiguiera emitir un grito. La mayoría de las vigilantes del cuartel se hacen las sordas cuando un mediador es tomado por su agente, según había oído, pero quizá un buen grito habría conseguido alertarlas inocultablemente de mi situación. Veintitrés era una mujer muy fuerte y estéticamente admirable: labios pequeños, nariz menuda, ojos de color miel, melenita y piel cubierta por un finísimo vello que sentí tallarse contra mi espalda. A ver si eres tan manso, gruñó en mi oído. Me sentía ahogar con el agua golpeándome y escurriendo y mi boca y nariz cubiertas por su mano. Pensé en refugiarme en el desmayo. Ya me ocuparía después de cubrirme los moretones y rasguños y de remediar las predecibles lastimaduras.

Veintitrés tenía otra idea. Acariciándome la base del cuello con suavidad, desconectó el interruptor de mi médula. Aquello no era sencillo: había que conocer el mecanismo para conseguir que el microcable perdiera contacto con la base sin desprenderse. Fui empujado hacia el muro de la regadera. El agua, sentí, había subido de temperatura. El vapor comenzó a envolvernos. No eres tan dócil, rió Veintitrés, deslizand su mano con violencia por mi vientre. Querías esto, verdad, me aseguró. Mis rodillas, eventualmente, dejaron de temblar.

\*\*\*

Regresé a la comisaría por la madrugada y la encontré al pie del vehículo artillado. Desencajada, con el visor digital en las rodillas, Veintitrés observaba los reportes que se acumulaban en la pantalla de su comunicador. Sus pupilas se agigantaron cuando me vio. Aplasté los putos bichos. Pobres bestias truncas. Los aplasté. Eso le dije.

Le tendí el pulverizador. Lo recuperó con mano incierta y lo introdujo en su funda. Eso le devolvió el valor. Se puso de pie, enfrentándome. Me envolvió como para abrazarme. Lo que hizo fue devolver a su lugar el cable del interruptor. No sentí nada: la oleada había pasado. Veintitrés me golpeó el rostro cinco o seis veces. Luego me disparó. Caí. El paralizador detiene las funciones motrices pero no suspende la conciencia. Sentí que me retiraba la coraza y el visor digital de repuesto (suyos, claro) y borraba la memoria de ambas piezas. Entonces, con severidad, se encargó de pulverizarme los dedos de la mano izquierda.

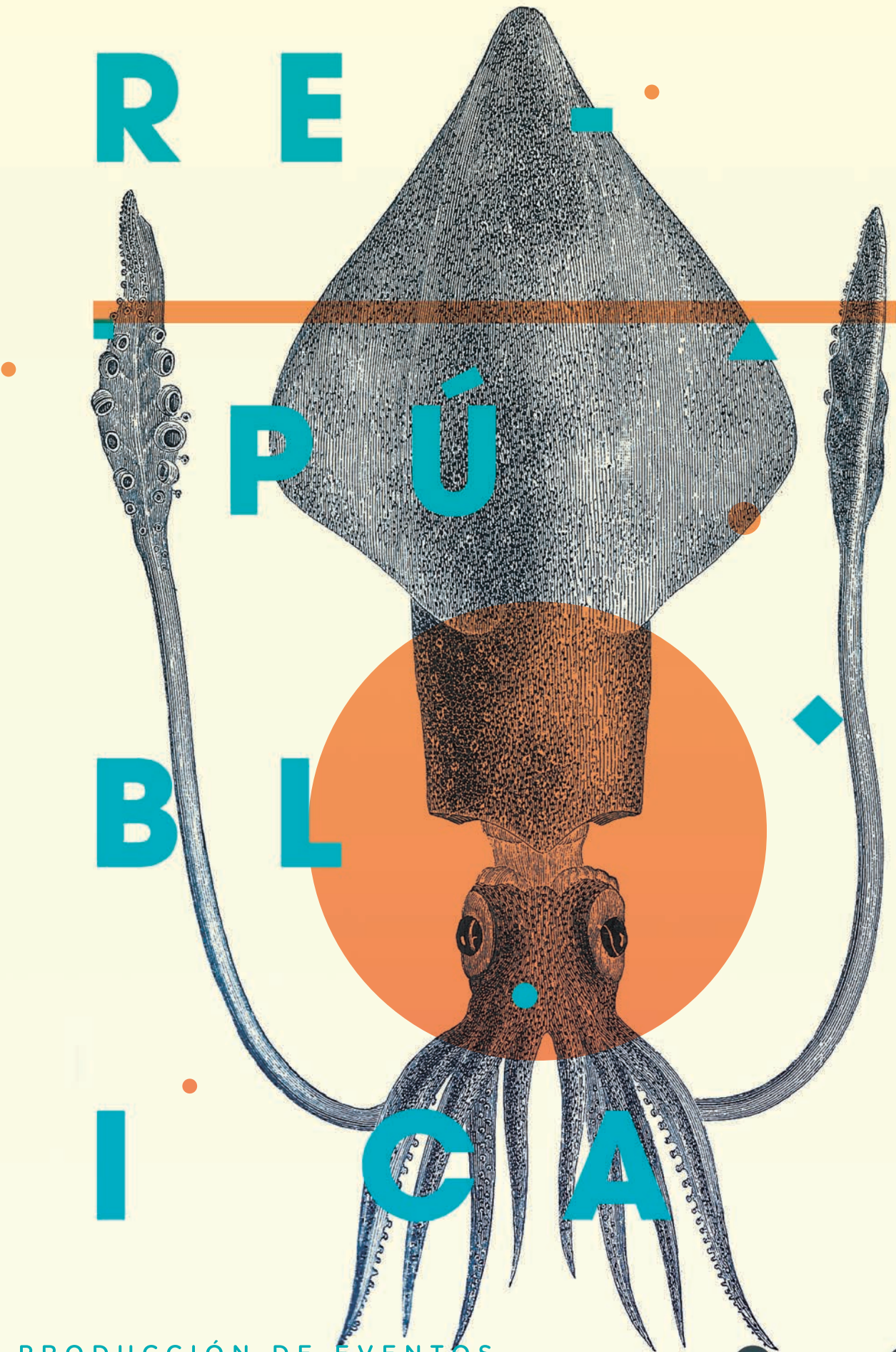
¡Mi mediador llegó herido! Eso le bramó, mentirosa, a la pantalla del comunicador. Sí, estamos colapsadas de reportes. Un agresor no identificado entró a la barraca de mediadores y disparó. Pulverizó a unos y dejó mutilados a muchos más. Al mío le volaron unos dedos. Llévalo a Sanidad. Al menos podrás seguir utilizándolo.

Veintitrés me arrastró al vehículo artillado y, auxiliada por el sistema de grúa de urgencia, logró elevarme a mi sitial. Nunca creí que mi compañera fuera de la clase de persona que llora, pero unas lágrimas frías le bajaban del rostro. Tuve que volarte esos dedos o habrían sospechado. A mí, sinceramente, no me importaba. La interrupción había devuelto a mi organismo su habitual serenidad y consideraba la amputación una consecuencia de los azares de la jornada de trabajo. Me gusta mi nombre, confesé con labios inmóviles. Era cierto. Uno-Cero-Cuatro, me había llamado ella mientras la tomaba en el suelo de la regadera, en vez de cerdo, bicho, bocón, esas cosas que nos dicen a los mediadores.

En Sanidad me recubrieron las heridas con gel y programaron mi cirugía de adaptación de prótesis. En mi calidad de víctima tuve que rendir testimonio ante un recopilador de datos, un tipo mínimo, indiferente, pálido, desdeñoso, al que quizá ni siquiera hayan debido instalarle el interruptor para convertirlo en eunuco. Veintitrés me esperaba junto a las compuertas de nuestro vehículo artillado. Todo bien, le dije, la grabación del asaltante muestra a un tipo indistinto, con piezas de ataque y defensa robados a alguna agente, que masacra a unos mediadores en pijama. Si no regresa esta noche van a desactivar la alerta.

Iniciamos la ronda matinal. ¿Uno-Cero-Cuatro?, carraspeó ella un par de horas después. Me volví hacia su voz. Ella no me miraba. La próxima vez que te retire el interruptor para mi uso personal vas a tener un pulverizador apuntándote a la cabeza y te la arrancaré al menor gesto. Como quieras. ¿Lo estás entendiendo? Como quieras. Si hubieras disparado contra cualquier otro, mujer, perro, ardilla, rata, te estarían cazando en este momento. No vas a hacer algo así nunca. Nunca. ¿Lo entiendes? Nunca más.

Quise sonreír pero el interruptor hizo su trabajo. Me sumergí en la paz. *OR*





# MI REFRESCO, PARTE I

POR ALLEN PEARL

Perdí mis bolsitas urinarias en Suecia. Siempre las pierdo. Las dejo en taxis, hoteles, bares. No es la gran cosa. Siempre vuelven a mí. No obstante, en el Admirals Club de American Airlines en Copenhague, un piloto de la flota suiza me escuchó mientras preguntaba por los baños.

—¿Vamos? —preguntó.  
—Estoy buscando a Karl Ove Knausgård —anuncié e hice un gesto abstracto hacia mi corazón. —A KOK,<sup>1</sup> —dije.  
El piloto sonrió. —¿Vamos? —insistió.

—Ba-ño s—dije lentamente, ya que mi danés estaba algo oxidado—. Estoy. En Dinamarca. Escribiendo sobre el gran autor Knausgård. ¿Karl Ove? Perdí. Mis bolsitas urinarias. Pipí. Las dejé en el sillón de un tipo. Lo conocí allí. Me dio el mail de Knausgård y le escribí y me dijo que nos encontraríamos. El gran escritor.

—*Stor forfatter?* —El piloto se veía confundido. Estaba guapo, cincuentón, traía lentes de piloto, cabello rizado, pelirrojo con canas y con un aire severo—. *Mener du Ho C Annersen?* —(Hans Christian Andersen, el escritor de cuentos infantiles)—. *Eller Mener du, du vil have sex? Med en mand mener du?*

—Bueno, sí, Knausgård, pero en este momento quiero ir a la pipí. ¿El baño? —hice como si orinara en la pared—. Las perdí. *Meine* bolsitas. ¡No es tan difícil!

Me preocupé de que el piloto fuera un idiota, tal como muchos otros con los que he interactuado a lo largo de los años. De seguro no me ayudaría en nada. Pero entonces se bajó el cierre y sacó su enorme miembro. Lo frotó discretamente. —*Hvad mener du?* —dijo.

—Sí —entonces me saqué el mío. Él sonrió; su sonrisa era amistosa, no crítica—. Perdí mis bolsitas. Necesito un baño ya.

Minutos después los dos guardamos nuestros respectivos penes. El piloto avanzó y lo seguí hacia un baño público. Se sentó en el asiento de la taza y hubo un discreto frotamiento. Cuando terminamos, me dio una palmadita en la espalda y dijo: —*Tak. Tak for det.*

—Perdí mis bolsitas —dije un poco ansioso—. En Suecia.

Se guardó el pene, como que al fin me entendió. —Tan sólo ve y cómprate pañales para viajar, amigo—, dijo en un perfecto inglés—. Puedes comprarlos en el súper.



Foto por myLoupe/Unversa Images  
Group via Getty Images

<sup>1</sup> En inglés *cock* —que suena igual a KOK— significa verga. © [N. de la T.]





Eso fue directo al grano. Lastimó mis sentimientos, debo admitirlo. Como si no supiera que en Dinamarca puedo comprar pañales de viaje en cualquier tiendita. Acababa de hacerle una buena chaqueta a un piloto de la flota suiza y aún así no estaba ni cerca de obtener un reemplazo de mis bolsitas y mucho menos de encontrarme con Knausgård para tomar algo y tal vez conversar un poco. Con todo, yo no estaba preocupado; a fin de cuentas todo saldría bien. ¿Acaso no muchos de mis trabajos periodísticos empezaron un poco así? El piloto se subió el cierre, se lavó las manos, se puso la gorra y salió del baño. Yo me dirigí hacia el extraño mingitorio en forma de huevo e hice pipí. Mi chorro de orina brillaba en la porcelana. Encendí un cigarro e inhalé profundamente. ¿Por qué no compré dos o tres paquetes de bolsitas antes de irme de Estados Unidos? Podría haber tenido una reserva. Sé muy bien lo propenso que soy a perder las cosas. ¿Cómo pude ser tan estúpido para no haber tomado cartas en el asunto antes de irme? ¿Qué tan difícil era?

\*\*\*

Cuando el semanario *The Village Voice* me contactó para preguntarme si estaría interesado en entrevistar a Knausgård en, como dijo mi editor, “su rancho”, yo no podría haber estado más de acuerdo. A menudo tenía extraños sueños sexuales en los que los editores me llamaban y preguntaban si me podían pagar para que

divagara durante cientos de palabras (entonces las cosas se ponían muy raras). De todos modos, ahí estaba yo, viajando por trabajo, aparentemente para *The Village Voice*, aunque esperaba poner el artículo completo en VICE. Larga historia. La versión corta: Ramsés tiene buen culo.<sup>2</sup> Ramsés es asistente editorial de VICE, y quien revisó mi texto. La noche antes de irme a Dinamarca lo empedé con Goldschläger y le mandé un mensaje desde la sala de espera: ¿Qué pensaba de que fuera a Dinamarca y escribiera el artículo por él? Ramsés contestó: “¡¡¡Te odio!!!”

Después le mandé un mail desde el avión: <sup>3</sup> “¡No te imaginas desde dónde te escribo!” “¿Desde la cárcel?” me contestó.

Le mandé un mensaje de seguimiento para cerrar el trato. “PD. El crítico James Woods dice sobre Knausgård: ‘Este tipo escribe prosa como debería escribirse; esto es, en éxtasis’”.

2 Algunos nombres han sido cambiados para darle a los personajes más dignidad de la que merecen. Digamos que Ramsés en realidad no es un faraón.

3 Gogo Inflight Internet. Cuando el cielo es tu oficina, necesitas una conexión que te esté esperando. Viaja sin límites y empieza a ahorrar ahora. [Editor: Allen, ¿esto es un anuncio?] [Allen Pearl: No]. [Editor: ¿Te puedo llamar? [Editor: ¿Me estás rechazando las llamadas?] [Editor: ¿Allen?] [AP: ¡Tú no sabes lo que siento! No conoces ni mi corazón ni mi historia]. [Editor: ¿Qué?] [AP: Desperté con dos ligas en el culo, ¿ok? No es tan difícil sacarlas ni nada, sólo que no sé cómo llegaron allí. Así las cosas].

Foto por Oleg Nikishin/Getty Images.

## MI REFRESCO, PARTE I *por Allen Pearl*

Luego le mandé otro mail: “¿Acaso nos acabamos de mentir? © En la publicación (revisar), la famosa autora (revisar) Zadie Smith, una de las primeras escritoras inglesas en reconocer el genio de Knausgaard, exaltó las virtudes de su (revisar). (No te creas)”. Inserta aquí una larga cita de alguna gran personalidad (revisar). [Allen, ¿podemos quitar lo de Goldschläger? Digo, ya sabes... ¿Y crees que también podríamos a dejar al *Voice* fuera de esto?] La literatura, le expliqué a mi amigo amante del Goldschlänger, empezó en las frías regiones nórdicas. [¿Fuente?] En tiempos ancestrales, la literatura (es decir, el poder de la historia humana) era empleada por nuestros ancestros para, no sé, tener algo que hacer mientras se acurrucaban alrededor del fuego. [¿Fuente?] Recuerden que esto fue después de la caída del mastodonte, cuando los humanos mostraban todos sus genitales: el pene masculino, la vagina femenina y el fliiij o tercer sexo. Sí, los primero humanos eran hermafroditas. Como en ese entonces el pene era pequeño y removible, cabía fácilmente dentro de la vagina y el fliiij servía como una especie de tapa de carne, no muy diferente al abrefácil de las latas de pepinillos. Cuando maduraba, el fliiij funcionaba como un poderoso superego en el trío de genitales. Que no te sorprenda que a menudo los primeros humanos perdieran su fliiij o que lo dejaran por ahí a propósito. Los registros fósiles apoyan esto: sólo en contadas ocasiones se encuentran especímenes adultos con un fliiij intacto, mientras que en todo el mundo se han encontrado pilas con treinta, cuarenta o incluso cincuenta fliiijs. [¿Leíste esto en algún lado?] Era una época interesante, aunque también brutal, y era para estas personas que se hacían las historias. Los nórdicos entendieron esta verdad mucho mejor que otros. O quizá lo hicieron primero o, digo, ¿a quién le importa?

Adelantémonos al siglo 21, cuando en Dinamarca un solitario y célebre sueco empezó a escribir un recuento de su propia vida con confuso, y algunos dirían aburridísimo, detalle. [¿Es sueco? Pensé que era noruego y que se mudó a Suecia, ¿o acaso estoy mal? No está en Dinamarca, ¿o sí?] Él era de muchos lados y su nombre era Karl Ove Knausgård. Era idéntico al papá de Brad Pitt si el personaje de Brad Pitt en la película *Kalifornia* hubiera tenido un papá chido. Su libro —el de Knausgård, no del papá de Brad Pitt (quien por cierto también es muy guapo y es de Misuri)— <sup>4</sup> era como un diario pero con más reflexiones. Como si hubiera tenido un plato de müsli —según escribió— pero pensó en el müsli, o en la caja, o tal vez en alguna vez en que su mamá comía müsli cuando era niño. (Era la mamá. De Brad Pitt. Y yo. Almorzamos, juntos. Una vez. Luego me mandó un mail. Se disculpó por haberme invitado a almorzar, se dio cuenta de que nunca debió haberlo hecho y me pidió que no le contestara el mail. Equis, raaarooo). Luego, si Knausgård tenía una tremenda erección, también la describía, con no más orgullo o estilo del que le atribuía a su plato de cereal. O si después de un buen MI (movimiento intestinal) tocaba la guitarra, te hacía saber que la tocaba muy mal, que era una sorprendente confesión viniendo de

4 Una vez almorcé con su papá, por si te interesa. [Editor: Revisar si esto pasó. ¿Quitar?]

alguien tan realizado. Con el tiempo, Knausgård, o KOK, como le dicen, logró llenar incontables volúmenes con sus sutiles meditaciones. [Allen, tu tono aquí parece un poco fuera de lugar. Parece que no te gusta Knausgård. Pero en tu propuesta dijiste que era “el mejor escritor vivo” y que había “resuelto él solo el problema de la novela estadounidense”. Luego dijiste que era el único escritor que hablaba honestamente de los niños y que la escena del nacimiento te hizo llorar. Además, los volúmenes, ¿en serio son incontables? Digo, podríamos contarlos, ¿no? Hay que arreglar esto, ¿va? Grax.] Había al menos seis, o tal vez siete, volúmenes en total y los lectores amaban cada página de ellos.

\*\*\*

Estaba en una estación en Jylland (los novatos pueden decirle Jutlandia). En este viaje era parada tras parada, ya que yo seguía sin encontrar mis bolsitas y no podía conseguir una alternativa danesa y no estaba dispuesto a usar pañales. Estaba buscando *coffee shops* (o expendios de mota) —KOK va a una cada tarde, ése es su “arreglo”—, pero parecía ser que la campaña de Jylland no tenía ninguna de éstas, sino sólo grandes agrupaciones de cerdos (¿manadas? No son rebaños, ¿o sí?), rumiando frente a sus pastores quienes, con inmensos bastones para cerdos, simplemente les picalan las nalgas y decían cosas que no entendí, pero que seguro los cerdos sí entendían, ¿no? Yo debía llegar a København (los novatos pueden decirle Copenhague).

Timbró mi celular. Un mensaje. “Eres un gordo estúpido idiota”, decía. “Estúpido” debería ser “estúpido”, pero recordemos que era mi hijo. Tiene siete años y es muy chistoso. Seguro acababa de despertarse. Lo imaginé en Nueva York, en su cama, rodeado de juguetes; peluches, sobre todo, con algunas otras cosas tiernas como monstruos; tenía unos treinta de éstos, ¿pero cómo le pones límites? ¿O mejor no lo haces? ¿Quizá tal vez sólo hablas de lo llena que parece estar la cama y dejas que el pequeñito deduzca tus ocultas intenciones? Esto es algo que me pregunto mucho.

Como sea, los lectores regulares, o incluso los ocasionales que creen que tienen que leer para ser mejores, podrían expresar su consternación de que Allen Pearl (vividor, bla, bla, bla) sea, gulp, papá. Mira, es una larga historia, pero sí, soy papá. Así que acostúmbrate. La versión corta es que hice que una mujer aceptara recibir una inyección de mi esperma. Le pagué bien. Ella usó una jeringa de cocina. Leí en internet que eso es lo que se debe hacer. La mujer es de las estepas de Mongolia. Hermoso país, simplemente precioso. He visto algunas fotos. La mujer trabaja en un tiradero de muebles usados al que siempre intento venderle sillas. Me estoy deshaciendo a lo grande del estilo Hollywood, gente. Sólo por decir algo. Así que esta mujer hizo que le llevara el dinero, en billetes de veinte dólares, a la tienda. Cuando le pregunté a qué hora salía, me vio raro. —Hay que aclarar algo —dijo—, esto no es una cita—. Bueno, no sé cómo llamarlo, pero unas semanas después recibimos un email que decía, básicamente, que estaba panzona. Mi pareja y yo (mi pareja de ese entonces, debería decir) nos moríamos de alegría. Y así. Íbamos a ser co-padres, o lo que



sea. Y lo fuimos durante un rato. Y neta que criar al pequeñín fue un desmadre: alimentarlo todo el tiempo, evitar que se lastimara, tratar de encontrar la mejor forma de limpiar su vómito de mi colección de películas porno vintage de 8mm. Estoy hablando de vómito real, por si alguien tiene alguna sugerencia. Lo llamábamos el Señor de las Guerras de cariño por lo autoritario que era, desde muy chiquito, autoritario y tiránico. Además se parecía un poco a los dibujos de Genghis Khan.

Los vagos lo amaban. Estaban locos por el Señor de las Guerras; siempre lo saludaban y trataban de sacarle plática. Yo andaría caminando por allí, empujando su carriola y sonriendo dando las gracias y siguiendo con mi vida. Un vago dijo: —¿Es niña? —Niño —dije—. Necesita un corte de cabello. Como yo—. Le respondí con mi gran sonrisa y el vago no dijo nada. —Un corte de cabello, —repetí más fuerte—. ¿Cuántos años tiene? —preguntó. Le dije—. Qué padre, ¿y es tu hijo? —Claro que es mi hijo. —¿Acaso creía que lo rentaba? Eso último no lo dije. Estábamos cruzando la calle, el vago estaba a mi lado. Esperaba que me pidiera dinero, pero no lo hizo. En lugar de eso señaló al Señor de las Guerras y dijo: —Él es el futuro —y yo pensé *Ok, gracias, güey*, así como dándole el avión pero educadamente. Y luego dijo: —No, el futuro está aquí, en tus manos—. Fue sólo hasta después que pensé, ya sabes, que el vaguito loco tiene razón: el Señor de las Guerras *es* el futuro. Claro que no es el *único* futuro. No es como que sea el último de su especie o algo así. Digo, mira a tu alrededor, bebés por todos lados. Por supuesto, el Señor de las Guerras es parte del futuro. Pero también el vaguito loco es parte del futuro. Como yo. Como tú.

Como sea, la rosa de la crianza compartida duró unos dos años, tres meses y catorce días, aproximadamente, que es bastante tiempo si hablas de una rosa, pero como yo hablo de un ser humano, en realidad no fue tanto. ¡El Señor de las Guerras aún seguía en pañales, por el amor de dios! Siendo bebé y así. Con el tiempo, mi pareja, Tutankamón, o Tut, demostró ser un pedazo de ya sabes qué. Rara vez teníamos sexo. O estábamos muy cansados, o uno estaba enfermo, o algo. Terminé sintiéndome afortunado si llegaba a verlo desvestiéndose y al menos tener ese pequeña visión antes de ir a la cama. Lo que intento decir es que el Rey Tut se largó para perseguir sus propias nociones de felicidad en los muslos de *nuestro* instructor de pilates. Enfatizo que era nuestro instructor de pilates, aunque bien es cierto que muchas veces no logré llegar al gimnasio. Aunque yo tenía las mejores intenciones.

Bueno, entonces me convertí en papá soltero. Busqué en el aviso de ocasión y rápidamente vi que en ese momento no había niñeras mongolas buscando trabajo. Llamé a la mujer de los muebles. Cuando le expliqué de nuevo quién era, dijo que seguramente era una broma y colgó. Creí que era importante que el Señor de las Guerras estuviera cerca de alguien que entendiera la cultura de sus ancestros, alguien que supiera de manteca de yak y de yurtas, o así. Antes de que la semana terminara, logré contratar a una niñera filipina algo experimentada que no sabía nada de Mongolia y no hablaba inglés, pero indicaba, por sus enérgicos movimientos con la cabeza, que estaría dispuesta a enseñarle tagalo a mi niño, lo que pensé que podría

ser de ayuda si es que decidía quedarse con nosotros, cosa que gracias a dios sí hizo. Se llama Ginjie, por cierto. De hecho a veces suena como Gini, así que yo le digo de ambas formas, intercalándolas, esperando a que se escuche más o menos bien. Ya es demasiado tarde para pedirle que lo aclare.

Le contesté a mi hijo: “Qué onda, ¿qué vas a hacer hoy”

No tuve que esperar mucho tiempo para que respondiera. “Eh, creo que la niñera y yo vamos a vernos fijamente el uno al otro”. ¡El niño es tan chistoso!

Le escribí: “Estoy en Dinamarca, creo”.

“Espero que haga mucho, mucho frío”.

“Te extraño”.

“Ok, adiós”.

Tengo un mensaje suyo de hace tiempo, un mensaje de voz. Yo acababa de perder mis guantes y estaba 99 por ciento seguro de que los había dejado en un lugar donde me gustaba ir a tomarme una cerveza. Dije que me gustaba. Es el restaurante al que me gustaba ir, un lugar italiano en Park Slope, en Brooklyn. Todavía como allí. Tienen un buen fetuccini Alfredo. En los días oscuros solía ir allá todas las noches, me sentaba en el bar, pedía una ensalada y algunas copas de Montepulciano. El barman (Eugene, que en paz descanse) sabía cómo llenarlas hasta el borde. Pero luego le hicieron una cirugía en el estómago y además hubo una noche en la que “alejé a los clientes” al “acercármeles a sus mesas” y “hacerles preguntas inapropiadas e indeseables”. Pues perdón. No sabía que “¿Qué estás tomando?”, “Creo que pediré lo mismo”, “¿En serio están casados?”, “¿Qué clase de jeans son esos?” eran preguntas inapropiadas. Como sea, entonces llamé a Ginjie y le dije si podía pasar al restaurante después de recoger al niño y recuperar mis guantes, pero sólo decía que no quería que le pagara con guantes. Así que esperé a la hora de la salida y llamé al Señor de las Guerras. Me mandó al buzón, como siempre (como padre no puedes tomártelo personal, todos los expertos dirán eso). Después recibí un mensaje suyo. Sólo quería informarme que habían ido por los guantes, y guardé ese mensajito porque suena muy tierno, muy seguro, y no sé, me pegó. Como sea, escuché el mensaje en aquel momento, en Dinamarca, mientras estaba sentado en el coche rentado.

\*\*\*

No es fácil fumar y hacer una paja al mismo tiempo, pero puedo hacerlo si tengo que.

Su nombre era Østergaard. Un sesentón con la cara muy arrugada y, detrás de los anteojos, unos ojos muy amables. Estaba guapo y bronceado. Dejó un mingitorio de distancia entre él y yo, sacó su modesta dotación y jugó discretamente con ella. Ay, lector, debo decir que me decepcionó. Yo tenía mi paquete en la mano y lo frotaba discretamente. Me guiñó el ojo con sus largas pestañas pelirrojas. Encendí un cigarro e inhalé todo el humo hasta que me doliera. Por cierto, fumar en el baño es lo mejor. Había olvidado lo mucho que lo extrañaba. Hay ceniceros de diseños extraordinarios y de muy buen gusto dentro de los mingitorios. Y en los cubículos los ponen encima del



Foto por Camilo Rueda López vía Flickr.

dispensador de papel de baño, exactamente donde los necesitas. Empecé a pensar en formar una compañía de viajes y venderles a los fumadores estadounidenses paquetes caros y lujosos que los lleven a increíbles paseos por Jylland o a København, o a donde sea. Nos detendríamos en las mejores paradas y simplemente, ya sabes, fumaríamos. O, si no, también entraríamos al baño ya fumando porque ¿a quién le importa? A los daneses, no. A mí tampoco. Aquellos que quisieran recibir pajas podrían tenerlas, y si no, bueno, pues no habría problema. Mientras contemplaba cuánto dinero podría ganar (y también la posibilidad de hacerlo o si no tenía ya muchas cosas de las que preocuparme) vi que la puerta de un cubículo estaba entreabierta. La pared detrás estaba llena de grafitis. “Chupo pitos”, había escrito un hombre en danés. Ponía las horas en las que atendía. Pensé en el refresco que quiero comercializar. No tendría azúcar y sería cien por ciento natural. De jengibre, de limón, agua mineral. Estoy pensando en colaborar con la gente de la escuela de negocios local. Allá tienen un programa para empresarios y conozco a personas allí. Sólo debo llamarlos. El mercado de refrescos sin azúcar está creciendo. Empecé a verlo desde que tuve la idea hace varios años. Esto fue antes del té carbonatado. Yo tenía mi idea, pero no la había soltado. Pensaba en que si hubiera empezado a bailar desde joven, desde la primera vez que pensé en hacerlo, cuando mi amiga Hilary empezó a bailar y yo la visitaba en sus clases de ballet, ¿acaso podría haber

sido un Baryshnikov? Luego me pregunté si tal vez Knausgård frecuentaba este mismo mingitorio. ¿En serio era éste su lugar, como dicen? Todos los enunciados que le he leído siempre tienen un sello o estilo particular y entonces caí en cuenta de que si él escribiera en un cubículo de un baño público y pusiera sus horarios, lo pondría así: “Chupo pitos”. Elegante, sin afectación, pero también real. Yo preguntaría cuándo nos reuniríamos para tomar algo.

Østergaard hizo un ruido como de ladrido. Miré hacia arriba y me cayó en la cara. Fue la peor experiencia de todas.

\*\*\*

Fui al baño. Había estado estreñido desde que salí de Estados Unidos, así que el resultado fue muy bueno. Me limpié todo y luego le bajé.

En lugar de que el agua desapareciera antes de que la taza se llenara de nuevo, ésta empezó a subir. La observé durante un rato. El nivel de agua no mostró señales de volver a bajar. Estaba tapado. Le bajé de nuevo, pensando que quizá eso incrementaría la presión. En lugar de eso, el agua se desbordó por ambos lados y se derramó en el piso. La sequé con un poco de papel de baño, puse el papel mojado en la basura y busqué alguna herramienta. Simplemente no iba a llamar a mi editor para preguntarle qué hacer.





## MI REFRESCO, PARTE I *por Allen Pearl*

sueño todos negaban la existencia de otras dos lunas. Yo veía a un chamán y le preguntaba qué hacer. Él me dijo que fuera con un siquiatra. Luego dijo: —Mejor ve a Rusia y encuentra a tal pintor con una pipa. —Luego dijo: —Olvidalo, ve y busca a Karl Ove. —Karl, te encontré en aquel bar del centro. Estabas sentado junto a otro hombre. Yo aventé un bote de basura por la ventana e hice que se fracturara, pero no se rompió. Tú saliste y nos subimos al tren. Cuando llegamos a mi casa tuve que cargarte porque estabas vomitando en el piso. Yo pensaba: ¡*Güey, mira, tres lunas!* Luego todo se puso pornográfico y quisiste tener sexo conmigo y lo hicimos, pero luego dijiste: —Una luna, Mike. —Por alguna razón me decías Mike.

Cuando desperté revisé el baño de nuevo. Para este entonces como que se había arreglado solito; toda el agua se había drenado. Le bajé y la taza se llenó con agua fresca y limpia. [Allen, esto parece como sacado del texto de Knausgård del *Times*, ¿no?]

\*\*\*

El paisaje se mantuvo igual toda la mañana, arboleda tras arboleda creando sombras sobre la carretera llena de nieve, la cual se veía interrumpida por campos abiertos o pequeños pueblos que a veces eran poco más que filas de casas alumbradas por el sol a ambos lados del camino. En realidad estoy teniendo problemas de concentración. [¿Otra vez algo de Knausgård?] Parece que la lavadora de aquí va a explotar. Vibra y hace ruidos. Digo, aquí donde estoy escribiendo, en Misuri. Me estoy quedando en el nuevo dúplex de mi mamá. Ella viene regresando de California. Tomándose su dulce tiempo. Perdió su tarjeta de débito o algo así. No sé. Los de la mudanza llegaron la semana pasada con sus cajas. Eran tres. Le escribí: “¿Tres cajas? ¿Es todo? ¿Y lo muebles? ¿Sólo ropa de cama y la estatua y ese tapete?” y luego me dejó de hablar durante algunos días. Luego escribió: “Sip”.

En lo que llega ando haciéndola de niño de casas. Yo y el Señor de las Guerras. Como acampando. Le dije que estábamos acampando. Mi mamá nos tiene aquí sin pagar renta a cambio de que le oscurezcamos los pisos de la sala y el comedor. Ella vio una foto del bungalow de Stellan Skarsgård en Houzz y ahora quiere que su dúplex tenga el mismo look. Al primer brochazo de pintura, después de haber rentado una pulidora en Home Depot y todo eso para crear el look, le mandé una foto del piso y ella contestó: “Sabré que es negro hasta que no vea los tonos marrones”. Luego me puso: “Puedo ver la textura”. Puso: “¿Podrías ver este video?” Era del bungalow de Skarsgård. “Mira esos pisos”, escribió. “Hermosos”.

Resultó que el único lugar donde puedes conseguir el sellador que Skarsgård usó para crear ese efecto tan devastador era una bodega encabronadamente lejos. El Señor de las Guerras y yo tomamos un Uber hacia allá. En el campo, el cielo estaba lleno de aves que creo que eran halcones. Tuve que pedirle al chofer que se detuviera para que pudiera mear. Nos detuvimos varias veces. Tengo que mear mucho. Últimamente, quiero decir. Me la paso meando todo el tiempo. Tal vez tenga una infección. Pfff. Esta mañana desperté con marcas de mordidas alrededor

Busqué en cada rincón pero no encontré nada que pudiera usar para quitar el tapón de heces y papel de baño que seguro estaba obstruyendo el drenaje. Más bien me enrollé una bolsa de plástico en el brazo y metí la mano en la helada agua que emanaba de la taza.

Mi brazo no llegaba lejos.

¿Qué tanta mala suerte puede tener alguien?

Eché la bolsa al bote, me lavé las manos con cuidado, cerré la puerta dejando todo el desmadre adentro y regresé a mi coche.

Manejé unas 37 millas,<sup>5</sup> luego di la vuelta y regresé. Sin embargo, en el baño la situación seguía igual.

Estuve allí parado un buen rato mientras me preguntaba si debería bajarle una vez más. Lo hice. Pero nada cambió. El agua volvió a brotar, se derramó del borde y por los lados. La sequé. Con papel de baño. El papel de baño de las estaciones danesas es lo que esperas: ni mejor ni peor. De nuevo busqué una herramienta adecuada, me quedé como pendejo durante un rato con un rollo de papel de baño; el rollo era muy grande para el drenaje. ¿Pero y si lo rompía, o si lo doblaba como origami?

Con un poco de esfuerzo pude manipular el rollo como si fuera una cobra. Ésta sería mi herramienta. Saqué otra bolsa de plástico de mi coche, le saqué la ropa sucia, me la enrollé en el brazo y, sosteniendo la cobra por la cola, esta vez intenté

meter la mano más adentro del drenaje, sin éxito. Mi cobra se deshizo, quedó inservible.

No había nada más que hacer que llamarle a mi editor.

Después de todo, no era mi culpa.

Seguramente pasaba todo el tiempo.

Pero simplemente no podía hacerlo. Regresé a mi coche.

Manejé unas 7.5 millas,<sup>6</sup> luego di la vuelta y regresé. De nuevo, en el baño la situación seguía igual.

Me acosté en el frío piso del baño y seguí leyendo parte de la saga de KOK, el cuarto libro, creo, o el tercero, ya ni sé. Me quedé dormido y empecé a soñar. Estaba volando por todo Copenhague buscando a KOK. La Tierra y el Sol eran como son, excepto que alrededor de la Tierra orbitaban tres lunas idénticas. ¡Eran tan hermosas! Últimamente había estado yendo al museo. Me gusta una estatua en el ala egipcia. Creo que no es una pieza que la gente note. Mide tan sólo unos treinta centímetros. Es sólo un hombre con el brazo alrededor de los hombros de dos mujeres. No te diré cómo se llama, ya que el nombre será un buen título para mi libro que saldrá bajo el histórico sello W.W. Norton y Liverlight.<sup>7</sup> Como sea, en mi

<sup>6</sup> 12 kilómetros, cabroncito.

<sup>7</sup> Estoy tan infinitamente agradecido y emocionado por lo que vendrá. Gracias a todos por su apoyo.

de la pretina de los pantalones. Estaban en línea recta. No sé. No necesito más chinchas. Justo antes de irnos de Nueva York, el Señor de las Guerras pasó la noche en el departamento de la mamá de Ginjie (es una larga historia de la que te salvas). Odiaba tener que culpar a Ginjie o a su madre, así que le mandé un mensaje: “¿Tienes chinchas, Ginje? ¿O tu mamá o algo? Necesito saber”. Ella me contestó: “Sí, señor, estoy disponible en el verano con el mismo horario y tarifas. Le deseo lo mejor, Ginjie”. Mientras tanto, el Señor de las Guerras estaba en su celular mandando mensajes. —Mi abue dice que le hables cuando tengas el sellador —me dijo. Asentí mientras pensaba en todas las formas en las que Ginjie podía irse a chingar a su madre. De todos modos, el tipo en la bodega dijo que sólo vendían al mayoreo, pero que como me veía que estaba muy conmovido —en sus palabras— me ayudaría. Tan sólo necesitaba un galón.

Así que lo puse, hice una prueba, envié una foto. Aparecieron esos tres puntitos. Mamá escribió: “¿Cuántas capas? ¿Le pusiste agua?” Regresé, volví a rentar la pulidora y compré algunos galones más de sellador. En este momento estoy esperando a que se seque la tercera capa. Tal vez son esos vapores... Le dije al Señor de las Guerras que jugara afuera, pero más bien bajó a lavar la ropa de cama de su abuela. Me preugntó: —¿Si no dónde va a dormir, papá? —Mi dulce niño. Pero justo ahora me acabo de dar cuenta de algo importante: hacer un perfil de alguien no significa encontrar al sujeto ni hacerle preguntas. Tampoco lo es sentarte con él y comer juntos y luego disculparte a cada rato para ir al baño y hacer notas sobre cómo come. ¡Mierda, se trata de dar chaquetas gratis! Se trata del autor y todos los pequeños detalles que lo llevaron a su última pelea con el editor, cuando Ramsés sugiere que yo, Allen Pearl, soy un flojo que sólo tuvo un éxito y luego yo sugiero que Ramsés es un idiota sin talento con un saco de diez dólares,<sup>8</sup> y que luego nos emputemos. El autor se queja con su mamá o con su hijo. Ramsés se queja con un amigo editor en alguna fiesta o tal vez en el Scratches (que, por cierto, ¡construyó Allen Pearl, perras!, estúpidas perras, Allen Pearl hizo ese bar; si no fuera por Weird Stevie y Allen Pearl, ustedes estarían chupando en, no sé, otro bar). Los días pasan. El texto se va a la imprenta.

[Allen, ¿por qué no mejor quitamos esto último y lo reemplazamos con algo como que llamas a tu hijo del aeropuerto y te manda al buzón? No es la gran cosa, es lo que los niños hacen. Te vas al bar del aeropuerto y te tomas un par de tragos. De repente estás mensajéandote con King Tut y aunque sabes que no deberías hacerlo, lo haces. Él está como: “Mándame una foto sexy”. Y tú así de: “Pensé que ya no haríamos eso”. “Por fa”, dice. Luego tal vez puedas relacionarlo a los orígenes de la literatura escandinava, algo sobre la tradición oral, pero en tus propias palabras. Digo, ya perdimos este tipo de narraciones, en Estados Unidos. Digo, ¿a poco no? ¿Esa intimidad y cotidianeidad?... y es por eso que Knausgård es único... luego quizá algo de los smartphones para cerrar. Cambio y fuera].

<sup>8</sup> Ah, ese pinche saco.



# ELÁN Y LO QUE SIGUE

POR ATAHUALPA ESPINOSA MAGAÑA

FOTO POR MELY ÁVILA

**V**i que una sombra se movía al otro lado de la cortina, así que timbré de nuevo.

—¡Jesús! ¡Chuqui! Abre, soy yo —grité, aunque no había necesidad. Podía escuchar el timbre desde donde estaba. Seguro que él también lo oía.

Llevaba media hora sentado afuera, esperando que Jesús abriera. Estaba empezando a cansarme. Me habría ido, pero sabía que algo grave le pasaba. No se trataba de que no quisiera verme. Su hermano me había dado una idea vaga del problema, con algo de reticencia: él era el único que lo había visto durante los últimos días. Lo visitaba, dejaba en su cocina algo de comida y agua, hablaba con él o intentaba hacerlo y se iba poco después. Llevaba cerca de un mes sin salir de su casa. Me decía que estaba deprimido, tal vez lo creía, pero yo tenía razones para creer que era algo más.

Después de varios intentos, supe que la paciencia no iba a servirme de nada. Podría haberme quedado varios días así hasta que llegara su hermano y abriera la puerta. Y eso decidí hacer. Esperé unos minutos a que oscureciera por completo (pasaba un poco de las siete) y le pegué con un hombro a la chapa, varias veces, hasta que cedió. Conocía ese departamento lo suficiente, era una chapa vieja. No creo que los vecinos me hayan visto.

Como lo había imaginado, no se sorprendió de que alguien hubiera entrado a su casa por la fuerza. Estaba de pie, inclinado sobre el escritorio, con la vista fija en la computadora, pero la mente en otro sitio. Era la única fuente de luz en todo el lugar.

—¿Qué hay, Chuqui? —le pregunté, en el tono más neutral posible.

—Nada. Estoy bajando una película.

No había volteado a verme. Tal vez ni sabía quién era. En la pantalla sólo estaba la imagen de fondo, no había un solo programa activo. Estuve a punto de comentarlo, pero supe a tiempo que no tenía sentido, sólo se habría puesto nervioso. Sobre todo, no me debía explicaciones.

—¿Cómo estás?

Sí, le hice la pregunta más desechable que puede hacerse en una conversación, sobre todo entre dos personas que no se han visto en un buen rato pero, ¿qué más iba a decirle?

—Bien.

También, claro, ¿qué me iba a responder?

Intenté hablar de cualquier cosa, pero me di cuenta rápidamente de que “cualquier cosa” podía resultar un tema sensible. Le pregunté si no había salido últimamente, con el

fin de que me diera un pretexto para soltar una queja, con toda condescendencia, sobre lo razonable que era quedarse en casa, después de los dos meses continuos de alerta atmosférica que llevábamos por entonces y la nueva ley que obligaba a comprar algo cuando se saliera del domicilio sin fines laborales. Pero ni siquiera respondió. Tampoco parecía molesto por mi presencia, si es que seguía notándola. Me puse a curiosear un poco. Encontré una cerveza en su refrigerador, la destapé con un cuchillo cebollero. Me senté a beber a su espalda, en el sillón de la sala.

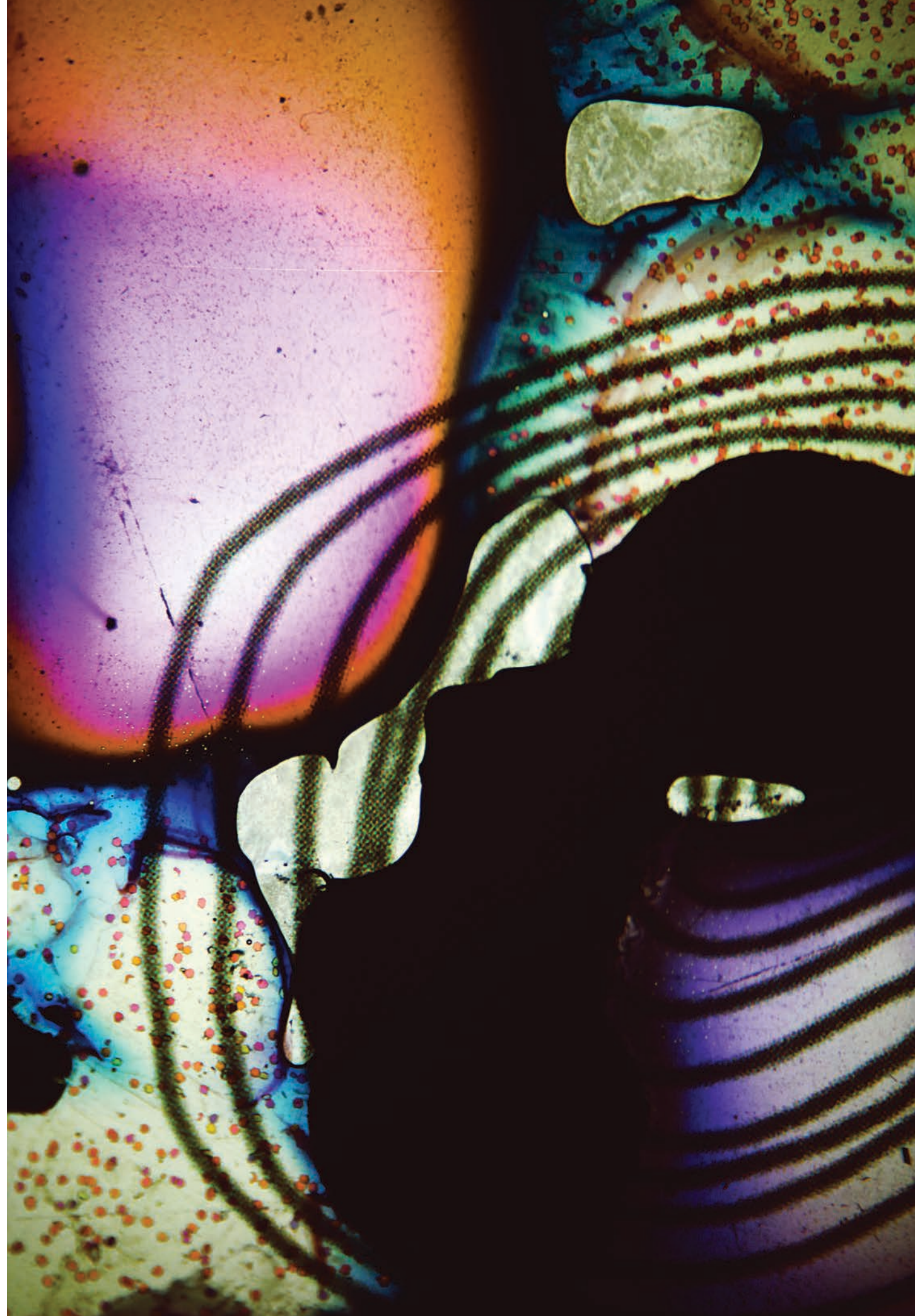
Un minuto después comencé a escuchar su monólogo. No era el tipo de parlamento distraído de quien acostumbra hablar solo, parecía estarle hablando a alguien. El volumen era muy bajo, pero alcanzaba a comprender algunas palabras sueltas: “Ésa no era la misma canción, vas a ver...”, “...era porque habías estado todo el día descalza...”, “...si quieres, puedo esperarte, no tengo nada que hacer...” En medio de las frases, dijo dos veces “Joni”, con jota, el apodo cursilísimo con que se llamaban su ex novia y él. Como *honey* castellanizado. Era la única pieza que me faltaba.

—Te metiste elán, ¿verdad? Con Karla.

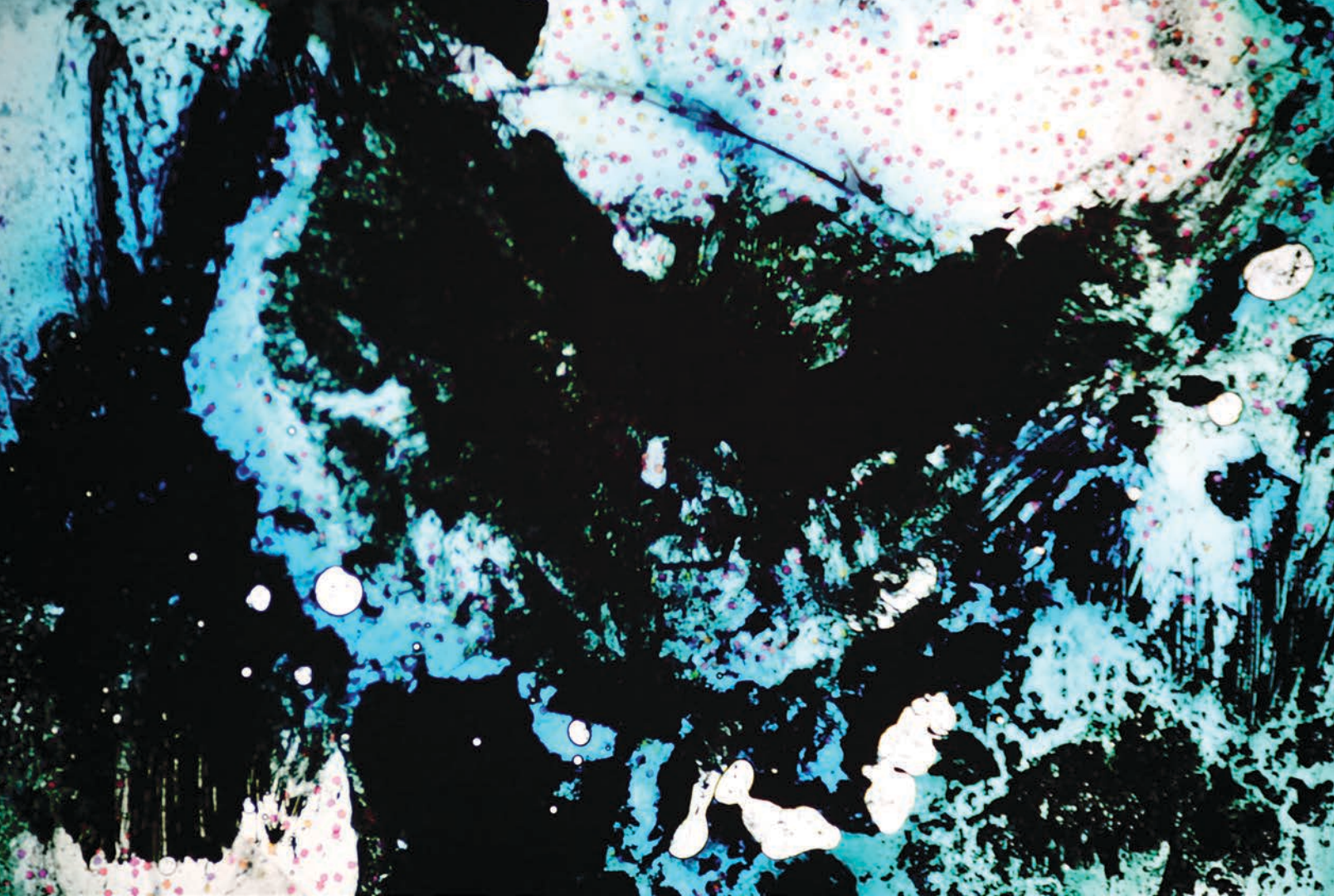
Fue la primera vez que dio una respuesta física ante algo que dije, desde que había llegado. Crispó las manos y contrajo el cuerpo, como si le hubieran apuntado con un arma. Gruñó algo y pude ver su cara a un cuarto de perfil. Después fue relajándose de nuevo, con lentitud, y siguió buscando algo inexistente en el fondo de pantalla de su computadora.

Durante las últimas semanas que estuvo con ella, nos había dicho a varios, como por accidente, que pensaba comprar elán. Por supuesto, me desgasté buscando los mejores argumentos para quitarle la idea, supongo que los otros también. Ahora me había quedado claro que nada lo habría podido disuadir, estaba desesperado.

Se recomendaba tomar elán en parejas, siempre. De otra manera, no funcionaba o provocaba una experiencia intolerable, llena de delirios paranoicos. Despertaba una urgencia erótica, junto con sensaciones de afinidad hacia la persona que se tenía enfrente, con independencia casi absoluta de quien se trataba. Cuando esto sucedía con alguien que no era la pareja, fija o de ocasión (o alguien con quien, al menos, se había planteado la posibilidad de que lo fuera), se saltaban varios pasos en el reconocimiento mutuo. La atracción, que era casi inmediata, llegaba a volverse incomprensible y angustiosa. En cierto momento, se presentaban los síntomas que se describen en las reacciones







adversas de cualquier medicamento de farmacia: jaqueca, vértigo, náusea, vómito... Tal vez eran una reacción defensiva ante la confusión.

Aun en parejas, lo más frecuente era que, al desaparecer el efecto, se esfumaban también las razones que uno de los dos tenía para haber estado con el otro. En el resto de los casos, tomaba unos cuantos días. La versión callejera aseguraba que sólo cuando había un vínculo profundo, éste se afianzaba y se volvía permanente. Circulaban historias de parejas que se habían vuelto inseparables después de elán, pero nadie las conocía directamente. Era una estupidez, claro. Si hubiera tendido más a creer en las conspiraciones, habría asegurado que su fin era más bien separar a la gente. Lo más probable era que esas historias no fueran más que una táctica de venta creada por un cártel (¿o el único?; nunca lo supe) que distribuía elán. Un cártel que, eso sí, tenía entre sus filas a miembros lo bastante astutos como para difundirlas. Jesús debe haberlas comprado cuando las cosas con Karla se estaban descomponiendo. En esa situación uno es capaz de tomar en serio cualquier alternativa, como vender las córneas para comprar un viaje doble a la playa.

No todo era sordidez, por supuesto. Había un buen motivo para que se hubiera vuelto la droga más popular para tomar entre dos, y era que no había otra que borrara

los límites mutuos como ella. Mientras duraba, cada uno se sentía implicado en el otro hasta el punto de perder cualquier reserva. Bien llevada, la experiencia estaba despojada de ansiedad. De acuerdo con los que la habían probado, se sentía un placer que, al evocarlo, casi resultaba ridículo.

Los problemas empezaban durante el bajón. El síndrome de abstinencia de elán era inseparable del síndrome de abstinencia de la persona con quien se había tomado. Mejor dicho, de lo que se sentía hacia ella. Esa resaca era difícil de sobrellevar. Además del malestar físico, estaba el problema de que, aunque se tuviera al otro ahí, desaparecía el efecto que su cercanía provocaba. El otro se volvía, al mismo tiempo, una droga inservible y la fuente del malestar de la abstinencia. Durante los días siguientes, el malestar se aliviaba, como pasa con todas las drogas, y se hacía a la otra persona a un lado, con tranquilidad. En el caso ideal, esto le sucedía a los dos. Para ellos, no había mayor problema. La otra posibilidad, que uno de los dos se quedara “enganchado”, por decirlo así, era mórbida. Se aliviaba la necesidad de elán, pero no de la persona. A veces esa necesidad derivaba en cuadro degenerativo. Y así llegamos a Jesús.

Tal vez debí haberme ido en cuanto terminé esa cerveza. Pero la opresión que había sentido al entrar ahí, por la oscuridad, el silencio y el desastre que era él, me había engañado. Después de unos minutos empecé a sentirme como

## ELÁN Y LO QUE SIGUE *por Atabualpa Espinosa Magaña*

en mi casa. Mucho mejor, de hecho, porque en ese tiempo yo vivía en un departamento compartido entre cuatro y ahora que estaba ahí, con Jesús, era como estar solo y sin nada que hacer. Él deambulaba, entraba a la cocina, se comía un plato de papas fritas y regresaba a la computadora. Cada cosa le tomaba el triple de tiempo. En algún punto chocó con mi rodilla, dijo un “perdón” tan tenue que creí imaginarlo y regresó a la computadora. El resto del tiempo desaparecía de cuerpo presente. Llegué a olvidarme de él por momentos. Cuando sentí que empezaba a quedarme dormido, como a las dos de la mañana, salí sin despedirme.

Pasé unas semanas prometiéndome que al día siguiente, sin falta, volvería a visitarlo, pero el trabajo me lo impidió. Llegaba a quedarme hasta doce horas esos días, lo que para alguien con una inclinación natural hacia la inactividad como la mía era un maratón. Al salir de la oficina no tenía ganas de otra cosa más que de esconderme bajo las cobijas y ver un capítulo de *Plastic revolution!* en mi tableta.

Pero para mis amigos, yo era un huevón. Casi toda la gente que conocía hacía turnos de 15 horas como mínimo. Se quedaban a dormir en la oficina o tomaban lucidam o las dos cosas. Luego presumían su registro laboral durante las dos horas que se tomaban libres a la semana, de malas, porque la ley aún los obligaba a descansar. Había un sistema general de deuda, al que todos ingresábamos a partir de los 16 años, en el que estaban dadas de alta la mayoría de las empresas. Al menos, las mayores y que eran casi inescapables. Hasta se había creado una secretaría de la deuda, en donde se administraban todas las cuentas, individuales o compartidas. El problema era la facilidad con que se podía alimentar esa cuenta en números rojos al comprar cualquier cosa (nunca había sido tan fácil comprar, decía el slogan). Pero también con las multas que habían surgido por todas partes o al no cumplir con la cuota de desempeño en el trabajo. Y nos habríamos podido quedar así, escarbando la brecha, tomando lo que se pudiera, total, que la deuda creciera, como lo hacían antes. Pero ya no era tan sencillo. A alguien se le había ocurrido un mecanismo: si la deuda está registrada y administrada por una sola estructura, también se pueden homologar las sanciones por dejarla crecer. Y así, cada incremento de la deuda daba de alta varios ajustes: menos pago por hora en el trabajo, aumento porcentual de las multas, errores más frecuentes en la conectividad, auditorías sorpresa de Hacienda. Para completar el cuadro, otro alguien había deducido que, si las personas se mueren y el sistema financiero es inmortal, sería un contrasentido que esa deuda desapareciera con las personas. Se revivió entonces la norma de heredar la deuda al pariente más cercano o, en caso de no haber alguno, a la última persona con la que hubiera estado en contacto la persona sin fines de atención médica o religiosa. Cuando pensaba en Jesús, me era inevitable hacer cálculos del tamaño de su deuda. Pensaba, también, en que lo más probable era que se la heredara a su hermano.

Casi todos creían que era imposible vivir fuera de ese sistema. Pero desde hacía unos meses estaba dispuesto a probarlo todo para escaparme. Apenas gastaba, más que en agua o la comida de paquete más barata. A veces comía lo que descartaban los supermercados. Nada de suplementos ni fármacos, como los cavernícolas. No tenía calculado accidentarme o contraer enfermedades graves, para que me salieran las cuentas. No salía de casa más que a trabajar para evadir las multas (era una regla que nadie tuviera un historial limpio de multas). Sobre todo, no tomaba de internet más que lo que me subsidiaba el trabajo, para comunicarme con los jefes y actualizar mis perfiles obligatorios. De ahí en fuera, la red no existía en mi vida. Según mis cálculos, estaba a dos años y medio de quedar en ceros, a ese ritmo.

La siguiente vez que llegué a su puerta no tuve que esperar. Su hermano estaba ahí, me abrió con un gesto cansado, aunque amable, y me invitó a pasar. Me ofreció una cerveza y traté de aceptarla sin dejar que se notara demasiado mi entusiasmo. No entiendo cómo le hacía para tener siempre cervezas en ese refrigerador. Debía de dormir una hora diaria, tener un turno de trabajo infinito y una concentración de acero para mantener su antojo y ser capaz de visitar a Jesús tan seguido. Eso me hizo notar que ese Jesús en cuestión no se veía por ahí. Tendría que haber estado en su cuarto. En medio del primer silencio, su hermano me preguntó si quería saludarlo.

Lo primero que pensé fue en responderle que no hacía falta. Que así estaba bien y, además, no se podía hablar con él, de cualquier forma. Pero me di cuenta de que no tenía qué hacer ahí, tomando su cerveza, si no era por Jesús.

—Sí, claro. ¿Cómo sigue...? —empecé a preguntar, pero por suerte, no contestó.

Desapareció detrás de la puerta de su cuarto durante un rato tan largo que no podía significar nada bueno. Le di sorbos pequeños a la cerveza para acortar el tiempo.

Cuando salió, lo llevaba tomado de los hombros hacia la sala.

—¿Qué hay, Chuqui?

El saludo iba dirigido más bien a su hermano, como si con él hubiera querido persuadirlo de que no pasaba nada grave. Jesús estaba pálido, con las manos contraídas como tenazas de langosta y gordo, gordo, gordo. Murmuraba y gesticulaba a una velocidad impresionante, y era como si esa rapidez la restara a su desplazamiento, porque tardó lo que sentí como horas en llegar al sillón y sentarse. Derramó su espalda sobre los descansabrazos y no volvió a levantarse ni a alzar la voz.

No tenía mucho de que hablar con su hermano. Creo que era la segunda o tercera vez que lo veía. Antes de eso, cuando Jesús estaba bien (o “bien”), apenas lo había saludado. Pero esa vez sentí que no hacía falta buscar pretextos para conversar. De pronto, hasta habría parecido que Jesús era la presencia incidental y que los amigos éramos nosotros.



Tal vez era que había pasado mucho tiempo sin hablar con alguien fuera de mi trabajo o mi casa, pero también podía ser que él era eso que la gente llama una buena compañía.

Platicamos de todo. Intenté decirle, con cautela, que Jesús había tomado elán, pero lo había descubierto antes que yo. Le agradecí que se tomara tanto tiempo para estar con él, algo que en ese momento no me sonó imbécil (era su hermano, no mío) y para recibirme, aunque debía tener tanto trabajo.

—Está bien —me dijo. —Creo que entiende más de lo que parece y puede que le ayude. Ya ves lo que dicen que pasa con los comatosos.

Las cervezas me hicieron inventar, cuando estaba por irme, que había escuchado de algo, un fármaco, que le podía servir. Le prometí que buscaría toda la información que pudiera sobre eso. Se notaba que no me creía, pero me lo agradeció con una sonrisa sincera.

Iba un poco mareado. Quiero echarle a eso la culpa de que me detuvieran cuando estaba a unas cuerdas de mi casa. En cuanto sentí la presencia del policía, tuve el reflejo de tantearme los bolsillos para buscar un recibo de compra que hubiera justificado mi salida. Pero claro, no tenía ninguno de menos de una semana de antigüedad.

—Buenas noches, joven. ¿De dónde viene?

Tomé la tarjeta de registro de mi oficina y me puse a hacer cálculos para justificar que me había perdido al salir y estaba tratando de regresar, o cualquier otro pretexto. Al entregarla, vi que habían pasado cinco horas desde mi salida.

—Diecinueve y cincuenta horas, su registro de salida. ¿Compró algo?

Volví a guardarme la tarjeta con un gruñido. Al llegar a la casa, estaba tan oscuro que estuve a punto de dejarme caer sobre una chica que se estaba quedando con nosotros en la alfombra de la entrada. No sabía cómo se llamaba. Me disculpé y pude hacer un último esfuerzo para encontrar mi cama. Esa multa retrasaba varios meses mi plan de quedar en ceros. Me puse de mal humor, no pude dormir más que por cabeceadas. A las tres se me fue por completo el sueño. Mi vecino de cama estaba roncando y yo no hacía otra cosa más que ver una mancha en el techo que en la oscuridad me recordaba a un gato siamés que tuve cuando vivía con mis padres. Era un gato muy cariñoso, no recuerdo haberlo escuchado gruñir una sola vez. Un día salió y no volvimos a verlo.

Fui al baño. Era fines de mayo y el piso estaba tibio. Mientras orinaba, tuve la sensación de que no le había mentido del todo al hermano de Jesús. Cuando me despedí de él no lo supe, pero había escuchado algo que, al menos, dejaba una puerta abierta.

Los primeros indicios venían de notas en revistas semimarillistas. Desde hacía unas semanas se había acumulado, en ciudades de varios países, una serie de sucesos (“extraños” era el único calificativo que les aplicaban) sin aparente conexión. Había testigos que afirmaban haber

presenciado hechos que podían haber aparecido hace casi un siglo en *La dimensión desconocida*, pero no quedaba rastro de lo que contaban.

Apenas dos días antes, en el camino de regreso a mi casa con un compañero de la oficina que vivía cerca, me enteré de algo más, que hasta entonces no había relacionado con esas noticias absurdas. Había una droga nueva que apenas empezaba a distribuirse. Provocaba un estado de balance preciso, las emociones disminuían en intensidad, todo resultaba aceptable. Más que aceptable, agradable. Como si todo lo que uno deseara estuviera materializándose al instante, sin importar que antes pareciera anodino, molesto o hasta doloroso. Como si uno se sintiera *feliz*. Un efecto secundario (favorable o no, era difícil saberlo), era que empezaban a pasar cosas “extrañas”. Así lo dijo, sin más especificación, por más que intenté hacer que definiera esa extrañeza. Todo lo que me podía decir con precisión era que, después de varios días de tomarla, y después de varios eventos anómalos, la gente desaparecía.

—¿Cómo que desaparece? ¿Qué chingados es eso? No me jodas.

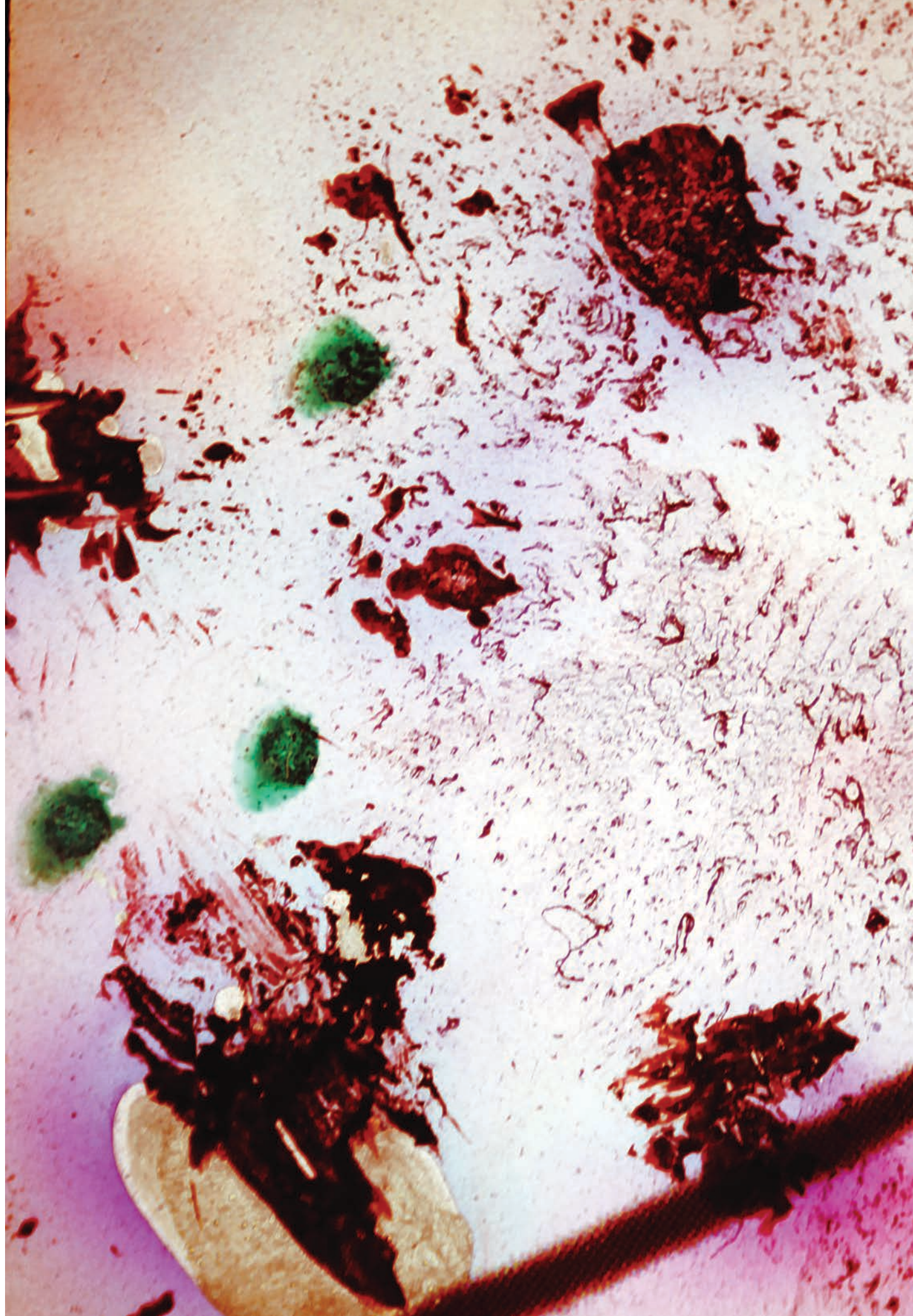
—Pues así, de pronto no están. No sé si alguien lo haya visto cuando pasa, pero no se sabe más de ellos. No ha pasado muchas veces, creo, porque es una droga nueva, pero...

La nueva leyenda era que esa droga inducía que el consumidor, después de desarrollar un hábito, fuera abducido. Y así era como se le conocía, la “droga para inducir abducciones”. Era un denominador tan atractivo que su nombre, más bien estúpido, se olvidaba con frecuencia: Alfaxom. Alfa, porque era el primer fármaco que tenía ese efecto y xom, porque no habían podido inventar otro sufijo para designar el efecto de la desaparición. Él sabía todo esto porque tenía un contacto que podía conseguirla, si quería. Resultaba que la descendencia de jipis, new agers y el resto de devotos de los alucinógenos había desarrollado la creencia, a través de varias generaciones, de que había vida extraterrestre con una inteligencia superior. Y más que eso, que había vida extraterrestre con una inteligencia superior que era amigable y sentía un afecto irracional por nosotros, que estaba dispuesta, hasta necesitada, de manifestárnoslo en cuanto estuviéramos “listos” para recibirlo.

No tenía tiempo ni ganas de destinar parte de mi deuda a drogas, así que ese día le dije que mejor me contara cualquier otro chisme que llegara a él sobre Alfaxom y más tarde, tal vez cuando fuera un anciano, la probaría. Pero esa madrugada, justo antes de orinar las últimas gotas, tuve una epifanía y me decidí a aumentarle unos dígitos a mis números rojos. Total, Jesús no tenía mucha opción.

Antes de ir a su casa, tenía que conseguir varias dosis. Una cantidad suficiente para lograr que su hermano no la despreciara, por el esfuerzo que me hubiera costado reunirla, y convencerlo de que lo intentáramos.

Me tomó un mes decidirme, pero al final estuve listo. Cuando su hermano volvió a abrirme la puerta, no pasó







ni media cerveza antes de que se diera cuenta de lo que le proponía y me sirviera un vaso de agua en el que vaciamos la primera dosis para Jesús. Hizo que la bebiera. Contuvimos la respiración mientras desaparecía el último trago y nos sentamos a esperar, sin poder hablar con la despreocupación de la vez anterior. Media hora después, los tics de Jesús, que se habían acumulado hasta la parálisis, empezaron a remitir. Dejó su balbuceo y en su lugar quedó un murmullo suave, como un gemido de los que suelta la gente que usa audífonos cuando se abandona a la música. Lo más importante fue su mirada, que pasó de la angustia casi paroxística, a una serenidad que, cuando pasó la sorpresa, casi nos daba envidia.

Su hermano intentó hablarle por su nombre. Supuse que era un exceso de optimismo, pero a la tercera vez volvió la cara y elevó la barbilla de una forma que inequívocamente significaba una respuesta. Nos reímos por la sorpresa. Él se puso de pie y abrazó a Jesús por los hombros. Empezó a sollozar y supe que era tiempo de salir al balcón, o a ese espacio que llamaban así pero no era más que una ventana junto al lavadero. Me tomé un rato para hacer cuentas de lo que acababa de gastar en la droga.

Le dejé a su hermano el resto de las dosis que, me habían asegurado, bastaba para desarrollar los efectos hasta el final. De nuevo, pasé algunas semanas sin poder hacer algo

más que sentarme ante mi escritorio y fingirme útil, pero cada tanto llamaba a su hermano para saber en qué iban las cosas. Una noche, cubierto por mis cobijas, me dijo que Jesús estaba listo para hablar.

—¿Quieres verlo o sólo te lo pongo en el altavoz?

—No, no, pon la cámara.

No era sólo que se hubiera recuperado, o más bien no era precisamente eso. Hablaba con normalidad, pero se veía mejor de lo que lo había visto nunca: más articulado, menos irascible, con una ecuanimidad que parecía blindada. Era él, sin duda, pero a la vez una versión de sí mismo que sólo existía como ideal.

—¿Y cómo te sientes?

—Pues, ¿cómo me ves? —rió, con las palmas vueltas hacia arriba—. Ya sé, me falta bajar unos kilos todavía, pero en unos días más estarás viendo al Jesús en versión condensada.

—¿No estás saliendo, Chuqui... verdad? —le pregunté con preocupación.

—No, claro. Con esta fiesta del Alfaxom pasan cosas que es mejor dejar entre paredes. La gente se pondría rara y le daría por buscar polis o curas, ¿no? Debes saberlo, quiero creer que hiciste la tarea antes de conseguirla.

Me sonrió y asentí. Antes de despedirse, dijo:

—Oye, muchas gracias, amigo. La armaste —hizo la seña de enviarme un abrazo—. Te paso a mi hermano.

## ELÁN Y LO QUE SIGUE *por Atabualpa Espinosa Magaña*

Meforcé a seguir el hilo de su relato, que empezaba a escapárseme por la persistencia de la impresión que me había dejado Jesús. Durante el tiempo que llevaba tomando Alfaxom todo se había vuelto incomprensible hasta el punto en que empezaba a considerar la posibilidad de que estuviera sicótico. De que estuviera sicótico él, no Jesús, porque la lucidez de Jesús no se prestaba a dudas. Pero lo que había visto... Necesitaba hablar y le dije que no se preocupara por el tiempo, que el saldo de mi deuda no estaba tan mal (peor de lo que habría querido, en todo caso, pero todavía en un nivel que consideraba remediable).

El primer efecto colateral, o secundario (si es que en el ámbito del Alfaxom podían determinarse esas diferencias), se manifestaba, por absurdo que sonara, en la pantalla de la computadora o la tele. Había investigado un poco y todos los casos de los que se había enterado empezaban así. Tal vez hubiera sido necesario conocer a un consumidor que no tuviera tele ni compu. Total, Jesús había cumplido el inicio típico: de pronto se formaba un marco dentro del marco, en la pantalla, como si la misma imagen se replicara de una manera reducida y un poco más lejana dentro de ella. Una tarde, Jesús estaba viendo una película y la tele ganó en profundidad, hasta que en ella aparecía otra vez la sala, Jesús incluido, y en el fondo, estaba la transmisión auténtica. Durante los siguientes días se podía ver a Jesús merodeando dentro de las pantallas de su computadora y de la tele, en las que al fondo se reproducía un recuadro donde aparecía el contenido “real” de su computadora, o la transmisión “real” de la tele.

El día anterior, su hermano estaba por llegar al departamento, cargando las bolsas de la compra. Antes de subir al piso donde vivía Jesús, un presentimiento le hizo mirar las ventanas. Había dos de ellas que daban hacia la calle donde estaba la fachada. En medio de esas, había otra, más pequeña, que había sido tapiada antes de que llegaran a vivir ahí. Tuvo que bajar la vista y volver a verla para estar seguro: Jesús le saludaba desde esa ventana inexistente. Al entrar, no le comentó nada, dejó las cosas sobre la mesa y corrió a revisar el muro. La ventana seguía tapiada, por supuesto.

Lo último que había pasado ese día era la multiplicación de los objetos. Cuando su hermano estaba por tomar una cuchara, estiraba la mano y no podía tocarla. Luego había dos de ellas y cuando por fin la tenía, sólida, entre sus dedos, sus manos se multiplicaban y no atinaba con cuál de ellas podía llevarse la comida a la boca. También pasaba con los espacios de la casa. Al abrir la puerta del baño, topaba con una pared. Cuando intentaba entrar al cuarto, se encontraba de vuelta donde estaba antes de dar un paso, como si fuera un espejo. Jesús, al parecer, estaba fascinado. El problema era que, con todos los efectos de lo que hacía y el tiempo que necesitaba para vigilarlo, la deuda de los dos se multiplicaba. No había podido cubrir sus turnos, su cuenta estaba hecha una mierda.

Con todo, valía la pena.

Mientras me esforzaba por quedarme dormido tuve la certeza de que ésa había sido la última vez que vería a Jesús. Era una idea ambivalente y pude quedarme con la parte favorable antes de que fuera demasiado tarde para dormir unas horas.

No pasó nada que me resulte particularmente placentero recordar a partir de eso. Amplié mi turno a trece horas y, como ya no me preocupaba Jesús, no me hacía falta exponerme a multas por paseos superfluos. Sólo salía a la oficina. La chica y su amiga que rentaban con nosotros se salieron. Poco después se fue otro de los inquilinos, un técnico electricista que era el que nos arreglaba todo en la casa. Durante el tiempo que sólo fuimos dos rentistas y se descompusieron la mitad de los aparatos y la instalación eléctrica, mi deuda tuvo que aumentar un poco. Pero logramos aguantar y redistribuimos el espacio para aumentar el número de residentes a seis. En unas semanas logré regresar al nivel que tenía antes de comprar el Alfaxom de Jesús.

Eran las cinco de la mañana cuando me habló su hermano. No me importó que me hubiera despertado, me dio gusto escucharlo: Jesús había desaparecido, al fin. O lo habían abducido, lo que fuera. Él estaba en la sala, a punto de quedarse dormido. Jesús acababa de entrar a su cuarto, después de cenar. Recordó que al día siguiente necesitaba despertarlo más temprano que de costumbre porque debía estar en una junta a primera hora. Tocó a su habitación, pero nadie respondió. Cuando abrió la puerta, no estaba. No había ningún sitio o resquicio por el que pudiera haber escapado. Sólo no estaba, era todo. Me agradeció y yo le agradecí de vuelta, era nuestra forma de aliviarnos.

Al día siguiente no fui a trabajar. Me quedé en mi cama, leí un poco y vi trozos aislados de series a las que no pude dedicar más que un borde de mi concentración. Sobre todo, estuve pensando.

Tres días más tarde, tenía las dosis necesarias de Alfaxom. Las guardé, como garantía, en un lugar seguro. Sólo las usaría en caso de que nunca me acercara al nivel cero de deuda y entonces, cuando no hubiera remedio, me las arreglaría para desaparecer justo antes de encontrarme con alguien que intercambiara unas palabras conmigo, las suficientes para ser el heredero de mi cuenta. Tocaría a la puerta de un director de banco o un funcionario de la secretaría de deuda, al que habría investigado previamente. Preguntaría por él, con su nombre y señas, daría unas cuantas claves para que quedara claro que tenía información que podría interesarle. La empleada o empleado lo llamaría, él acudiría envuelto en su bata, la esposa lo vería desde el umbral del vestíbulo y él la despediría con un ademán, porque mi apariencia no es de las que inspiran peligro. Conversaría unos minutos con él y antes de que se diera cuenta me evaporaría ante su mirada.

Sólo faltaba dejar listo un detalle: comprar entera la deuda del hermano de Jesús. Que un día revisara su cuenta y estuviera en ceros. Era lo menos que merecía. *CEB*



# NUNCA TENDREMOS PARÍS

*Una conversación entre Aleksandar Hemon y Akhil Sharma*

ILUSTRACIONES POR MATT ROTA

En 2006 estábamos armando nuestro primer especial de narrativa. Yo quería publicar a Aleksandar Hemon. Él me contestó que no tenía nada preparado. Lo mismo ocurrió con Akhil Sharma. Los dos fueron muy amables. Ambos eran parte de mis escritores favoritos, así como parte de los cientos de autores a los que les escribo. Como pueden darse cuenta, tenía un arma secreta: un amigo de una revista prestigiosa me dio una lista con los mails de varios escritores. Simplemente le mandé los nombres y él me regresó una hoja de cálculo con todas sus direcciones. En mi camino de acoso profesional a Hemon y Sharma, me enteré de que los dos estarían en París la misma noche y les pedí que fueran a cenar juntos y que llevaran una grabadora. ¡Y dijeron que sí!

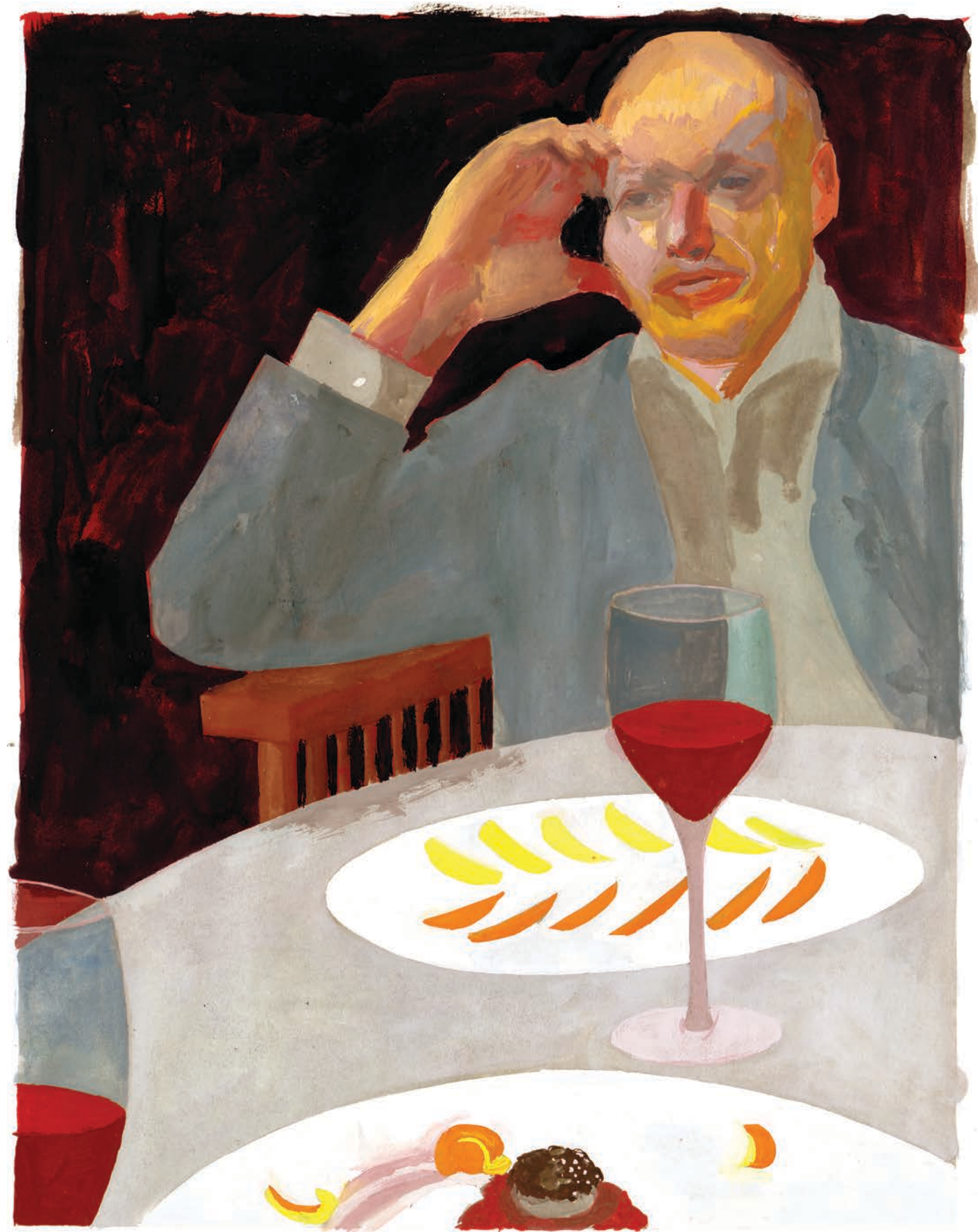
Y después de todo, la grabación se perdió. Sin embargo, aún puedo recordar algunas partes. Recuerdo

haber escuchado que en algún momento Sharma dijo: “Ahora debo ir al baño, pero mientras quiero que elijas un buen vino para que podamos gastar todo su dinero porque no me gusta que abusen de mí”.

Hemon, con voz adormilada, dijo: —¿Que qué?  
—Piénsalo.

Me entristeció haber perdido aquella conversación en París. En los ocho años desde entonces, Sharma publicó *Vida de familia*, que ganó el Folio Prize de ficción en 2015. Hemon publicó la novela *El proyecto Lázaro* y *El libro de mis vidas*, de ensayos. Ambos fueron finalistas del National Book Critics Circle Award. Con ruegos y sobornos, los persuadimos para que conversaran de nuevo en el restaurante Le Bernardin en Nueva York. Aquí está su conversación, la cual editamos por cuestiones de duración.

—Amie Barrodale, editora de ficción de VICE





**Akhil Sharma:** No sé si tu experiencia de escritor sea como la mía, en la que es muy difícil ganarte la vida.

**Aleksandar Hemon:** Sí, lo es.

**Sharma:** Así que es raro ir a un restaurante lujoso y ordenar como caballero. Es una experiencia extraña.

**Hemon:** Hace poco estaba en un hotel de lujo que tiene un restaurante con estrellas Michelin, y ahí pude ver a través de todos mis buenos modales que mi pobreza es genética y que ha arruinado a mi familia durante milenios. No podía hacerme el loco y hacer como si no fuera gran cosa, como hacen las personas acostumbradas a eso. Estaba en un parque temático de la riqueza. Simplemente estaba allí, aunque en realidad soy un trabajador con un sueldo bajo.

**Sharma:** Yo crecí sin tener mucho dinero y trabajé duro para no estar cerca de mi familia. Me parecía que trabajar duro era la mejor forma de no terminar con mi primo ratero. Yo también tengo esa sensación de que la gente puede ver a través de mí. Pero no tengo ganas de pertenecer a ese mundo.

**Hemon:** Ese hotel del que te hablo tenía un diseño hermoso y una colección de arte, y aunque las piezas no eran malas, tampoco eran arte: eran decoración. Es difícil concebir que cuelguen cosas en las paredes de un hotel lujoso. Y el arte decorativo no es algo que a mí me importe.

**Sharma:** Veo la lógica de lo que dices. Yo me conmuevo y me emociono muchísimo cuando veo algo bien hecho, una chamarra o una playera o algo así. Obtengo mucho placer en ello. Si hay una alfombra bonita en el pasillo digo: “Déjame disfrutarlo, esto es lo único que tengo”.

**Hemon:** Supongo que esta sensación de pobreza genéticamente inscrita es parte de mi historia familiar, o de la historia de la región de donde vengo. Y es un modo de supervivencia, como saltar de isla en isla mientras los tiburones nadan en el agua. Pero es por eso que disfruto muchas cosas, una por una. Casi todas las personas de mi mundo, mi familia y amigos, piensan en términos de inestabilidad, placer ocasional y cualquier bondad que haya en el momento. Las cosas buenas se pueden ir así de fácil. La alfombra es hermosa, pero se puede ir así de fácil. Debería ser apreciada y disfrutada, pero...

Poseer tales cosas no tiene sentido. Puedes tenerlas todas, pero sabemos que de repente, en algún momento, se irán.

**Sharma:** ¿Pero acaso las cosas no adquieren más valor? Cuando pienso en los precios, se me ocurre que cuando esté en mi lecho de muerte veré mi vida en retrospectiva y pensaré: “Todo estaba bien. ¿Por qué no fuiste más feliz?”

**Hemon:** Mi meta también es ser feliz, pero es cuestión de qué es lo que te hace feliz. Entonces veo que el placer no es lo mismo que la felicidad, tampoco lo es la constante exposición al placer. Es sólo placer. Lo disfruto mucho, pero no me hace *feliz* de forma substancial. Eso es lo que he aprendido de mi vida.

**Sharma:** Agradezco mucho estar aquí sentado, comiendo esta cosa tan deliciosa.

**Hemon:** La gratitud es diferente a la felicidad. Me gusta tener esta vida en la que puedo buscar nuevas experiencias... Yo esquí, y una revista de las que dan en los aviones llamó a mi agente preguntándole por escritores que esquiaran, y yo me ofrecí como voluntario. Entonces esquíe en Gstaad [Suiza], aunque Gstaad no es sólo una estación de esquí. Esquíe, pero también pasé un rato en algunos hoteles para escribir sobre ellos. Aún no se ha publicado nada. Como dicen ellos: “Donde me dejes, aterrizo”. Y yo aterricé en Gstaad.

**Sharma:** ¿Qué tan seguido viajas a Bosnia, tu lugar de origen?

**Hemon:** Voy una o dos veces al año. Antes de tener hijos iba más seguido, pero el año pasado fui dos veces. Este año aún no he ido. Pero siempre estoy en contacto con gente de allá. Ayer entregué una columna en bosnio y escribí el guión para una película con una directora bosnia, sobre todo por medio de Skype; es una película llamada *Love Island*. Los primeros dos borradores estaban en bosnio y luego los pasamos a inglés. Una buena parte está en inglés. Hoy en día puedo hacer esto gracias a Skype. Mis padres, que viven en Canadá, pasan algunos meses en Bosnia una vez al año. Solamente van una vez al año porque odian el invierno canadiense. Mi hermana, quien vive en Londres, va a verlos con su familia. Cuando yo voy, nadie se sorprende de verme. No tengo que ponerme al corriente. Hablo de mi vida en todos lados y mis amigos siempre saben en qué ando. En Estados Unidos hay una fascinante falta de entendimiento sobre qué ocurre con los inmigrantes. No sólo por parte de los republicanos. Y es que no es negación, muchos pecan de ingenuos.

**Sharma:** El mito del inmigrante es tan extraño... es alguien que está fuera de lugar.

**Hemon:** Es el tropo de la Isla Ellis,<sup>1</sup> a donde llegas y te conviertes en otra persona: te vuelves estadounidense. Tu transformación empieza en la Isla Ellis. Te conviertes en una persona nueva y, una vez que la hagas aquí, según el mito, regresarás a tu vieja tierra unos cuarenta o cincuenta años después y no reconocerás nada.

**Sharma:** Cuando vas a Bosnia, ¿cuánto tiempo te quedas allá?

**Hemon:** A veces estoy en Europa y sólo voy allá unos días para ver a amigos. Es difícil quedarme allá porque no quiero dejar mucho tiempo a mis hijos. Mantengo contacto con Bosnia por medio de la escritura, pero también le hablo a la gente y estoy involucrado en la política y todo eso. No tengo tanta nostalgia como para ir a Bosnia; ésa ya se fue. Cuando voy a Bosnia no voy para recordar mi juventud. Voy allá a visitar a gente que vive allí y porque extraño a mis amigos, de la misma forma en que extraño a mis amigos de Nueva York.

**Sharma:** Ahora, si vas a India, allá hay una especie de confusión eterna. En la noche nunca está completamente oscuro porque hay demasiada luz y el cielo está contaminado, por lo que la luz siempre se refleja. Lo que extraño es estar en el centro de la ciudad y ver estrellas. Cuando pienso en India en términos de nostalgia, me doy cuenta de que ésta es sobre todo física. Y físicamente es un mundo diferente, ya que el plástico era muy valioso y poco común. Incluso en el año 2000, no encontrabas cosas en la calle. No veías basura en ningún lado. Eso me da nostalgia.

**Hemon:** En realidad no creo que *nostalgia* sea la palabra correcta. Es más como “Me gustaría volver a vivir mi juventud, pero con mi mente de ahora”. Yo también quisiera eso, pero también sería más consciente de ello, ya que ahora puedo verlo desde lejos, y había cosas buenas e importantes en las que estaba tan inmerso como para ver su totalidad. En retrospectiva, desearía haber puesto más atención. Quizá es una enfermedad de escritores: eso de siempre querer haber sido más consciente.

**Sharma:** ¿Cuántos años tienen tus hijos?

**Hemon:** Tres y siete. Perdimos a un bebé entre ambos. El más grande tenía una hermana que falleció. Mi hija menor tiene algo llamado Síndrome de Prader-Willi. Es

un trastorno del espectro, lo que significa que puede ser muy malo o no tan malo. Pero sí necesita atención, por lo que mi esposa ha cargado todo ese peso y cuando estoy en casa compartimos las responsabilidades. Pero cuando no estoy, ella tiene que hacerse cargo. Ella ya está regresando a ese punto en el que puede trabajar de nuevo, pues la niña de tres años ya empezó a ir al kínder.

**Sharma:** ¿Sabes? Mi esposa y yo decidimos no tener hijos antes de casarnos, en parte porque nunca creí que sería buen padre. Mi infancia fue tan miserable que creo que se necesitaría un milagro para criar bien a un hijo. Ahora llevamos 13 años casados y sería lindo tener un hijo, pero ya es demasiado tarde.

**Hemon:** Ésa es una decisión que todos deben hacer, pero no puedes saber qué tipo de padre serás, porque ser padre te cambia. Te expande, pero no puedes saber qué áreas de tu ser te expande. Algunas cosas se vuelven mejores y otras peores. Algunas personas se ven a sí mismas con más espacio interior. No hay forma de saberlo. La gente no quiere entrar en lo desconocido. Yo no siento haber perdido nada al tener hijos, todo ha valido la pena. Los niños son hermosos.

**Sharma:** Mis padres eran personas muy difíciles. Eran malos y se volvieron más malos después del accidente de mi hermano. Mientras más envejezco, veo que tengo más compasión y me es más difícil evitarlos. Hace poco hablé con mi madre, pero en realidad siempre la evito, también a mi padre. Aún así, es difícil mantener ese límite, como de autopreservación. ¿Has ido a India?

**Hemon:** No, pero muchas personas me han dicho que vaya. No he querido dejar a mi familia. Pero ahora tengo un libro recién publicado y podría ir a trabajar un poco allá.

\*\*\*

**Hemon:** Uno de los textos de mi libro anterior, que habla sobre la experiencia de un amigo en la guerra, será publicado en formato electrónico. Él estará conmigo en el evento en la Apple Store en SoHo presentando un video.

**Sharma:** Siempre quise que me invitaran a *The Paris Review*, pero nunca sucedió. Una vez me invitaron a la gala del Penn en el Museo de Historia Natural porque un tipo canceló a último minuto. Me mandaron un mail preguntando si tenía un esmoquin y luego me dijeron: “Ok, si quieres ir, puedes hacerlo”. Es tan increíble poder participar en este tipo de estupideces. Es bueno ser invitado y poder verlos y ver qué sucede allí. **Hemon:** Yo vivo en Chicago porque me gusta Chicago.

<sup>1</sup> La Isla Ellis es un islote cercano a Nueva York que a finales del siglo 19 y la primera mitad del veinte funcionó como la principal aduana de la ciudad. Por allí entraban migrantes provenientes del sur y del este de Europa [N. de la T.]



## NUNCA TENDREMOS PARÍS

Pero una de las razones por las que no querría vivir en Nueva York es precisamente por esta exposición a la industria editorial y a la cultura literaria. Me aburrí muy rápido. Mi entusiasmo se va en un día o dos. Cuando vengo puede que vaya a esas cosas, pero nunca ansío ir a ellas. Son el Hollywood de la industria editorial.

**Sharma:** Cuando hay esas cosas, yo estoy feliz de ir, pero cuando no, pues no me importa. Tengo un amigo que dice que cree que es difícil trabajar en Nueva York porque hay muchas distracciones. Pero yo creo que vayas a donde vayas, siempre habrá distracciones.

**Hemon:** Bueno, hay muchas distracciones en Chicago. Pero aquí en Nueva York las distracciones son la gente que trabaja en lo mismo que tú y que hay una cierta sensación de competencia. He estado en fiestas neoyorkinas donde hay una enorme masa de escritores y gente de la industria editorial y se nota. Las jerarquías siempre están cambiando y los neoyorkinos siempre tienen una idea de la posición de cada quién, de estas jerarquías. Y para mí ni siquiera es un problema moral, simplemente es muy agotador. No me importa y no quiero que me importe. Terminará importándome porque no puedo evitar a las personas. No podría alejarme de ellas. No podría aislarme. Si alguien me invita a una fiesta, voy. Si quieres aislarte, Nueva York no es el lugar para hacerlo. Es difícil darte cuenta de lo que ocurre, no detrás de escenas, sino en el momento. Una vez estaba hablando con un amigo en una fiesta. Y —no tengo una mala impresión de él por esto— a media oración vi cómo cambió su cara y entonces entendí que alguien importante acababa de llegar. Ni siquiera tuve que voltear. Lo noté con un simple gesto. Y cuando volteé, era Susan Sontag. No hay nada de malo con estar fascinado por Susan Sontag, pero simplemente es demasiado. Muchos escritores y amigos de Chicago hacen cosas similares a lo que yo hago, pero tengo muchos amigos que no tienen nada que ver con la literatura ni las editoriales. Allí no hay jerarquía porque no hay nada que ganar.

**Sharma:** ¿Cómo fue tu entrada al mundo editorial? Yo creo que para mí, una de las razones por las que al libro le ha ido bien es que, ya sabes, la gente puede conocerme. Simplemente puedo encontrarme con un editor para ir por un café. Siento que una de las razones por las que he sido exitoso es que la gente se me puede acercar. Al parecer es muy útil ser así en Nueva York. Aunque cuando empecé a publicar no vivía en Nueva York.

**Hemon:** Lo que lo hace el Hollywood de la industria editorial es que tienes que estar aquí para que suceda. Y no creo que eso esté mal, simplemente depende de la sensibilidad. Yo no puedo hacerlo. Yo tuve suerte. A

finales de los noventa escribía cosas y las publicaba en pequeñas revistas literarias, como *Ploughshares*. Esto llamó la atención de Stuart Dybek, quien leyó un relato mío y estaba en el jurado que le dio un pequeño premio de Illinois. En ese entonces no era pequeño, era enorme, y mi texto le había gustado tanto que cuando fue editor invitado de *Ploughshares* me pidió que se lo mandara, así que lo hice. Lo publicaron y resultó que el asistente de mi agente se iba a encontrar con una amiga en una librería y ella iba tarde, por lo que tomó *Ploughshares* y mi relato resultó ser el primero. Su amiga llegó lo suficientemente tarde para que él pudiera leerlo y luego se lo llevó a su jefa —que es ahora mi agente— y le dijo: “Tienes que leer esto”. Ella me llamó de la nada. Ni siquiera pensaba en tener agente o algo así; no sabía cuánto tenía que pagarle. No sabía si preguntarle o no. Finalmente dije: “¿Cómo funciona? ¿Qué ganas tú?” Y ella dijo: “Creí que lo sabías; todos lo saben”. Pero yo no sabía. Ella me explicó y desde entonces ha sido mi agente. Mi grado de autopromoción era sólo mandar textos a revistas. Luego llegaron a algunas personas y ahí despegó. Estas personas ahora son amigas mías y es parte de lo que le agradezco a Chicago. Pero yo no hice una estrategia para entrarle.

**Sharma:** Yo había escrito algunos textos que pensé que eran buenos y fui a Stanford y tenía un agente que no pensaba lo mismo. Empecé a deprimirme más y más porque no sabía qué pasaría en el futuro. Empecé a escribir una novela y no iba nada bien. En algún punto tomé mi mejor cuento y lo mandé a cinco revistas. Normalmente, cuando enviaba algo no le ponía remitente, ya que no quería que me lo regresaran. Puedes tirarlo, si quieres; yo imprimiré más. [Risas]. En esta ocasión sentí que debería hacer las cosas bien, así que le puse remitente a los sobres y en pocos días recibí cuatro de regreso. Estoy convencido de que estos idiotas ni siquiera lo leyeron porque me los regresaron sin abrir. Del quinto ya no supe nada y pensé: *Oh, genial, los bastardos se robaron mis timbres*, porque yo no tenía dinero. En Palo Alto, mi beca era de 11 mil dólares al año. Lo mandé en febrero o marzo y luego en junio o julio recibí una carta de *Atlantic* en la que me pedían el cuento, y en seguida les mandé otro creyendo que tal vez también querrían comprarlo. Yo quería salir en *The New Yorker*, así que hice que mi agente se los mandara. Ellos dijeron que no y preguntaron si no había sido un error, porque ya se las habíamos enviado antes. Luego se las mandé al *Atlantic* y publicaron la segunda, y entonces empezó todo. Pensé que mi vida cambiaría inmediatamente, pero es básicamente lo mismo: no tener dinero. Siempre pensé que habría una forma en la que uno pudiera estar económicamente seguro.

**Hemon:** Si la encuentras, pásamela, porque no la conozco. *WES*





# ROY Y LOS PIRATAS DEL RÍO

POR BARRY GIFFORD

FOTO POR STACY KRANITZ

*Para Jayne Anne Phillips*

Roy no sabía que éste sería el último verano de su padre. Roy tenía 11; su padre, 47. Su papá siempre pareció estar fuerte y saludable. Fumaba puros y cigarros y bebía whiskey irlandés, pero no mostraba problemas respiratorios ni tampoco dio la menor indicación, en presencia de Roy, de falta de sobriedad. El cáncer que se llevó la vida del padre de Roy apareció en otoño y al final del invierno ya había muerto.

Su padre y la segunda esposa de éste, Ellie, junto con el hermano menor de Roy, Matthew, y una prima más grande, Sally, se estaban quedando en una casa en Cayo Vizcaíno, Florida, que el papá pensaba comprar. Matthew tenía 6 y Sally, la hija menor de Talia (la hermana del papá de Roy), casi 15. Todos vivían en Chicago, aunque Roy, quien vivía más con su madre, casi siempre estaba donde ella viviera, alternando entre Chicago, Nueva Orleans y La Habana. En ese verano, en 1957, la mamá de Roy estaba con su actual novio, Johnny Salvavidas, en Santo Domingo o viajando en alguna parte del Caribe. Roy no esperaba verla hasta antes de septiembre.

A Roy le gustaba Sally; pensaba que era muy bonita con su cabello corto color miel, ojos color avellana, piel perfecta y delgada figura. Sin embargo, lo mejor de ella era su naturalidad, siempre tranquila, con sentido del humor y nada presumida. Además, Sally hablaba directo y a veces era medio tonta pero de forma divertida; se la pasaba bromeando con Roy y Matthew. El papá de Roy dijo que Sally no se llevaba bien con sus papás y que ella le había preguntado si, en caso de que sus papás no tuvieran problema, podría invitarla en verano a Cayo Vizcaína. Talia le dijo al papá de Roy que Sally era “diferente”, que tenía su propia forma de pensar y hacer las cosas, y a menudo chocaba con las ideas de ella y su esposo Dominic sobre cómo debía comportarse. El papá de Roy no sabía exactamente a qué se refería Talia, pero a él y a Ellie les caía muy bien Sally, así que aceptaron llevarla a Florida.

—¿Qué crees que sea lo que Talia y Dominic no entienden de Sally? —le preguntó el papá de Roy a su esposa.

—Ella es muy libre para ellos —dijo Ellie—. Sus papás giran alrededor de los negocios. Si no hay dinero, no vale la pena su tiempo. Sally no es así.

A Roy le gustaba ver a su prima. Sally era la primera niña que conocía que lo hacía sentir un poco tonto con sólo mirarla. Cuando Sally se daba cuenta de que Roy la estaba viendo, le sonreía y a veces se quitaba el cabello de la frente con la mano.

Los piratas del río atacaron en la tercera noche. Aquella tarde, cuando terminaron de nadar, Roy, Matthew y Sally pusieron sus trajes de baño a secar en de la reja trasera y los dejaron allí toda la noche. Cuando salieron por ellos a la mañana siguiente, ya no estaban. El Canal Intracostero del Atlántico pasaba justo detrás de la casa, lo que hacía que fuera muy fácil que cualquiera en un barco pudiera robar las prendas.

—Debemos saber quién se llevo los trajes —le dijo Roy a Sally y a Matthew—. Tienen que ser piratas del río.

—Éste es un canal —dijo Sally—no un río.

—¿Quieres decir piratas reales? —preguntó Matthew—. Con espadas y parches en el ojo y una bandera negra con calavera y cruz de huesos?

—Probablemente sólo sean niños que viven por aquí en un barquito— dijo Sally.

—Pronto lo sabremos —dijo Roy—. Vamos.

—¿Vamos a dónde? —preguntó Sally.

—A hablar con los vecinos. Alguien debe saber quiénes son los ladrones.

Ninguno de los habitantes de la cuadra tenía sugerencia alguna sobre quién podría ser el responsable del robo, así que Roy, Sally y Matthew decidieron acampar esa noche en el patio y sorprender a los piratas, si es que volvían a aparecer. Como la vez anterior, colgaron sus nuevos trajes de baño en la reja trasera y, en cuanto oscureció, prepararon sus camas en el pasto. Tanto Ellie como el papá de Matthew y Roy aceptaron que era un buen plan, pero preguntaron qué harían si los ladrones volvían.

—¡Dispararles! —dijo Matthew—. Tengo mi arco y flechas.

—Las flechas son de hule— dijo Sally.

—Podemos ver cómo son y el nombre de su barco y rastrearlos— añadió Roy.

—Le daremos la información a la policía —dijo Matthew.

—Nada de policías —dijo su papá—. Háganse cargo ustedes.

Roy, Sally y Matthew acamparon en el patio varias noches seguidas, pero los piratas del río no aparecieron. De los tres, Matthew era el más decepcionado. Roy también estaba decepcionado, pero disfrutó dormir en el piso junto a Sally. Una mañana, después de que decidieran que ésta sería su última noche acampando, Matthew lanzó algunas flechas hacia el canal.



—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Roy.

—Estaba imaginando que los piratas estaban aquí. Probablemente les dio miedo regresar.

Matthew caminó hacia la reja y gritó: —¡Gallinas!

Durante las semanas restantes, Roy veía a Sally cuando creía que ella no lo veía. Ella siempre fue linda con él, pero eso no era suficiente para Roy; decidió que antes de regresar a Chicago intentaría besarla.

Roy esperó hasta la noche antes de tener que irse, cuando Sally estaba sola en el patio parada frente a la reja. Salió y se paró junto a ella. Su padre, Ellie y Matthew estaban dentro de la casa, empacando.

—¿Qué haces aquí afuera? —le preguntó Roy.

—Ah, nada más estoy viendo el agua —dijo—. Me gusta ver cómo se refleja la luna.

—Qué mal que nunca atrapamos a los piratas —dijo Roy.

Sally no le parecía tan alta ahora; Roy se dio cuenta de que debió haber crecido unos cinco o siete centímetros en Florida. Se inclinó y besó a Sally en la comisura del labio.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

Sally estaba tranquila y le sonrió, como si no estuviera sorprendida.

—Me gustas mucho —dijo.

—Tú también me gustas mucho. Voy a extrañar estar aquí contigo y con Matthew y con tu papá y Ellie.

—Nos veremos en Chicago.

—Claro, pero no es lo mismo que Florida. Aquí el aire es cálido y dulce y el cielo es hermoso siempre, especialmente en la noche.

—Tú también eres hermosa —dijo Roy.

Sally lo vio a los ojos. Ya no sonreía.

—Gracias, Roy —dijo—. Quisiera que fuéramos más grandes —dijo Roy, —para poder ser tu novio.

Sally vio de nuevo el agua, luego hacia la luna.

—No hay ningún pirata de río— dijo—. Tu papá se llevó los trajes de baño y me hizo prometerle que no te diría a ti ni a Matthew.

Roy no dijo nada. Una gran ave blanca pasó encima de ellos.

—¿No estás enojado conmigo o sí?

Roy caminó de vuelta a la casa.

—Ven, hijo —dijo su papá—, échanos una mano. *WES*



# DE POETA Y EDITOR A NOVELISTA

*Una entrevista con Jonathan Galassi*

POR HILTON ALS

FOTOS POR MATTHEW LEIFHEIT

En 1986 un joven editor y poeta llamado Jonathan Galassi empezó a trabajar en la venerable editorial Farrar, Straus and Giroux. Fundada en 1946 por el fascinante e histriónico Roger W. Straus Jr., la pequeña editorial con gran reputación ha publicado a varios poetas ganadores del Nobel, como Joseph Brodsky, Derek Walcott y Seamus Heaney, entre muchos otros; además de novelistas y ensayistas como Elizabeth Hardwick, Susan Sontag, Jamaica Kincaid, Ian Frazier y John McPhee, escritores que no sólo han enriquecido el lenguaje, sino que también han cambiado las formas dentro de la literatura. Antes de empezar a trabajar para FSG, Galassi, quien estudió en Harvard, se convirtió en el traductor oficial del poeta italiano Eugenio Montale al inglés. Durante diez años Galassi fue el editor de poesía de *The Paris Review*, al mismo tiempo que trabajaba en sus propio versos, los cuales resultaron en tres volúmenes: *Morning Run* (1988), *North Street* (2000) y *Left-handed* (2012). Fue su último libro el que anunció una nueva especie de escritor: visceral, inmediato, perspicaz y nada vulnerable. Aún así, Galassi era mejor conocido como editor y, con la muerte de Straus en 2004, se volvió además el presidente y publirrelacionista de la compañía que ha sido su casa profesional durante casi treinta años. En junio de este año Galassi adquirió nueva fama: Knopf publicó su primera novela, *Muse*, que narra la historia de un joven editor romántico que se vuelve tanto el protegido de un extravagante empresario de la industria editorial, como su rival en lo profesional y en lo privado; de esta forma, el libro es una sátira sobre el mundo que el autor conoce tan bien. Además, es una exploración de la familia y de lo que nos lleva a crear aquellos enredados y necesarios lazos dentro y fuera de casa. Hablé con el autor de 65 años en su mesa del Union Square Café, en Nueva York, donde casi siempre almuerza en compañía de sus autores, colegas y amigos del medio.

**VICE:** ¿Cómo fue que decidiste empezar a escribir tu primera novela?

**Jonathan Galassi:** Nunca creí que pudiera escribir narrativa, pero hace algunos años decidí que si quería hacerlo, éste era el momento. Me decidí a hacerlo, como siempre lo he hecho. Si no lo hacía en ese momento, no lo haría nunca. ¿Qué perdía con intentarlo?

**¿Cómo llegó *Muse* a ti? ¿Por fragmentos?**

Seguramente. En realidad no lo sé; un día de verano empecé a escribir viñetas. Las escribí sin releerlas y las dejé de lado durante todo un año.

**¿La novela siempre estuvo escrita en tercera persona?**

Así es. Ahora estoy intentando escribir algo en primera persona. Es muy diferente. *Muse* empezó como una especie de autobiografía en tercera persona, si es que algo así existe.

**¿Ida, la poeta central en *Muse*, está basada en alguien? La siento muy inventada.**

No, es igual que Morgan Dickerman, el librero, quien es la conciencia de nuestro héroe. Ambos son personajes totalmente inventados.

A la mitad del libro entiendes que Paul, ese editor ingenuo, tiene a dos padres intelectuales y los admira por igual. Es muy cuidadoso de no culpar a ninguno por sus errores. Las descripciones de sus limitaciones son las de alguien que ha evolucionado, aunque en realidad son las mismas de todos: se trata de personajes muy carismáticos pero de formas diferentes. Son una bola de inadaptados que se encuentran entre sí, incluyendo al narrador.

El joven Paul definitivamente quiere entrar a este mundo. Cuando estás fuera, este mundo siempre te llama; cuando estás dentro puedes ver las manchas y las fisuras.







Pero todos quieren pertenecer a algo, ¿no? ¿Por qué crees que Sterling busca al joven?

Porque necesita que alguien lo admire, necesita un espejo narcisista. Sterling es heroico y admirable. Pero disfruta ser apreciado por una persona más joven que crea que su trabajo es lo mejor de lo mejor, y probablemente no haya mucha gente así.

Dices que lo pospusiste durante un año. Obviamente se quedó en tu cabeza, ¿cierto?

Sí, pero en realidad no pensé mucho en ello porque tenía otras cosas en la cabeza. Luego, el siguiente verano dije: “Voy a sacarlo y veré si hay algo allí”. Entonces empecé a construir una historia. Es un libro corto.

Siento que hay algo muy tierno en el libro. Tiene un gran sensibilidad. Dime un poco más sobre el proceso de escritura. ¿Fue un periodo de dos años? Empecé en 2011 y lo terminé hace como un año. Así que duró tres años.

¿Cómo le hacías con tu otro trabajo?

No trabajaba mucho en el libro durante la semana. Creo que aprendí algunas cosas sobre mí mismo en el proceso de escritura. Yo era muy reacio a quitar cosas, pero ésa es la clave: borrar. Tengo una especie de acercamiento anal retentivo a la escritura, necesito ayuda. Es una sátira que se transforma en algo más. Y también es una historia de amor. Me la pasé añadiéndole capas, pero también necesitaba quitarle cosas.

El único personaje responsable en el libro es Paul, ya que él se toma sus amistades muy en serio. Me reí muchísimo con los personajes de Brodsky y Susan Sontag. Digamos que muchos de los escritores que aparecen en el libro tienen características de escritores que conozco.

Amo a todos los personajes que están basados en escritores que he leído.

El libro tiene el objetivo de recrear la atmósfera de la vida familiar en una editorial vieja e independiente. En Purcell & Stern está el papá, Homer Stern, y los primos de visita: los escritores. Luego están los zánganos que hacen todo el trabajo y que a veces son aplastados en el proceso.

Muchos hombres en la carrera de Homer no habían logrado sobrevivir dentro de esta familia. Él no podía tolerar la competencia. Sin embargo, *Muse* ocurre en una etapa posterior en la vida de Homer, cuando necesita ayuda, y Paul no está interesado en desafiarlo directamente. Paul está buscando una figura paterna. Como dijiste, se encuentra entre estos dos hombres, Homer y su némesis, Sterling Wainwright, quienes representan dos caras de la misma moneda.

La vida amorosa de Paul se lleva a cabo a fuego lento. Él siente cosas por otros chicos que no están del todo desarrollados, que no han sido probados. De alguna forma no ha crecido. Es una especie de adolescente tardío.

Algo que amo de él es su optimismo.

Ésa es una de las razones por las que se ve atraído a esta mundana y cínica gente: él vive su vida a través de ellos. Paul va creciendo a lo largo del libro. Al final ve que Ida en realidad no es lo que pensaba, pero que aún así es genial de forma diferente y quizá más profunda.

Es una persona limitada, como todos nosotros.

Exactamente. El hecho de que lo pueda ver significa que ha crecido. Él ve que sus ideas sobre el arte y la vida están basadas en libros. Espero que sientas que al final del libro hay esperanza para Paul: que encontrará una forma diferente de amor.

No creo que esté enajenado; más bien es un romántico. Y creo que Morgan es muy buena antagonista porque puedes verla haciendo gestos mientras hablan por teléfono; además, es un personaje increíble y necesario. Es una persona completa. Lo que amo de Paul es que su imaginación siempre intenta hacer de la gente un todo, pero el texto muestra sus limitaciones. El lector se encuentra entre el romanticismo y la realidad de los personajes.

Se supone que tengas la sensación de que Homer se le insinuó a Morgan en el pasado. Hay una sensación de que ella lo rechazó, aunque no se ofendió, ya que él simplemente es así.

¿Sentiste que estabas en una conversación con otros escritores que aprecias? ¿Había escritores en particular con quienes deseabas hablar de eso?

Siento que estaba solo, pero estoy seguro de que era una ilusión de autoprotección. Creo que muchas novelas escritas por poetas no están muy aterrizadas y yo esperaba hacer algo mejor, al menos en este respecto.

Los poetas saben comprimir cosas. No saben expandir ni hacer mucho drama.

Tomemos por ejemplo las novelas de James Merrill. Pensé en ellas y esperaba escribir algo un poco más lleno. Amo la poesía de Merrill, pero quería desafiarme a mí mismo para escribir una novela sobre poesía y poetas, pero que fuera una novela.

Iba a preguntarte qué sacaste.

Había toda una parte sobre la vida amorosa de Paul, cuando entra a internet y conoce gente. Era divertida, no recuerdo cómo se suponía que encajaría en la trama, pero Robin Desser, mi fabulosa editora, dijo: “¡Sácalo, por favor!” [Risas]. Así que eso hice. La dirección que seguía Robin al editar el libro era siempre hacerlo más realista. No es un libro del todo realista, pero ese empuje me ayudó a darle forma.

No hay nada como un buen editor. Debes ser desinteresado para hacer ese trabajo.

Ella lo editó cuatro veces. Nunca había visto algo así. Siempre

estaba escarbando, era muy molesto. [Risas]. De todos modos para mí fue muy bueno tener una editora cuya visión del libro fuera un poco más centrada que la mía a la hora de aterrizar el libro a la realidad.

También pensé que podrías escribir teatro. Tus diálogos son muy buenos. Los poetas siempre son muy buenos en el teatro. Siempre quise escribir un musical. Larry Kramer trató de hacerme escribir uno. Hice algunas canciones y él fue muy bueno con ellas.

Este libro y la poesía son verdaderas sorpresas.

De hecho se las mandó a Elton John, pero como que no le importaron. [Risas].

¿Con qué personaje te encariñaste más? Yo amo a Sterling. ¡Sé que lo amas!

Creo que me recuerda a John Lindsay. Cuando leía sus descripciones veía a John Lindsay con su aristocrática falta de caos. Homer es puro caos. Sterling es como Apolo, muy racional. Eso es porque, de alguna forma, su locura está confinada a su arte, que no es algo del todo bueno. Homer no tiene esa válvula de escape, es puro instinto. Homer es muy instintivo. Es cierto. Es puro apetito las 24 horas del día. Eso es lo que lo hace un buen editor y publi-relacionista. Es voraz, mientras que Sterling es más olímpico, más apolíneo. Me da mucho gusto que te guste Sterling. Yo lo amo. Me sentí un poco culpable de destruirlo. [Risas].

¿Por qué?

Paul destruye a sus dos padres. Lo hice a propósito para que fuera chistoso. Pero, ya sabes, hay culpa de por medio.

Siempre hay culpa de por medio.

Si Ida es la madre literaria de Paul, entonces su madre básicamente hace que mate al padre. Y ella tiene sus propias razones, como te enteras después. En realidad es una historia edípica.

Me siento un poco asqueado. Pero creo que era necesario e importante.

No sé de dónde salió eso.

Pero eso es lo increíble de la ficción: no tienes que saber de dónde viene. Los límites de la no ficción significan que estás celoso de los poetas. Nunca le preguntas a un poeta si algo es real o no, simplemente lo es. Ésa es una de las cosas que amo del libro. En realidad no importa que la gente no sepa nada del mundo editorial.

Espero que no, ya que es una historia sobre la familia, el romance y el amor.

¿Qué estás haciendo ahora?

Estoy trabajando otra novela de la que no puedo hablar y que es totalmente diferente. Estoy intentando escribirla en primera persona. Diría que trata de un personaje en una etapa muy diferente a la de Paul. He escrito toda mi vida, pero hace poco me di cuenta de que darme la oportunidad de intentar cosas más libres y más grandes es muy divertido y gratificante. *WES*



# PROFE CREATIVIDAD

POR DEB OLIN UNFERTH

FOTO POR FERDINANDO SCIANNA

**S**i, algún día, un hombre apareciera en el campus, citado por el director de la universidad, un hombre con un buen traje, lo suficientemente viejo como para haber tenido una buena carrera en otro lado, pero lo suficientemente joven como para aún no estar en edad de retirarse, y anunciara que su trabajo es incrementar la creatividad y que para ello hará un pequeño recorrido por todos los departamentos, almorzará con los jefes de cada departamento, se reunirá en pequeños grupos para pedir ideas y opiniones y así determinará cómo la creatividad podrá jugar un rol mayor, los profesores estarían encantados y ansiosos por reunirse con él y participar.

O quizá no lo estén y más bien sospechen que el hombre fue para espiar y pensar en más tareas para darles, para incrementar su carga de trabajo con sus ideas “creativas” o, peor: para decidir que no son esenciales, que son empleados sin creatividad, y entonces los profesores lo ignorarían lo más que pudieran, cancelarían las juntas; cuando éste saliera del salón se reirían de él lo suficientemente fuerte para que alcance a escuchar mientras sus pasos resuenan en el pasillo. Además, ¿qué significa eso de “incrementar la creatividad”? Podrían llamarlo Hombre Creatividad o Profe Creatividad y evitar darle ideas, o darle ideas ridículas, ideas que para ese entonces él habría pensado durante semanas sólo para presentárselas al director, quien alzaría una ceja, juntaría los dedos y frunciría el ceño.

Pero, si un año antes, este mismo hombre, el Profe Creatividad, hubiera estado lo suficientemente lejos, del otro lado del país, cuando su esposa desde hace veinte años lo hubiera dejado, su jefe de doce lo hubiera despedido, y sus hijos se hubieran ido a la universidad, entonces quizá él buscaría otros lugares donde nunca hubiera vivido, trabajos que nunca hubiera tenido, con miedo, pero esperanza. Él no querría causar problemas, pero habría estado muy decaído hasta que su viejo amigo de la preparatoria, ahora presidente de una universidad del otro lado del país, le pidiera que fuera, haciéndole un favor en honor a su larga amistad y mostrándole una fe que él, el Profe Creatividad, ya no esperaba de otros y que tampoco tenía en sí mismo. Él acogió la oportunidad de ir al este, de empezar de cero (por dios, claro que podía hacerlo, ¿acaso no lo había hecho antes?), y quién sabe, quizá conocería a alguien, una mujer con la que pudiera envejecer. Entre tanto profesorado en esta región tan fría, en una ciudad tan pequeña, debería haber alguna divorciada, o viuda, aunque claro, no es que uno le desee eso a nadie.

Así que fue con esta determinación —no era entusiasmo, lo que se dice entusiasmo, sino más bien la terquedad humana que provoca que quienes están peor que él tomen las riendas y vuelvan al mundo de los vivos; “optimismo”, podríamos llamarle— con la que él cerró su maleta y se alistó para el vuelo. *WCB*

Ferdinando Scianna/Magnum Photos.





# CUATRO DISPARATES

POR ANTHONY MADRID  
ILUSTRACIONES POR JOANA AVILLEZ  
*Traducción por Ángel Ortuño*



Este era un funerario que vivía en El Havre  
y fue muy exitoso al bañar un cadáver.  
Le gritaron: “¡Talento!” El respondió: “Quién sabe”.  
Era tan circunspecto. Y vivía en El Havre.



Era un pobre viejito que vivía enojado.  
Iba dando de gritos por el supermercado.  
Su sombrero pequeño le asfixiaba el cerebro.  
Le decían: “Compre otro, señor tacaño y terco”.



Conocemos a pocos artistas de Anganguero  
pero no sé cuál deba mencionar el primero.  
Por ejemplo ese tipo que antes de dibujar  
le sacaba la punta al lápiz sin parar.



Este era un tipo viejo que vivía en Brujas.  
Se envolvía con cuidado, siempre en poliburbuja.  
Le dijeron “¿Qué tienes?” y se puso mamón.  
Y ya todos supieron que no tendrían perdón.

#CRACKETSENCALOR

LANZAMIENTO EN CALOR

4  
JUL

AUDITORIO BLACKBERRY  
Insurgentes Sur #453  
Cuauhtemoc

ACCESO PARA MAYORES DE EDAD CON IDENTIFICACIÓN OFICIAL (+18)

Esta temporada, Crackets te  
invita a demostrar tu  
habilidad de disfrutar la  
ciudad con una serie de  
actividades para quienes  
viven la vida

EN  
CALOR



FUTBOL



MÚSICA



SKATE



STREET ART

**CONDESA**

	JULIO	AGOSTO
Parque España	12 / 26	9
Parque México	18	1 / 15

**TLATELOLCO**

	JULIO	AGOSTO
Plaza de las 3 culturas	19	2 / 16

**SANTA MARÍA LA RIBERA**

	JULIO	AGOSTO
Kiosko Morisco	11 / 25	8

crackets\_mx

crackets.com.mx/encalor

cracketsmx

COME BIEN





**JANSPORT.**

**Discover Freedom™**

